

CATEQUESIS
PARA
EL TIEMPO DEL
PRECATECUMENADO

- DIÓCESIS DE GETAFE -

Autores:

Alberto Velasco Esteban, Julio González Pozo y Enrique Santayana Lozano

Presentación de la persona de Jesucristo y su Cuerpo, la Iglesia,
del Misterio de Dios, escondido y mostrado en su humanidad,
de su llamamiento a la conversión y a la salvación,
su perdón,
su compañía y seguimiento,
su filiación divina
y su misión.

Todo lo tenemos en Cristo.

Cristo es todo para nosotros.

Si deseas curar de heridas, es médico.

Si del bochorno de la fiebre, es fuerte.

Si castigar la iniquidad, es justicia.

Si tienes necesidad de socorro, es fuerza.

Si temes la muerte, es vida.

Si huyes de las tinieblas, es luz.

Si buscas comida, es alimento.

- S. Ambrosio -

ÍNDICE

Introducción

Primer encuentro con los “simpatizantes”

Presentación a los simpatizantes

CATEQUESIS:

1. “Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado”
2. “¿Qué es esto? –Una doctrina nueva, expuesta con autoridad”
3. “Venid conmigo”
4. “Tus pecados quedan perdonados”
5. “Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi Madre”
6. “Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede en tu casa”
7. “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de los Cielos”
8. “Si supieras quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él y él te daría agua viva”
9. “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios”
10. “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?”
11. “Doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo”
12. “Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”
13. “Palpadme y ved que no soy un fantasma”
14. “Aquel a quien vosotros matasteis, ha resucitado”

INTRODUCCIÓN

Este libro consiste en una serie de catorce catequesis, escritas con el fin de ayudar a la acción misionera de nuestras comunidades cristianas. Ofrecemos un material para concretar el anuncio del Evangelio y la llamada a la conversión a los no creyentes y a los que, de hecho, viven en la indiferencia religiosa¹.

Los destinatarios del libro son los sacerdotes, catequistas y fieles cristianos, que precisen de un material que les ayude en la tarea de una primera evangelización. No es un libro destinado a aquellos a los que queremos evangelizar, sino a los que han de llevar a cabo su evangelización, un primer acercamiento a la persona de Jesucristo y a la Iglesia.

Esta serie de catequesis busca suscitar, en aquellos a los que nos dirigimos, la fe en Jesucristo, muerto y resucitado, como Hijo de Dios, verdadero hombre, verdadero Dios y nuestro único Salvador. De acuerdo a la distinción que establece la *Catechesi Tradendae*², se trata de una serie de catequesis que estarían a caballo entre el primer anuncio del Evangelio y la catequesis. Conforme a la descripción que hace el *Directorio General de Catequesis*, el material que ofrecemos podría ser calificado como “precatequesis” o “catequesis kerigmática”, es decir, la catequesis propia del “precatumenado”³.

Esto significa que estas catequesis suponen un anuncio previo y también un itinerario de fe, catequético, litúrgico y espiritual, posterior.

El hecho mismo de que se trate de una serie de catorce catequesis y de que busque un orden histórico y pedagógico con el fin de despertar a la fe, presupone unas personas que quieren escuchar el anuncio cristiano. Presupone, por tanto, que las personas a las que nos dirigimos se hayan acercado hasta la Iglesia con motivo de algún encuentro con un miembro de la comunidad cristiana o de alguna acción misionera, y que ya tienen cierto interés por escuchar lo que la Iglesia tenga que ofrecerles.

Y el número reducido de catequesis significa también que no se trata de la presentación completa del misterio cristiano, sino de un primer acercamiento a la persona de Cristo. Los que después de esta serie de catequesis muestren una fe inicial y deseos de seguir a Cristo, podrán recibir una catequesis sistemática, básica e integral y ser iniciados en la fe, la oración, la caridad y la liturgia de la Iglesia.

Por tanto, este libro es tan sólo una ayuda para el ministerio de la palabra en el marco de la acción misionera de la Iglesia y de la Evangelización. Una ayuda para el anuncio del que hablaba ya Pablo VI: “No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, hijo de Dios”⁴.

¹ Cf. DGC 61

² CT 19

³ Cf. DGC 62

⁴ EN 22

Como hemos dicho, esta serie de catequesis son las propias de un “precatecumenado”. De hecho, las ofrecemos en el ámbito pastoral del Catecumenado de la Diócesis de Getafe, instituido por su Obispo, D. Joaquín María López de Andújar y Cánovas del Castillo, el 28 de Septiembre del 2005.

Para entenderlas dentro de un itinerario catequético y litúrgico más amplio, remitimos al documento *Implantación del Catecumenado en la Diócesis de Getafe, -Principios Generales y Criterios Pastorales-*, aprobados en la misma fecha.

Es por eso, que en las anotaciones marginales de las catequesis hagamos referencia constantemente a la situación de los simpatizantes, utilizando la terminología del Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos⁵, y a su proceso dentro del marco establecido para el Catecumenado de la Diócesis de Getafe en el citado documento.

Junto a este volumen con el texto de las catequesis, ofrecemos un volumen menor preparado para los simpatizantes con los textos de la Escritura alrededor de los cuales se desarrolla cada una de las catequesis; con algunas oraciones y con algunos textos de los Padres de la Iglesia y de otros autores que proponemos para la reflexión o la oración.

⁵ RICA. Observaciones Previas 12-13

PRIMER ENCUENTRO CON LOS SIMPATIZANTES

Antes de comenzar la catequesis propiamente dicha, será necesaria una entrevista personal, sobre todo con los que hayan pedido el bautismo sin haber tenido relación con los catequistas en el tiempo del diálogo misionero. Puede tratarse de una o varias sesiones, dependiendo de lo que dé de sí. Y su fin es abrir el alma, despertar el deseo de conocer y amar a Dios.

I. EL HOMBRE TIENE UN "SENTIDO RELIGIOSO, ES "CAPAZ DE DIOS".

Empezaremos haciendo alusión a la capacidad que el hombre tiene para escuchar a Dios. Indicaremos cómo el hombre tiene distintas capacidades: por los sentidos, somos capaces de conocer el mundo que nos rodea, y distinguimos si un objeto tiene un color u otro, si es rugoso o liso, si es frío o cálido; por la razón, somos capaces de “procesar” los datos que nos proporcionan los sentidos y encontrar las leyes que rigen en el mundo y con ellas, por ejemplo, predecir el peso que puede soportar una viga, o el medicamento que necesita un enfermo para curar, o la velocidad a la que un vehículo tiene que circular para no salirse de la carretera en una determinada curva; pero también el hombre tiene una “capacidad” o “sentido” religioso, que nos permite percibir una verdad superior, que no es del orden sensible, ni del orden de los conceptos o leyes que descubre la razón; una capacidad para escuchar a alguien, superior a nosotros, superior al mundo, cuya voz resuena en el fondo del alma; una capacidad para escuchar la voz de Dios, y para acoger y recibir a Dios.

¿Dónde se descubre este “sentido religioso”? – Podemos hacer referencia a dos experiencias comunes:

II. MANIFESTACIONES DEL "SENTIDO RELIGIOSO" EN LA EXPERIENCIA HUMANA.

1. LA EXPERIENCIA DE LA CONCIENCIA

En primer lugar a la experiencia que todos tenemos de la conciencia, sobre todo en la infancia. Hasta una cierta edad, al menos, independientemente de la educación recibida, **se nos imponía en el interior el mandato de hacer o de dejar de hacer las cosas concretas**. No una idea general sobre si “pegar a los otros niños está mal o bien”, sino la acusación interior, cuando pegamos a tal o cual niño, para que no obrásemos así, y el mandato interior de hacer esto o dejar de hacer aquello.

Todos hemos escuchado en el interior esa especie de mandato a hacer tal cosa o a no hacer lo que teníamos pensado o que otros nos proponían. Y al llevar a cabo algunas acciones, también hemos sentido esa especie de sentencia que aprobaba o rechazaba lo que habíamos hecho, que nos

felicitaba o nos recriminaba por nuestra acción. Y hemos experimentado el gozo suscitado por el juicio favorable de la conciencia; o, por el contrario, la vergüenza, el dolor o el temor, por su juicio condenatorio.

Esta conciencia tiene la capacidad de afectar directamente a nuestras emociones y afectos (alegría, tristeza, temor, confianza...) Por ejemplo, *“si uno ha caído en una inmoralidad, tiene un vivo sentimiento de responsabilidad y culpabilidad, aunque no se trate de una falta social; un sentimiento de angustia y aprensión, aunque se trate de algo que le es útil; un sentimiento de pena y compunción, aunque se trate de algo que en sí mismo es placentero; un sentimiento de confusión aunque no haya habido testigos”*⁶.

¿Qué es lo que provoca estas emociones?

Las cosas inanimadas no tienen capacidad de provocar en nosotros estas emociones, *“no pueden excitar nuestros afectos, sino que estos se refieren siempre a personas. Si según los casos sentimos responsabilidad, vergüenza, temor por la trasgresión de la voz de la conciencia, ello implica que hay Uno ante quien somos responsables, ante el cual nos sentimos avergonzados... Si al obrar mal sentimos las mismas lágrimas y nos domina el mismo dolor desgarrador que sentimos cuando hemos dado un disgusto a nuestra madre; si al obrar el bien nos alegramos con la misma soleada serenidad espiritual, el mismo gozo de satisfacción y de paz que sentíamos ante la alabanza de nuestro propio padre, no podemos dudar de que tenemos dentro de nosotros la imagen de alguna persona hacia la cual se dirige nuestro amor y nuestra veneración, en cuya sonrisa encontramos felicidad, por la cual suspiramos y hacia la cual dirigimos nuestras súplicas, cuya ira nos turba y nos consume... Nadie tiene remordimiento o dolor de corazón ante un caballo o un perro. Nadie tiene remordimiento o compunción por haber quebrantado una ley meramente humana. Pero la conciencia es capaz de excitar todas estas dolorosas emociones de confusión, temor, condenación de sí mismo; o por el contrario derrama sobre nosotros una profunda paz, un sentimiento de seguridad... Dice el poeta: “Huye el malvado cuando nadie lo persigue” ¿Por qué huye? ¿De dónde procede su temor? ¿A quién ve él en la soledad, en la oscuridad, en los negros aposentos de su corazón?”*⁷.

Estos textos, preparados en un librito aparte, se los iremos indicando a los “simpatizantes”, según parezca conveniente. Pueden ayudarlos, sobre todo, a mirarse a sí mismos.

La causa de que la conciencia provoque en nosotros estas emociones, es que por ella nos vemos en la presencia de Dios y escuchamos su voz. Y todos esos afectos y emociones son causados por esta presencia de Dios en nosotros, en esta capacidad nuestra que es la conciencia, el “sentido religioso” de nuestro espíritu, donde Dios nos habla internamente, donde nos manda y donde nos alaba o reprende en función de nuestras acciones.

Destacaremos también cómo es fácil que esta percepción de alguien superior a nosotros, de Dios, que nos mandaba y que nos reprendía o alababa, fuese perdiendo intensidad con el paso del tiempo, dependiendo,

⁶ J. H. NEWMAN; El Asentimiento Religioso. Ed. Herder. Barcelona 1960. Pág.119

⁷ Cf. Ibíd. Págs.: 120 -121

ahora sí, de la educación, de nuestras circunstancias y, sobre todo, del caso que nosotros mismos le prestábamos.

El fin de recurrir a esta experiencia, es hacer hincapié en la existencia de una “capacidad de nuestro espíritu para lo bueno, lo santo, para Dios”. Esta capacidad es natural, nacemos con ella, no es un fruto de la educación. Bien al contrario, lo que suele ocurrir es que la educación errada que sufrimos nosotros mismos y con la que “castigamos” a nuestros hijos, provoca la merma o la pérdida de la sensibilidad de esta facultad del espíritu humano.

Aquí podemos poner dos ejemplos quizá simples, pero fáciles de entender: 1º. Nacemos con capacidad para ver. Pero si a los pocos días de nacer nos vendan los ojos y los tenemos tapados hasta la edad adulta, seguramente, en la edad adulta, al destaparnos los ojos, poco veremos. 2º. Tenemos capacidad para movernos, andar, correr... Imaginemos que nos meten en cama durante años, sin dejarnos salir ni movernos. Al cabo de los años ya no podremos movernos, tendremos los músculos atrofiados.

¿Cómo ocurre esta pérdida de sensibilidad espiritual? –Despreciando su existencia y prestando atención sólo a nuestra capacidad sensitiva, y a nuestra capacidad de razonar; regalando los sentidos con toda clase de caprichos; y abotargando la capacidad de razonamiento de nuestros hijos con toda clase de enseñanzas, útiles e inútiles. Al olvido del sentido religioso, a la inflación de experiencias sensitivas y al aturdimiento de la razón, hay que añadir la que nos ofrecen las diversas pasiones a cada uno desde la más tierna infancia, y la guerra que hace el enemigo, el diablo, para que no oigamos, para que no escuchemos, para que perdamos la sensibilidad de escuchar y de identificar esta voz; para que, incluso nos olvidemos de que una vez la escuchamos.

Y ocurre, cuando dejamos de prestarle atención, como cuando uno se acostumbra a fumar: el humo del tabaco va ensuciando los tejidos sensitivos de su nariz, hasta hacer que su sentido del olfato quede muy mermado. Y si abandona el tabaco, habrá de pasar mucho tiempo, para que sus pituitarias se regeneren y puedan volver a distinguir los olores y sus múltiples matices.

2. EXPERIENCIA DE VACÍO E INSATISFACCIÓN

La segunda experiencia a la que podemos recurrir, se refiere a la sensación de vacío o de insatisfacción que muchas veces, a partir de la adolescencia, nos acompaña. Normalmente esta sensación viene precedida por haber dejado de escuchar y de obedecer la conciencia de nuestra infancia. Pero lo cierto es que, aunque tengamos cubiertas nuestras necesidades afectivas y materiales, siempre experimentamos un vacío que no podemos llenar, un deseo que no podemos satisfacer.

Para ilustrar esta experiencia podemos ofrecer a los simpatizantes el texto de Leopardi:

No poder ser satisfechos por cosa terrena alguna. Considerar la amplitud inestimable del espacio, el número y la mole de las estrellas, y encontrar que todo es poco, pequeño para la capacidad del alma, imaginarse el número de mundos infinitos y el universo infinito y sentir

que nuestro ánimo y nuestro deseo, son aún más grandes que el universo y acusar siempre a las cosas de insuficiencia, de nulidad, y sufrir la carencia, el vacío y el aburrimiento, me parece a mí el mayor signo de grandeza y de nobleza que vaga en la naturaleza humana.

Este vacío es el que ha dejado Dios y es la misma voz de Dios que, aunque endurecida nuestra conciencia con el pecado, sigue llamando y ordenando a nuestro corazón: ***“Buscad mi rostro”***.

III. APELAREMOS A ESTA CAPACIDAD DE NUESTRO ESPÍRITU PARA ESCUCHAR Y ACOGER A DIOS

Sea como sea, lo que queremos hacer en esta o estas sesiones previas, no es provocar tales experiencias. Es más que probable, que la dureza del ambiente, el inmanentismo al que nuestra cultura, con todos sus poderosos medios, condena al hombre de hoy, haya conseguido acallar, o hacer prácticamente imperceptible, toda voz de conciencia y todo deseo que vaya más allá del trabajo, del descanso, del dinero y de los placeres y necesidades del cuerpo. Nuestro objetivo ahora, repito, no es provocar estas experiencias, sino simplemente hacer caer en la cuenta de que esta capacidad está en el hombre. Y anunciar que todo lo que nosotros vamos a hacer con ellos, mostrarles a Jesucristo, va dirigido a esta facultad elemental. No nos disponemos a darles clases de religión católica, ni una clase de moral, para enseñarles lo que es bueno y lo que es malo. Tampoco nos disponemos a darles unos trucos con que burlar las enfermedades o tener éxito en el trabajo. Nos disponemos a presentarles a Jesús, el Hijo de Dios, el mismo que habla en la conciencia. El mismo que habla dentro, ahora se nos presenta real y personalmente delante de nosotros. Él, vivo, viene a buscar a quien es suyo y a ofrecerle aquello para lo que le creo, un amor sin límite.

Con los simpatizantes que no hayan tenido relación con los catequistas en el tiempo del diálogo misionero y hallan llegado hasta aquí por otras vías y con diversos motivos, esta entrevista se hará, si es posible, de forma personalizada, ofreciendo la posibilidad de dialogar sobre sus propias experiencias y sobre la experiencia del sacerdote o catequista que realice la entrevista.

PRIMER ENCUENTRO CON LOS SIMPATIZANTES

–Esquema–

I. EL HOMBRE TIENE UN "SENTIDO RELIGIOSO, ES "CAPAZ DE DIOS".

II. MANIFESTACIONES DEL "SENTIDO RELIGIOSO" EN LA EXPERIENCIA HUMANA.

1. LA EXPERIENCIA DE LA CONCIENCIA
 - 1.1. Descripción de la experiencia de la conciencia: mandato, reprobación o alabanza sobre *actos concretos* de la persona.
 - 1.2. Capacidad de la conciencia para afectar nuestras emociones y afectos. (Cf.: Primer texto de Newman)
 - 1.3. Sólo la presencia de "ALGUIEN" es capaz de suscitar emociones y afectos. (Cf.: Segundo texto de Newman)
 - 1.4. En la conciencia se nos impone una cierta presencia de Dios.
 - 1.5. Al menos en nuestra conciencia somos capaces de escuchar a Dios y percibir una cierta presencia suya.
 - 1.6. Es una capacidad natural, no adquirida con la educación.
2. EXPERIENCIA DE VACÍO E INSATISFACCIÓN
 - 2.1. Descripción (Texto de Leopardi)
 - 2.2. Explicación. Es el vacío dejado por Dios, el vacío con el que Dios sigue clamando: "Buscad mi rostro".
 - 2.3. Es otra manifestación de nuestra capacidad para escuchar a Dios y nuestra necesidad de él.

III. APELAREMOS A ESTA CAPACIDAD DE NUESTRO ESPÍRITU PARA ESCUCHAR Y ACOGER A DIOS

El mismo que habla en la conciencia y el mismo del que nuestro espíritu está necesitado se presenta real y vivo ante nosotros en la persona de Jesús. Nuestras catequesis se centrarán en él.

PRESENTACIÓN A LOS “SIMPATIZANTES”

La primera entrevista, de la que ya hemos hablado, tenía como fin, romper el hielo y también anunciar a los catecúmenos que nuestro testimonio y nuestras palabras en los siguientes encuentros iban a ir dirigidos a lo que en las páginas anteriores hemos llamado “sentido religioso”, una capacidad propia de la razón humana para escuchar a Dios y para identificar la Palabra dirigida en la Historia de la Salvación, con la Palabra que deja oírse naturalmente en el alma, en la conciencia.

Ahora podemos volver a insistir en que nos dirigimos a esta capacidad, que quizá nunca hayan observado tener, pero que existe y tienen.

Pero sobre todo lo que tenemos que remarcar es que les vamos a poner ante un hombre, y un hombre que vive, Jesús. Y que lo que nos interesa no es que sepan cosas de él, sino que le conozcan y entren en una relación personal con él.

Para que entiendan esta diferencia, haremos que se pregunten las “cosas” que saben sobre Jesús. A continuación les contaremos o les leeremos el pasaje de la Adultera, que podía saber o no cosas sobre Jesús, pero que en aquel encuentro conoció a Jesús: lo oyó, lo vio, vivo y real ante ella, y la salvó la vida.

I. JESÚS, UN HOMBRE QUE PERTENECE A UN PUEBLO Y A UNA HISTORIA

Lo que vamos a intentar hacer aquí es poneros delante de los ojos a Jesús, tal como lo vieron y lo oyeron sus contemporáneos, tal como lo vieron tantos hombres que de mil formas se encontraron con Él, muchas veces sin saber quien era o cual era su nombre o su familia, sin haber oído nada de él.

Para conseguir tener de Jesús una visión parecida a la que tuvieron sus contemporáneos, tendríamos que entender algo de su cultura judía, de la situación que vivían cuando apareció Jesús, y sobre todo, tendríamos que conocer la historia de aquel pueblo. Y decimos que sobre todo la historia, porque si para todos los pueblos es determinante, para el judío mucho más, ya que su historia, no era simplemente una conjunción de factores humanos, geográficos, económicos, etc., sino una historia tejida por Dios, una historia en la que el principal actor no era el hombre, ni siquiera los grandes hombres o los héroes, sino Dios. Esa conciencia tenían ellos. Tenían conciencia de que no eran como los demás pueblos. Ellos eran especiales, y su historia también era especial. Y si ellos y su historia eran especiales no era por ellos mismos, por sus cualidades o sus virtudes, por su inteligencia o por su destreza, sino por su Dios.

Sin embargo, no vamos a dar un curso de historia y cultura judía antes de enfrentarnos y mirar a Jesús, sino que intentaremos decir algo de todo ello según vayamos necesitándolo.

II. JESÚS, UN HOMBRE VERDADERO

Lo primero que tenemos que entender es que al ponernos delante de Jesús nos ponemos delante de un hombre. Lo que veían sus contemporáneos cuando lo tenían delante era un hombre. Así es como tenemos que acercarnos a mirarle y escucharle y dejar que sea él quien nos muestre, igual que a aquellos judíos, lo que desee.

III. A TRAVÉS DEL TESTIMONIO DE LOS "EVANGELIOS".

También diremos que miraremos y oiremos a Jesús a través del testimonio que de él nos han dejado los evangelios: cuatro “libritos” de la Iglesia primitiva, escritos pocos años después de la muerte de Jesús por distintos autores, que dan nombre a cada uno de ellos: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La Iglesia católica reconoció estos cuatro escritos como testimonio fiel de Jesús: de su vida, de sus hechos y sus palabras, y los incluyó junto con otros escritos en el conjunto de libros que ella considera “Palabra de Dios”, la Biblia.

IV. ASPIRAMOS AL CONOCIMIENTO VERDADERO DE UNA PERSONA

Empecemos preguntándonos qué conocemos de Jesús. ¿Le conocemos? ¿qué conocemos de él? Cada uno puede responderse a esta pregunta. Es fácil que sepamos algunas cosas de él, cosas que nos han contado. Quizá sepamos que es hijo de María, que murió con 33 años aproximadamente, o que era el Hijo de Dios. Pero saber cosas que otros nos han contado no es conocer a una persona.

Dejadme que os lea un pequeño pasaje del Evangelio, habla del encuentro que tuvieron Jesús y una mujer. Lo cuenta así el Evangelio según san Juan:

De madrugada se presentó Jesús otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles. Los escribas y los fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú, qué dices? Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”. E, inclinándose, siguió escribiendo en la tierra. Ellos, al oír estas palabras se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y se quedó solo Jesús con la mujer, que seguía en medio. Incorporándose Jesús, le dijo: “Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?” Ella respondió: “Nadie, Señor”. Jesús le dijo: “Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más”.

(Jn 8,1-11)

No sabemos si aquella mujer sabía muchas cosas sobre Jesús. Es fácil que hubiese oído hablar de él. Por aquel entonces, el nuevo maestro de Galilea era ya famoso en Jerusalén. Es posible, incluso, que algún día lo hubiese visto por la calle, rodeado de discípulos. Pero hasta el momento que

nos narra san Juan, no conocía a Jesús. Si a esta mujer, de la que no conocemos ni el nombre, la pudiésemos preguntar “¿Quién es Jesús?” no nos contaría lo que otros la han dicho, sino que nos hablaría de aquel a quién de veras ella conoce: “Quién me salvó la vida; quién no me echó en cara mis pecados, ni me condenó, ni me despreció por ellos, sino quién me perdonó y me libró de las manos de los que buscaban matarme”, nos respondería.

Pues bien, vosotros conocéis cosas sobre Jesús. Unos conocerán más y otros menos. Algunas de las cosas que sabéis serán ciertas, otras erróneas. Pero lo que pretendemos es que dentro de un tiempo, no sólo sepáis más o menos cosas de Jesús, sino que lo conozcáis de veras.

V. EL FIN DE ESTAS CATEQUESIS ES QUE CONOZCÁIS A JESÚS.

Y os decimos aún más: es el mismo Jesús el que desea acercarse a vosotros, y que lo conozcáis.

Al final de cada catequesis indicaremos un pequeño texto de la Tradición o de la Escritura, para que lo puedan meditar y rezar durante la semana

Durante la semana podéis releer varias veces y meditar el texto que ahora vamos a leer, es de un autor cristiano del siglo III, Orígenes, uno de los mayores teólogos de la larga historia de la Iglesia:

*“El Señor desea abrir en vosotros un camino por el que pueda penetrar en vuestras almas y hacer su viaje.... El camino por el que ha de penetrar la Palabra de Dios consiste en la capacidad del corazón humano. El corazón del hombre es grande, espacioso y capaz, como si de un mundo se tratara... Mira que el corazón del hombre no es algo pequeño. Comprende que su grandeza no reside en las dimensiones físicas, sino en la fuerza de su pensamiento, capaz de abarcar el conocimiento de tantas verdades... Prepara un camino al Señor mediante una conducta honesta, y con acciones irreprochables allana tú el sendero, para que la Palabra de Dios camine en ti sin obstáculo”.*⁸

⁸ Orígenes; *Homilías sobre el Evangelio de Lucas*. En “La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia”. N.T. 2; Ciudad Nueva. Madrid 2000. Pág. 48.

PRESENTACIÓN
A LOS "SIMPATIZANTES"

–Esquema–

I. JESÚS, UN HOMBRE QUE PERTENECE A UN PUEBLO Y A UNA HISTORIA

II. JESÚS, UN HOMBRE VERDADERO

III. A TRAVÉS DEL TESTIMONIO DE LOS "EVANGELIOS".

IV. ASPIRAMOS AL CONOCIMIENTO VERDADERO DE UNA PERSONA
Cf. Jn 8,1-11

V. EL FIN DE ESTAS CATEQUESIS ES QUE CONOZCÁIS A JESÚS.
Cf. Texto de Orígenes.

1º. “CONVERTÍOS, PORQUE EL REINO DE LOS CIELOS HA LLEGADO”

I. ORACIÓN

Durante algunas catequesis, comenzaremos las sesiones recitando esta oración.

*“Deja un momento tus ocupaciones habituales.
Entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos.
Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes.
Aparta de ti tus inquietudes trabajosas.
Dedicale un rato a Dios y descansa un momento en su presencia.
Entra en el aposento de tu alma.
Excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle.
Y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de él.*

*Di, pues, a Dios: "Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro".
Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte,
dónde y cómo encontrarte.
Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente?
Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia?
Cierto es que habitas en una claridad inaccesible,
pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad? ¿Cómo me acercaré a ella?
¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella?
Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré?
Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro.
¿Qué hará, altísimo Señor, este tu desterrado, tan lejos de ti?
¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro?
Anhela verte, y tu rostro está muy lejos de él.
Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible.
Arde en el deseo de encontrarte, e ignora dónde vives.
No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro.*

*Señor, tú eres mi Dios, mi dueño, y con todo, nunca te vi.
Tú me has creado y renovado,
me has concedido todos los bienes que poseo y aún no te conozco.
Me creaste para verte
y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado.
¿Hasta cuándo, Señor?
¿Hasta cuando te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro?
¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás?
¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro?
¿Cuándo volverás a nosotros?
Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros.
Manifiéstanos tu presencia para que todo nos vaya bien;
sin esto todo será malo.
Ten piedad de nuestros esfuerzos y trabajos para llegar a ti,
porque sin ti nada podemos.*

*Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca;
porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes,
y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas.*

*Deseando te buscaré,
buscando te desearé,
amando te hallaré
y hallándote te amaré.*

El texto de cada catequesis es una ayuda para los catequistas, para que ellos previamente las lean, las asimilen, las mediten y las hagan suyas, y después las transmitan de la forma más fiel que puedan, con los textos bíblicos a la vista. Pero nunca serán leídas a los catecúmenos. Los textos bíblicos y los otros textos de la tradición cristiana sí se deben leer.

II. EL INICIO DE LA VIDA PÚBLICA. LA PRIMERA PREDICACIÓN DE JESÚS

“Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado”

(Mt 4,17)

Con estas palabras comienza Jesús su vida pública.

Hasta entonces Jesús ha pasado la mayor parte de sus años en Nazaret, viviendo de forma corriente, como un judío más, trabajando con sus manos, obedeciendo a sus padres, practicando las tradiciones judías, etc. Sin embargo, con treinta años sale de su casa en Nazaret, al norte del País de Israel y se dirige al sur. Allí, junto al río Jordán, tiene un encuentro con Juan Bautista, primo suyo. Y poco después vuelve al Norte, a la región de Galilea. Allí comienza su vida pública, su vida de cara a los hombres. San Mateo, en su Evangelio lo narra así:

Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: “Convertíos porque el Reino de los cielos ha llegado”.

(Mt 4,17)

San Marcos nos lo cuenta de esta manera:

Marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Noticia”

(Mc 1,15)

A nosotros, estas palabras de Jesús nos resultan un tanto oscuras. Incluso a los que estamos acostumbrados a escuchar el Evangelio nos resulta difícil comprender bien lo que significan algunas de estas expresiones con que San Mateo y San Marcos resumen la primera predicación de Jesús. ¿Qué significa “convertirse”? ¿Qué es “el Reino de los Cielos” o el “Reino de Dios”? ¿Qué quiere decir Jesús con las palabras: “El tiempo se ha cumplido”? ¿Cuál es la “Buena Noticia” que hay que creer?

Se puede incluso preguntar a los catecúmenos qué entienden ellos al escuchar estas palabras. Para luego continuar iluminándolas con el relato de san Lucas

III. EN LA SINAGOGA DE NAZARET

No creáis que aquellos hombres que lo escuchasen, gente normal que andaba comprando por las plazas, o que volvían a casa después de pasar el día trabajado en el campo, o pescando en el lago de Genesaret, lo entendían del todo.

Empezaron a entender mejor lo que quería decir cuando, tal como nos cuenta el Evangelio según san Lucas,...

1. Lc 4,16-30

Vino [Jesús] a Nazaret, donde se había criado, entró, según su costumbre, en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y a los ciegos la vista, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar una año de gracia del Señor.»

Enrolló el volumen, lo devolvió al ministro y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: «Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy.» Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca.

Y decían: «¿Acaso no es éste el hijo de José?». Él les dijo: «Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaum, hazlo también aquí en tu patria.» Y añadió: «En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria.»

«Os digo de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses y hubo gran hambre en todo el país; y a ninguna de ella fue enviado Elías, sino a una mujer de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio.»

Al oír estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad para despeñarle. Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.

(Lc 4,16-30)

2. Lo que ocurre

¿Qué es lo que ocurre en esta escena? –Jesús va a su pueblo, a Nazaret, entra en la sinagoga el sábado, el día sagrado para los judíos, y se levanta para hacer la lectura de la Escritura.

Aquí se puede contar que la Escritura se refiere a la Biblia. Y que ésta está compuesta por muchos libros que los judíos guardaban en rollos.

Toma el rollo del profeta Isaías, lo abre y lee. Cuando termina de leer un pasaje del profeta, dice: Esto que acabáis de oír se ha cumplido hoy. Y los que le escuchan terminan llevándole al borde de un precipicio con intención de despeñarle.

3. En el centro de la escena: las palabras de Isaías

a) Las promesas de Dios

En el centro de la escena está el pasaje del profeta Isaías. Dios, mucho tiempo atrás, había prometido a su pueblo una salvación definitiva, una felicidad verdadera y permanente, una vida verdaderamente feliz. Esa salvación eterna la había expresado con muchas imágenes, como las que se citan aquí del profeta Isaías: dar a los ciegos la vista, la libertad a los cautivos, la libertad a los oprimidos.

Pero, ¿quiénes son los ciegos? ¿Acaso los ciegos son sólo los que no ven las formas o distinguen los colores? ¿Acaso no podemos considerar como verdaderos ciegos a todos los hombres, que desconocen el camino de la vida eterna, de la verdadera felicidad o del amor perfecto?

Y cautivos, no son sólo los que tienen cadenas de hierro, sino todos los hombres esclavizados por sus propios pecados, o por los pecados de los otros, por sus vicios, incapaces de hacer el bien como ellos quisieran, incapaces de amar como ellos quisieran.

Lo mismo podemos decir de los oprimidos: no son sólo los tratados injustamente por otros más poderosos, sino todos los hombres, oprimidos por el sufrimiento, que llega a todos; por la enfermedad, que a todos alcanza; por la tristeza que a todos corroe, por la muerte que a todos devora.

Ante la situación real de todos los hombres, Dios había prometido la liberación, el perdón, la salud, lo que llamamos con lenguaje cristiano “la salvación”.

b) Vinculación de las promesas de Dios al envío del Mesías

Y estas eran las promesas de Dios, que iban ligadas a la aparición de un enviado por Dios, el Mesías. Dios cumpliría sus promesas por mano de un Mesías, que significa “ungido”, como aparece en este texto de Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido”.

c) La pretensión de Jesús

Aquellos judíos habrían escuchado muchas otras veces esas mismas palabras del profeta Isaías y otras semejantes. Pero ahora ocurre algo nuevo: después de leerlas, Jesús afirma solemnemente que las promesas antiguas tienen cumplimiento en ese momento.

d) La reacción de los judíos

Los judíos se llenaron de una especie de asombro, extrañeza y perplejidad. Sólo pensar que una felicidad verdadera y permanente podía llegar hasta ellos ensancha el corazón, por eso dice que “estaban admirados de las palabras de gracia que salían de su boca”.

Pero luego miraban a quien tenían delante y ¿qué veían? –Veían a Jesús, de su mismo pueblo, al que unos habrían visto de niño, con el que otros habrían crecido, con el que luego habían trabajado...; le veían a él, que de forma descarada estaba afirmando que era el Mesías, el ungido de Dios, el que Dios había prometido ungir con Espíritu Santo y enviar a su pueblo para anunciar la Buena Noticia de la salvación eterna. Y pensarían entonces sus paisanos: “¿Pero quién se ha creído éste que es? ¿Nos quiere engañar o se ha vuelto loco”? Por eso dicen: “¿Acaso no es este el hijo de José?”.

e) La respuesta de Jesús

Jesús, se percató de lo que ocurre y se les adelanta: “«Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaum, hazlo también aquí en tu patria.» Y añadió: «En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria.»”

IV. EL REINO DE DIOS Y EL TIEMPO DEL CUMPLIMIENTO. LA BUENA NUEVA

Ahora ya podemos entender mejor las primeras palabras de Jesús que citábamos antes:

“Convertíos porque el Reino de los Cielos ha llegado”

“El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Noticia”

El Reino de los Cielos es la promesa que Dios había hecho a los hombres por medio del profeta Isaías: la vida eterna, la vida feliz, el amor verdadero, la compañía de Dios, la vida divina, la superación de todas las miserias y todas las injusticias que nos oprimen. La Buena Noticia es que aquellas promesas que Dios hizo, se cumplen hoy, y se cumplen para nosotros. Por eso dice también el Evangelio que el tiempo se ha cumplido, porque ya no hay que esperar, Dios ha cumplido sus promesas.

1. Jesús reclama la fe

Sin embargo, los paisanos de Jesús no le creen. Y para adueñarse de los dones de Dios hay que creer en Jesús, hay que creer que él es el Mesías, el ungido, el enviado por Dios. Es necesario dar fe a Jesús. Por eso la cita de san Marcos dice que Jesús exhortaba: “creed la Buena Noticia”. Los de Nazaret no quieren creer, porque no les cabe en la cabeza que aquel que es como ellos, al que han visto desde niño, tenga la clave de su existencia, les pueda dar a ellos la vida eterna, la felicidad verdadera.

Jesús quiere corregir esta actitud suya y les trae a la memoria dos episodios de la historia judía que todos conocen bien. El episodio del profeta Elías con la viuda de Sarepta y el episodio de Naamán, el sirio, con el profeta Eliseo.

a) El ejemplo de la viuda de Sarepta

El episodio de la viuda de Sarepta aparece en la Escritura en el Primer Libro de los Reyes, y se enmarca en medio de una gran sequía y la consiguiente falta de alimento:

Los relatos sobre la viuda de Sarepta y sobre Naamán no es necesario leerlos, lo que podría alargar demasiado la catequesis. Bastará con contarlos de forma resumida.

La palabra del Señor llegó a Elías diciendo: “Levántate, vete a Sarepta de Sidón y establécete allí, pues he ordenado a una mujer viuda de allí que te suministre alimento”. Se levantó y fue a Sarepta. Entraba por la puerta de la ciudad cuando una mujer viuda estaba allí recogiendo leña, Elías la llamó y le dijo: “Tráeme, por favor, un poco de agua en el jarro y beberé”. Ella fue a traérsela, pero le gritó: “Tráeme, por favor, un trozo de pan en tu mano”. Ella respondió: “Vive el Señor, tu Dios, que no me queda pan cocido, sólo un puñado de harina en el cántaro y un poco

de aceite en la alcuza. Estoy recogiendo un par de palos, entraré y prepararé el pan para mí y mi hijo, lo comeremos y luego moriremos". Pero Elías le dijo: "No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz para mí una pequeña torta y tráemela. Para ti y tu hijo la harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: "El cántaro de harina no quedará vacío y la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor conceda lluvia sobre la superficie de la tierra". Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron él y ella y su familia. Por mucho tiempo el cántaro de harina no quedó vacío y la alcuza de aceite no se agotó, según la palabra que el Señor había pronunciado por boca de Elías.
(1Re 17,7-14)

Pero no acabó ahí la historia del profeta Elías con la viuda de Sarepta. Poco después el hijo de la viuda enfermó y murió. Pero el profeta oró al Señor por la recuperación del muchacho:

"Señor, Dios mío, que vuelva la vida de este niño a su cuerpo". El Señor escuchó el grito de Elías y volvió la vida del niño a su cuerpo y revivió. Elías tomó al niño, lo bajó de la habitación de arriba al interior de la casa y lo entregó a su madre. Dijo Elías: "Mira, tu hijo está vivo". La mujer dijo a Elías: "Ahora sé que eres un hombre de Dios, y que la palabra del Señor está de verdad en tu boca".

(1Re 17,17-24)

b) El ejemplo de la curación de Naamán

El episodio de Naamán, aparece en el Segundo Libro de los Reyes. Aquí el profeta es Eliseo, el sucesor de Elías, el profeta protagonista de la historia anterior. Ambas historias tienen algo en común: que el favor de Dios recaerá, a través de estos dos grandes profetas, no en gente del pueblo judío, sino en dos extranjeros, dos paganos: la viuda de Sarepta de Sidón y Naamán, el Sirio. ¿Por qué? Porque ellos, a pesar de las dificultades dieron fe a Dios, cosa que no hicieron los propios judíos, miembros del pueblo elegido. He aquí la historia de Naamán y Eliseo:

Naamán, jefe del ejército del rey de Aram, era hombre notable y muy estimado por su señor, pues por su medio, Dios había concedido la victoria a Aram. Pero este hombre, siendo militar, era leproso. Unas bandas de arameos habían hecho una incursión y habían traído de la tierra de Israel una muchacha que pasó al servicio de la mujer de Naamán. Ella dijo a su señora: "Si mi señor pudiera presentarse ante el profeta que hay en Samaría, Él le curaría de su lepra". Naamán fue y se lo comunicó a su señor diciendo: "Esto y esto ha dicho la muchacha que procede de la tierra de Israel". El rey de Aram dijo: "Anda y ve. Yo enviaré una carta al rey de Israel". Tomó en su mano diez talentos de plata, seis mil siclos de oro y diez vestidos nuevos y llevó al rey de Israel la carta que decía: "Cuando te llegue esta carta sabrás que te envío a mi siervo Naamán, para que lo cures de su lepra" Cuando el rey de Israel leyó la carta, rasgó sus vestiduras, diciendo: "¿Soy yo Dios para repartir vida y muerte? Este me encarga nada menos que curar a un hombre de su lepra. Daos cuenta y veréis que está buscando querrela contra mí". Cuando Eliseo, el hombre

de Dios oyó que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras, envió a decir al rey: “¿Por qué has rasgado tus vestiduras? Que venga a mí, y sabrá que hay un profeta en Israel”. Naamán llegó con sus caballos y carros y se detuvo a la entrada de la casa de Eliseo. Éste envió un mensajero a decirle: “Ve y lávate siete veces en el Jordán. Tu carne renacerá y quedarás limpio”. Naamán se puso furioso y se marchó diciendo: “Yo me había dicho: ¡Saldrá seguramente a mi encuentro, se detendrá, invocará el nombre de su Dios, frotará con sus mano mi parte enferma y sanaré de la lepra! El Abaná y el Farfar, los ríos de Damasco ¿no son mejores que todas las aguas de Israel? ¡Podía bañarme en ellos y quedar limpio!” Se dio la vuelta y se marchó furioso. Sus servidores se le acercaron y le dijeron: “Padre mío, si el profeta te hubiera mandado una cosa difícil, ¿no la habrías hecho? ¡Cuánto más si te ha dicho: Lávate y quedarás limpio!” Bajó, pues, y se bañó en el Jordán siete veces, conforme a la palabra del hombre de Dios. Su carne volvió a ser como la de un niño pequeño, y quedó limpio.

Él y toda su comitiva volvieron ante el hombre de Dios. Al llegar se detuvo ante él y exclamó: “Ahora reconozco que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel”.

(2Re 5,5-15a)

Ahora volvamos a las palabras de Jesús que traen a colación estos dos episodios: Y añadió: «En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria.» «Os digo de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses y hubo gran hambre en todo el país; y a ninguna de ella fue enviado Elías, sino a una mujer de Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio.»

Les viene a decir que su incredulidad les hace indignos de recibir los dones de Dios. Otros, quizá paganos, como la viuda de Sarepta y Naamán el sirio, crean y reciban los dones que ellos rechazan rechazándole a él. Son indignos de los dones de Dios.

Y tanto se llenan de ira aquellos judíos, que llevan a Jesús hasta el borde de un precipicio para despeñarlo. Pero él, abriéndose paso, se alejó.

2. ¿Por qué no creer? El propio pensamiento como medida de la verdad

¿Y por qué no creen? ¿Por qué rechazan que aquel hombre pueda ser el Mesías, el enviado de Dios, la llave de su felicidad y de la vida eterna? Porque hacen, de lo que a ellos les parece lógico y razonable, la medida para juzgar la verdad. A ellos no les parece lógico, no les parece razonable, que aquel que conocen desde niño y que saben que es un hombre como ellos, pueda ser el Mesías. Y como creen que no es lógico ni razonable, deciden que es un mentiroso, un embaucador, un farsante. Podrían haberle dado la oportunidad de que les mostrase si era o no era el Mesías, pero no se la dieron. Juzgaron con la medida de su pequeña inteligencia y sentenciaron que aquel vecino suyo no podía ser el Mesías.

3. Necesidad de la conversión

Ese es el motivo de que en el evangelio de San Mateo y San Marcos, Jesús, al tiempo que anuncia la cercanía y la llegada del Reino de Dios, llame también a los hombres a la conversión. La conversión es un cambio de mentalidad, es reconocer que el propio gusto, o la propia voluntad, o la propia inteligencia, no son la medida de la verdad, que yo soy más pequeño que el conjunto de la humanidad, más pequeño que el universo, y no puedo dar razón de todas las cosas; que mi inteligencia no tiene por qué abarcarlo todo y saberlo todo y no equivocarse nunca; que hay cosas que no van a dejar de existir o de ser como son, sólo por el hecho de que yo no las entienda; que aunque yo no entienda como se produce la función clorofílica de las plantas verdes, esa función por la que casi milagrosamente las plantas verdes son capaces de producir oxígeno a partir de CO₂, es real. Y tantas otras cosas admirables.

a) Cambio de mentalidad.

La conversión es reconocer que ni siquiera soy capaz de explicarme a mí mismo, que no soy capaz de entender como yo, que soy un ser limitado y finito tengo un deseo infinito de vivir y de amar y de ser amado, que yo soy pequeño pero todo me parece pequeño para la capacidad de mi alma, que no me explico a mí mismo y no tengo la llave de mi propia felicidad, ni la llave de la felicidad de las personas a las que quiero. Convertirse es un cambio de mentalidad en la que uno reconoce que no es el centro del Universo, y pone su confianza en Dios, creador de todo. Sólo así uno puede dar a Dios la oportunidad de demostrarle la belleza de su amor, la dulzura de su bondad, la verdad de la felicidad que él ofrece.

Aquellos judíos, antes de sentenciar según su propia inteligencia, su pequeña inteligencia, debieran haber dado a Jesús la oportunidad de mostrarles que él era el Mesías, el enviado de Dios. Y no porque uno tenga que hacer caso de cualquiera que le ofrezca la vida feliz, sino porque ellos sabían que Dios había prometido enviarles un Mesías, y también habían oído que aquel paisano suyo estaba predicando por los pueblos de Galilea haciendo signos y prodigios (De ahí las palabras de Jesús: “Él les dijo: «Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaum, hazlo también aquí en tu patria.»”). También ellos sabían, mejor que nadie, que ese Jesús, siendo hombre como ellos, no lo era de la misma forma. No le dieron crédito, no le dieron fe, no creyeron la Buena Noticia, porque no quisieron convertirse, no quisieron dejar que Dios sorprendiese sus pequeñas mentes.

b) Abandonar el pecado.

Pero la conversión tiene también otro significado, además de este cambio de mentalidad. Tiene también el sentido de dejar los pecados y volverse a Dios. Y es que no se puede dar fe a Dios y seguir en los mismos pecados. Es necesario cambiar de rumbo, es necesario dejar de hacer tan sólo lo que a uno le place y empezar a hacer lo que Dios quiere. Quizá aquellos estaban también muy a gusto con sus miserias y sus pecados y no tenían intención ni ganas de que Dios los personase y los librase de ellos. Y el pecado aleja de Dios y cierra al hombre en sí mismo, en su propia miseria, en su propia limitación, en su propia infelicidad. Por eso es

necesario convertirse: es necesario volverse a Dios y esperar de él el perdón y la liberación de los propios pecados; es necesario cambiar la mentalidad y darle a Dios la oportunidad de que cumpla lo que nos promete en su Hijo.

V. EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROMESAS, HOY.

Ahora atendedme bien:

1. Os traemos la Buena Noticia, que es Cristo.

Nosotros, los que os hablamos, somos parte y miembros de la Iglesia, enviada por Dios a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares y llegamos hasta vosotros para traeros esta Buena Noticia. Os traemos la Buena Noticia que es la persona de Cristo. Y Cristo os dirige las mismas palabras que dirigió a aquellos antiguos judíos: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Noticia”. Este Jesús que comenzó su predicación en Galilea no es un recuerdo del pasado, sigue vivo. Y hoy, a través nuestra, os ofrece la Vida dichosa, la Felicidad, con mayúsculas, la plena, la verdadera, la que lo es del todo y para siempre, la Vida Eterna. Esa es la Buena Noticia.

2. "Convertíos"

Y os dice: “Convertíos”. Es decir: dadme crédito, creedme, fiaos de mí, no tenéis nada que perder. Abandonad vuestros pecados, sean muchos o pocos, y creedme.

Hoy no está de moda hablar de la Felicidad absoluta y plena, eterna. Todos dan por supuesto que eso no existe y que hemos de conformarnos con pequeñas cosas, con pequeñas satisfacciones que vayan endulzando la amargura de la vida. “Disfruta las cosas de cada momento”, nos dicen, “carpe diem”. Pero por mucho que disfrutemos lo que en cada momento tenemos entre manos, nuestro corazón sigue clamando por algo más grande y en nuestra conciencia seguimos escuchando que busquemos a Dios, que es la felicidad absoluta, el verdadero y eterno amor.

¿Qué ocurre? –Que se nos antoja lejísimos, como a los judíos la llegada del Mesías. Pero Dios que hizo al hombre para la inmortalidad y para la felicidad absoluta hoy te ofrece el camino para alcanzarla, o mejor, de alcanzarle a él. Y ese camino es contrario al camino del pecado. Tampoco está de moda hablar hoy del pecado, pero el pecado está ahí, hace infeliz al hombre, porque para su búsqueda y su camino hacia Dios y lo aleja de él y, al fin, destruye al hombre. El pecado es incompatible con la verdadera felicidad.

Hoy nos dicen que podemos hacer lo que queramos, que nadie puede decirnos lo que está bien y lo que está mal, que cada uno puede decidir sobre lo bueno o lo malo. Pero es una gran mentira. El egoísmo, por ejemplo, es siempre malo, y cuando uno mira sólo por sí mismo, se hace incapaz de amar: se casa por capricho, porque cree que el otro le puede dar algo, cree que el otro le va a dar afecto, cariño, satisfacción... Pero si descubre algo que no le gusta, el egoísta, que no ama a nadie más que a sí mismo, rompe el matrimonio. Y da lo mismo que haya hijos o que no. Da lo mismo el tiempo pasado juntos, sólo busca su satisfacción. ¿Y qué consigue?

–Consigue destrozar a su pareja, consigue destrozar a sus hijos. Y, lo que es más chocante, él no consigue ser feliz. ¿Por qué? Porque la felicidad del hombre está en el amor verdadero. Pero el egoísta es incapaz de ese amor. Así ocurre con todos los pecados. Nos destruye por dentro y estropea todo lo que tenemos cerca. De ¿dónde creéis que nacen las injusticias, las violaciones, las guerras, los crímenes, los maltratos a niños, si no es del corazón del hombre esclavizado por el pecado?

Hoy nosotros os decimos: el camino del pecado es el camino de la destrucción del hombre. Y a ti, vivas como vivas, tengas hoy los pecados que tengas, muchos o pocos, leves o graves, Jesucristo te anuncia la Buena Nueva: él llega a salvarte.

Ahora pregúntate qué quiere tu corazón. ¿Acaso vives satisfecho con tu vida? Comienza hoy este camino que Dios te ofrece. Jesús, en otra ocasión dirá: “Yo soy el camino, y la verdad y la vida”, seguramente lo hayáis escuchado. Empieza hoy a andar este camino, fiándote de él, dale una oportunidad, para que te lleve de la mano, te muestre la verdadera vida, la vida verdaderamente humana, la que Dios pensó cuando te creó, la única capaz de satisfacer de verdad al hombre.

Cristo llega hoy hasta vosotros a través nuestro, es el mismo Cristo, que está vivo, buscando que le deis una oportunidad para daros lo que os promete...

3. Creed la Buena Noticia

Es difícil creer que el que vivió hace 2000 años se dirija hoy vivo a ti, para ofrecerte la vida eterna. Es difícil, quizá, creer que está vivo; es difícil creer que se preocupe por ti; es difícil que pueda darte a ti, con tu historia, con tus problemas, con tus esperanzas y miedos, la Vida eterna, el amor perfecto, la paz del alma. Por eso te dice “convíértete”. No hagas de lo que a ti te puede parecer o no posible el último criterio y dale una oportunidad a Cristo para que te muestre la veracidad de sus palabras. Déjale a él y cree el anuncio de la Buena Nueva que hoy te trae la Iglesia: *“El Reino de los Cielos ha llegado”*.

Se tienen que ir con esta idea: que ante ellos está Dios, ofreciéndoles la vida verdadera.

1º. “CONVERTÍOS, PORQUE EL REINO DE LOS CIELOS HA LLEGADO”

–Esquema–

I. ORACIÓN

II. EL INICIO DE LA VIDA PÚBLICA. LA PRIMERA PREDICACIÓN DE JESÚS

- Mt 4,17
- Mt 4,17
- Mc 1,15

III. EN LA SINAGOGA DE NAZARET

1. Lc 4,16-30
2. Lo que ocurre
3. En el centro de la escena: las palabras de Isaías
 - a) Las promesas de Dios
 - b) Vinculación de las promesas de Dios al envío del Mesías
 - c) La pretensión de Jesús
 - d) La reacción de los judíos
 - e) La respuesta de Jesús

IV. EL REINO DE DIOS Y EL TIEMPO DEL CUMPLIMIENTO. LA BUENA NUEVA

1. Jesús reclama la fe
 - a) El ejemplo de la viuda de Sarepta
 - b) El ejemplo de la curación de Naamán
2. ¿Por qué no creer? El propio pensamiento como medida de la verdad
3. Necesidad de la conversión
 - a) Cambio de mentalidad.
 - b) Abandonar el pecado.

V. EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROMESAS, HOY.

1. Os traemos la Buena Noticia, que es Cristo.
2. "Convertíos"
3. Creed la Buena Noticia

2º. “¿QUÉ ES ESTO? - ¡UNA DOCTRINA NUEVA, EXPUESTA CON AUTORIDAD!”

I. ORACIÓN

Comenzaremos la catequesis con la oración de san Anselmo que propusimos en la catequesis anterior.

II. MEMORIA DE LA PREDICACIÓN DE JESÚS A LA LUZ DE IS 41,17-18

Esta catequesis es, en realidad, una continuación de la anterior. Veíamos a Jesús anunciar que el tiempo se había cumplido: es decir, que Dios se disponía a dar cumplimiento a las promesas que desde mucho tiempo atrás venía haciendo de una salvación verdadera y eterna. Podemos traer aquí unas palabras del profeta Isaías:

“Los humildes y los pobres buscan agua, pero no la hay. La lengua se les secó de sed. Yo, el Señor, les responderé. Yo, el Dios de Israel, no los desampararé. Abriré sobre los calveros arroyos y en medio de las barrancas manantiales. Convertiré el desierto en estanques, y la tierra árida en hontanar de aguas”.

(Is 41,17-18)

Estas palabras, transmitidas por el profeta Isaías expresan el deseo y la voluntad de Dios de salir al paso del sufrimiento del hombre, su criatura, errante y necesitada: *“Los humildes y los pobres buscan agua, pero no la hay. Yo el Señor, les responderé”*. El hombre se ha alejado de Dios, ha salido de su presencia y se ha dado de bruces con un desierto inhóspito del que no puede escapar. De repente se ha visto pobre y sediento, porque en aquel lugar en el que entró, al alejarse de Dios, no encuentra agua que sacie su sed. Sin embargo, Dios ve de cerca el dolor de su criatura. Es el hombre quién se ha alejado de Dios, no Dios del hombre. Dios no pudo dejar de amar al hombre, obra de sus manos, para la que hizo todas las cosas. Así deja oír su voz y, por medio del profeta, promete: *“Yo el Señor les responderé”*.

Ahora aparece Jesús afirmando que él viene a dar la libertad a los oprimidos y la vista a los ciegos, y anuncia un año de gracia del Señor. En la catequesis pasada lo vimos en la sinagoga de Nazaret presentándose como el Mesías, el Ungido, enviado por Dios para dar cumplimiento a sus promesas. Con él llega el Reino de los Cielos, Dios que viene a salvar a su pueblo. Lo vimos llamar a los hombres a la conversión, a volverse a Dios y a creer la Buena Nueva. Y sus paisanos lo rechazaron e intentaron despeñarlo por un barranco.

III. DE NAZARET A CAFARNAUM

Después de aquello, Jesús salió de Nazaret y se dirigió a Cafarnaum, junto al lago de Genesaret. De nuevo en sábado, entró en la sinagoga, como había hecho en Nazaret:

1. Mc 1,21-22 y el asombro ante Jesús

Al llegar el sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar. Y quedaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

(Mc 1,21-22)

Hay algo que se destaca en los primeros momentos de la vida pública de Jesús: el asombro, la sorpresa ante su persona, ante sus palabras y ante sus gestos, sus actos, sus milagros. Aquellos hombres estaban acostumbrados a predicadores, rabinos, escribas... Y, sin embargo, se sorprenden ante Jesús y ante sus palabras. ¿Por qué? Si seguimos leyendo, lo entenderemos mejor:

2. Mc 1,22-28: novedad y autoridad

Había precisamente en su sinagoga un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se puso a gritar: «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quien eres tú: el Santo de Dios.» Jesús entonces le conminó diciendo: «Cállate y sal de él.» Y agitándole violentamente el espíritu inmundo, dio un fuerte grito y salió del él. Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad! Manda incluso a los espíritus inmundos y le obedecen.»

(Mc 1,22-28)

Si leemos apresuradamente podría parecernos que el asombro de los judíos nacía simplemente de la espectacularidad de los milagros de Jesús. Ciertamente que los milagros asombraban. Es un asombro natural, cualquiera se asombra ante un milagro. Y cuanto mayor grado de dificultad parezca tener el milagro, mayor será el asombro, de ahí que digan: “Manda incluso a los espíritus inmundos y le obedecen”. Pero el asombro de los judíos va más allá, se aprecia en sus palabras si las escuchamos todas. Antes hemos leído: “Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad!”. Dos cosas subrayan los judíos: la novedad de la enseñanza de Jesús y la autoridad con que es expuesta: ¡Una doctrina nueva, expuesta con autoridad!

La novedad radical es que la doctrina de Jesús ya no es una promesa, ni tampoco un precepto moral, sino el anuncio, la buena nueva de que el Reino de los Cielos ha llegado. Y la autoridad consiste en que los signos que hace, los milagros, muestran la verdad de su anuncio, la verdad de la nueva enseñanza.

Las palabras que escuchaban de labios de Jesús no renovaban las promesas de los profetas, sino que anunciaban su cumplimiento. Y los signos que acompañaban a las palabras, los milagros, atestiguaban que el anuncio era veraz. Hasta entonces la fe del pueblo judío esperaba el cumplimiento de las promesas hechas por Dios a los antiguos profetas, pero Jesús les comunica que el tiempo de la espera ha concluido. ¡Ha llegado el tiempo del cumplimiento! Y los enfermos curados, los endemoniados liberados... ¿qué eran sino el signo de que realmente había llegado el Reino de Dios?

3. Obra y habla como en lugar de Dios

Además la enseñanza que los judíos acostumbraban a oír de labios de rabinos, escribas y fariseos, difería también en la forma al anuncio que ahora escuchan de Jesús. Cuando los rabinos, los escribas o incluso los antiguos profetas hablaban, siempre remitían su enseñanza a lo que Dios decía, a lo que Dios enseñaba. Sin embargo, Jesús enseña sin referir su enseñanza a nadie. Él no suele decir: “Dios dice...”, sino “Yo os digo”. O con una forma que él usa mucho para remarcar la importancia de lo que dice: “En verdad, en verdad os digo...”. Respecto a los milagros, también se diferencia de los milagros de los profetas. Los profetas imploraban de Dios la realización del milagro, y aunque no siempre aparezca expresada la petición, siempre queda claro que no es el profeta quien hace el milagro, sino el mismo Dios. Esto es así incluso con los profetas más grandes, como Moisés o Elías. Pero Jesús obra los milagros por su propio poder. Tanto en lo que dice como en lo que hace es como si se pusiera en el lugar de Dios, obra y habla como tal. También esta forma de enseñar y de obrar constituía una novedad y los signos le daban autoridad.

Los de Nazaret no le dieron la oportunidad de mostrarles la novedad que él traía, porque rechazaron su anuncio, rechazaron su palabra. Sin embargo, los de Cafarnaum ven uno de esos signos que hace presente el Reino de los Cielos que Jesús dice que ha llegado: la expulsión del demonio que tenía sometido a un hombre.

4. Su palabra, como la "Palabra de Dios", hasta los demonios le obedecen (Lc 4,36)

Más aún, al mostrar su palabra como poderosa, capaz de forzar al espíritu inmundo a salir del hombre, recuerda el poder de la palabra del mismo Dios. En efecto, la Escritura dice que Dios creó todo por su palabra: Dijo Dios: “haya luz”, y hubo luz... La palabra de Dios era poderosa y también la de Jesús. No es de extrañar que, tras aquel milagro, san Lucas continúe su relato de esta forma:

Quedaron todos pasmados y se decían unos a otros: “¡Qué palabra esta! Manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y salen”.

(Lc 4, 36)

Jesús tiene autoridad para hablar y para hacer. No invoca a Dios, sino que él, mostrando su propio poder, manda al demonio y el demonio no puede sino obedecer. No sale del hombre por propia voluntad, sino que es obligado a salir por quien es más fuerte. Por eso san Marcos al dar noticia de este milagro dice que el demonio dio un gran grito. El poder del demonio no puede compararse con el poder de aquel que es Dueño y Señor de todo, absolutamente de todo.

¿Acaso no decía el texto del profeta Isaías que Jesús leyó en Nazaret: “me ha enviado a proclamar la libertad a los cautivos”? ¿Acaso no había dicho él en Nazaret: “Esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy”? Y ¿hay alguna esclavitud mayor que la del demonio, de la que no libra siquiera la misma muerte? ¿Hay alguna expresión de infelicidad mayor que la de estar sometido a un demonio? Así el Señor muestra que no es un

charlatán de feria, ni tampoco un profeta que anuncia lo que el Dios hará, sino el mismo Dios que tiene poder para librar de la esclavitud, para librar al hombre de la opresión del diablo. Y eso es lo que hace: ordena al demonio, que no puede sino soltar su presa.

5. Lc 4,38-39: El Reino de los Cielos ha llegado. Ante él no resiste ningún mal

¿Qué ocurre a continuación? Lo cuenta san Lucas:

Saliendo de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba con mucha fiebre y le rogaron por ella. Inclínándose sobre ella, conminó a la fiebre; y la fiebre la dejó; ella, levantándose al momento, se puso a servirles.

(Lc 4,38-39)

Este es el Reino de los Cielos, que ha llegado a nosotros. El Señor se ha puesto a nuestro lado, Dios ha venido hasta nosotros y viene con sus dones. Él es la libertad y junto a él no puede existir esclavitud alguna, por eso él libra de la esclavitud del pecado y de la muerte, la esclavitud con la que el demonio apresa a los hombres y los arrastra a la destrucción. Él es la salud del cuerpo y del alma, por eso ante él no resiste ni la enfermedad del alma, que es el pecado, ni la del cuerpo. Enfermedad que no introdujo Dios cuando creó al hombre, sino que es consecuencia de un acto libre del hombre, del pecado.

Dios ha creado al hombre para la vida. Pero la vida del hombre es Dios y cuando éste se separa de su Creador enferma hasta caer en una muerte eterna. Y el hombre se separa de Dios cuando, engañado por el diablo con falsas promesas de felicidad, peca, desobedece a Dios. Es decir: el pecado aleja de Dios. Si esta lejanía de Dios persiste, el hombre entra en la muerte eterna.

Pero ante Jesús no resiste ni la enfermedad del alma ni la del cuerpo. Así hace presente el Reino de Dios. Escuchad sus palabras: «Convertíos porque el Reino de los cielos ha llegado». No son palabras vanas. Él viene con la salvación, quiere y puede salvarte. Quiere y puede darte la felicidad. Puede y quiere librarte de todo lo que te oprime. Quiere y puede saciar el hambre y la sed de tu corazón. Quiere y puede darte un amor perfecto, mayor de lo que imaginas, más perfecto de lo que nunca soñarías. Él trae el Reino de los Cielos. Él es el Reino de Dios.

6. Lc 4,40-41: Los milagros como signos. Saber leer los milagros

Pero volvamos al Evangelio. Ha expulsado un demonio. Dice y obra con autoridad y cautiva y asombra a los judíos de Cafarnaum: ha expulsado un demonio con sólo ordenárselo. Ha curado a la suegra de Simón también con su palabra. Y, como no podía ser de otro modo, al ver su poder, los habitantes de Cafarnaum le han traído, aunque ya anochecía, muchos enfermos del alma y del cuerpo, y les ha curado:

A la puesta del sol, todos los que tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban; y él, poniendo las manos sobre cada uno de ellos, los

curaba. Salían también demonios de muchos, gritando y diciendo: “Tú eres el Hijo de Dios”. Pero el les conminaba y no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo.

(Lc 4,40-41)

Aquel día tuvo que haber un verdadero revuelo en Cafarnaum.

Uno lo piensa y, si es capaz de representarse lo que nos narra el Evangelio, también se asombrará de que un carpintero hable y actúe con esa autoridad y con ese poder. Pero es más fácil asombrarse por tal manifestación de poder bienhechor en un hombre, que aprender a leer sus milagros.

¿Qué es leer sus milagros? Saber leer los milagros es percatarse de que son signos, que nos indican y nos señalan algo, que significan algo más. Un ejemplo: las letras son signos y sabemos leerlas cuando al mirarlas podemos referirlas a palabras y frases que tienen un significado; pero si nos colocásemos ante una escritura extraña para nosotros, la escritura china o la hebrea, o la griega, podríamos describir los signos que vemos escritos, pero no leerlos, es decir, no sabríamos lo que dice el escrito que tenemos delante. De igual modo, los milagros son signos de la presencia del Reino de los Cielos. Y es necesario aprender a leer para que lleguen no sólo a sorprendernos sino a sernos provechosos.

En lo que hemos oído del Evangelio, ya tenemos un ejemplo de algunos que supieron leer provechosamente los primeros milagros. Son aquellos que, aunque se hace de noche, llevan a sus enfermos, del alma y del cuerpo, hasta Jesús. Han escuchado anunciar a Jesús la proximidad del Reino de los Cielos, han visto cómo Jesús curaba al endemoniado, han oído que ha curado a la suegra de Pedro. Y al ver y oír tales cosas, no se han contentado con asombrarse y quedarse como bobos. ¿Qué han hecho? Se han acercado con sus enfermos para ser todos curados por aquel que quiere y puede curar su cuerpo y su alma, por aquel que puede y quiere libarlos. Eso es saber leer los milagros. Es necesario ponerse en movimiento, acercarse a Jesús y darle una oportunidad para que haga el milagro.

7. Lc 4,42-44: Jesús llega hasta ti

Y que nadie crea que, después de aquel largo día, en que las gentes de Cafarnaum no han dejado de acosarlo para que curase a unos y otros, la labor de Jesús ya ha terminado. No, el trabajo de Jesús continúa:

Al amanecer salió y se fue a un lugar solitario. La gente le andaba buscando y, llegando hasta él, trataban de retenerle para que no les dejara. Pero él les dijo: “También a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque para esto he sido enviado”. E iba predicando por las sinagogas de Judea.

(Lc 4,42-44)

IV. JESÚS ANTE TI

Para esto he salido, dice Jesús, para hacer presente el Reino de Dios en cada aldea, en cada rincón, en cada hombre. Ahora Jesús ha llegado hasta

ti, te lo trae la Iglesia, te lo traemos nosotros, que somos parte de esta Iglesia. ¿Qué tienes que hacer tú? –Nada; sólo dar fe al anuncio que te hacemos. ¿Qué tienes que pagar? –Nada; esto no se paga. Jesús no ha puesto condiciones para curar a unos y otros, nada les ha pedido antes, nada les ha exigido. Nada ha dicho de condiciones que se tienen que cumplir para que él derrame sus gracias y sus dones. No ha pedido nada, sólo ha ofrecido, sólo se te ofrece y se te ofrece gratis. ¿Qué tienes que hacer? Nada. Por ahora lo único que has de hacer es creer nuestro anuncio y presentarle a él tus necesidades, tus sufrimientos, tus esclavitudes, tus dolores, tus fracasos, tus deseos... y seguir escuchándolo y mirándolo. Tienes que creer, como creyeron aquellos que le llevaron sus enfermos, y presentar tu corazón enfermo ante Él. Él puede y quiere curarte, Él lo hará.

1. Sólo la fe es necesaria. ¡Abre las puertas a Cristo!

Pero te prevengo: es necesario darle fe, darle la oportunidad y creer su palabra, su anuncio. Quien no crea en él no será sanado. No entrará en tu casa, en la casa interior de tu alma, si no quieres. Quién no le deje entrar no será forzado. Si tú no lo llevas hasta allí, como lo llevó Pedro para que curase a su suegra, no entrará. Cómo llamarlo es sencillo, sólo tienes que pedirselo, él irá y derramará su amor que sana todas las heridas, todas las enfermedades, todos los dolores. Él está más deseoso de saciarte que tú de ser saciado. Acudirá, no lo dudes. Sólo tienes que dar fe a sus palabras, que quizá ahora empiezas a oír por primera vez. ¡Abrid las puertas de vuestra alma a Cristo! ¡No temáis! ¡Abrid las puertas a Cristo!

2. ¿Indignidad?

Pero no es la incredulidad lo único que puede apartarte de Cristo e impedir que disfrutes de los bienes del Reino de los Cielos. Una cosa más puede hacer que alejes de ti a Cristo. Y es que algunas personas se alejan porque se creen indignas de Jesús. ¿Y quién es digno de él? –Nadie. Pero la Buena Noticia del Evangelio no es que los hombres seamos dignos de él, sino que él se ha enamorado de nosotros, aunque seamos indignos. Cierto que no somos dignos, pero él nos transforma hasta hacernos dignos. Veremos muchos ejemplos. Que tu indignidad, por tus pecados, por tu pequeñez, o por lo que sea, no te aparte de Jesús. Él no ha considerado eso un obstáculo.

3. No te mires a ti. Mira su amor y su bondad, su amor

No mires tu pequeñez, ni siquiera tus pecados; mira su poder y también su bondad. Su poder ya lo hemos visto. ¿Dónde podemos ver su bondad? En la expulsión del demonio y en la curación de la suegra de Pedro manifiesta el poder que tiene sobre el demonio y sobre la enfermedad, pero no lo hace para que vean su poder. Si Jesús hubiese buscado que los judíos conociesen tan sólo su poder, no habría salido de Jerusalén, lleno de gente, de sacerdotes, de expertos en la ley, de fariseos, de peregrinos judíos de todas partes del mundo. Allí hubiesen podido conocer su poder. No, cuando

Jesús hace un milagro no lo hace para dejar atónitos a todos. Lo hace porque ama a los hombres, ama al endemoniado, a Pedro y a su suegra, a aquella multitud que se presenta a la puerta de la casa de Pedro, ama a la gente que habita los pueblos vecinos y por eso dice “también a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios”.

En su pueblo lo habían despreciado y por poco lo despeñan por el barranco. En Cafarnaum lo habían acogido bien, ¿por qué moverse de allí y exponerse a otros fracasos o peligros? ¿Por qué no quedarse en Cafarnaum, rodeado del aprecio y atenciones de todos? ¿Por qué, sino por amor?

4. Acostumbrados a la vida mediocre y al mal

Si volvemos a la expulsión del demonio de la sinagoga de Cafarnaum, vemos que nadie le pide a Jesús que cure a aquel pobre hombre. No se lo piden, entre otras cosas porque no esperan que nadie pueda hacer tal cosa. Quizá como nosotros, seguramente hay cosas que desearíamos, pero como nunca las hemos visto nos decimos a nosotros mismos que son quimeras, que son vanas ilusiones. Por eso nos conformamos con una vida gris y una felicidad pequeña, es decir, con una felicidad que no es felicidad, sino desgracia sobrellevada.

Otra causa de que no se lo pidan es que están habituados a convivir con el mal. Quizá lleve muchos años así, quizá toda la vida, quizá haya muchos otros como él, y creen que es lo normal, lo natural, que forma parte de nuestra condición humana. Eso también nos pasa a nosotros. Estamos tan acostumbrados a la vida gris que vivimos, quizá desde siempre y quizá sin darnos cuenta, quizá porque nunca hemos visto nada mejor, estamos tan acostumbrados no a un amor verdadero, sino a la mezquindad de los hombres, que nuestra esperanza se reduce a sobrevivir. El diablo ha reducido nuestro horizonte, como el de aquel pobre hombre. Así ya no creemos que pueda existir para nosotros algo mayor, algo mejor. Y existe, sí existe, es Cristo.

En esta catequesis, hasta ahora, hemos mirado desde fuera y hemos visto el poder de Jesús, pero si miramos desde dentro de Jesús, si miramos con sus ojos, veremos su bondad y su amor.

5. Jesús no se acostumbra a tu mal

Cuando Jesús mira a aquel hombre poseído por el diablo, mira la obra de sus manos, creada para la vida eterna, para la felicidad infinita... Pero, ¿en qué estado la ve? La ve harapienta, esclava, oprimida por el diablo. Y Jesús ama a aquel hombre, no con ese amor que se apena por el mal del otro pero que no puede ir más allá. Jesús lo ama, mira el destino perfecto de aquel hombre, que todos los demás desconocen. No ve sólo su estado presente, lamentable, sino ve el fin con el que salió de las manos de su Padre. Y su amor no es como el nuestro, impotente muchas veces para conseguir la felicidad o la salud o la vida de aquellos a los que queremos. Su amor no se contenta con mirarlo postrado y dolerse con su dolor un momento para luego seguir, “porque la vida sigue”, como suele decirse.

Jesús no lo ama para dejarlo postrado, esclavo del diablo. Él lo ama libre y le da la libertad que ha perdido.

Parece como si el diablo quisiera establecer con Jesús un diálogo, pero Jesús nos enseña que con el diablo no se dialoga, no se discute, al diablo no se le escucha, porque es el padre de la mentira. Jesús no dialoga con él, ni siquiera acepta su testimonio, cuando dice “sé quien eres tú: el Santo de Dios”. Jesús se limita a expulsarle del hombre: “Cállate y sal de ese hombre”. Es como si dijese: sal de mi casa, ¿qué haces en mi morada? Yo deseo entrar “Cállate y sal de él. [...] Abandona esta morada preparada para mí.”

El Señor nos ama como algo suyo. Se duele de nuestro mal, no como alguien suele dolerse de la desgracia que le cuentan de otro, sino como una madre se duele del mal de su propio hijo, como de algo propio. Jesús ama al hombre como algo de sus entrañas.

6. Él ve el verdadero destino para el que has sido creado

Miremos también cómo cura a la suegra de Pedro. Dice el Evangelio que cuando salió de la sinagoga se fue a casa de Simón. Seguramente le invitaron a cenar y a pasar la noche en su casa. Una vez allí, y después de ver el milagro de la sinagoga, le hablan y le ruegan por la anciana. Al igual que con el endemoniado, seguramente nadie esperase ya que aquella mujer curase. Era anciana, estaba enferma, tenía “mucho fiebre”... pues tal vez muriese, sería lo normal. Pero a los ojos de Jesús la muerte del hombre no es lo normal. Por mucho que nos hayamos acostumbrado a la muerte, a nuestra propia muerte, quizá porque ignoremos el destino perfecto para el que Dios nos hizo, Cristo no. Por eso se acerca a la anciana, para expulsar la muerte de ella. La anciana no podía ir a buscar a Jesús, no podía siquiera salir a la puerta de la casa para buscar al médico, ni siquiera espera un médico! Pero es Jesús el que se acerca, sin que la anciana lo espere, para buscar y salvar a quien ama. También a aquella anciana, que ha perdido la esperanza, ha llegado la Buena Nueva del Evangelio.

Al comienzo del Evangelio hay como un deseo de Jesús de mostrar, “obrando”, la cercanía del Reino de Dios: no le llaman, pero él va; no le piden, pero él expulsa los demonios; no lo esperan, pero el cura.

7. El Bueno busca tu bien, no te resignes tú a una vida gris: Mc 1,15

Así, ¿quién podrá desesperar de recuperar la salud del alma o del cuerpo? Este mismo Jesús sigue teniendo poder para sanarte. Y no sólo puede, también quiere. Quiere tu bien porque él es el Bien, es bueno, lo has podido ver en el Evangelio. Fue él quien se acercó al poseído, nadie le llamó, nadie lo esperaba, fue su amor el que lo llevó hasta allí: primero a la sinagoga y al poseído, luego a casa de Simón y a la anciana. Y ¿cómo van a ser curados ellos y no tú? ¿Qué tenían ellos que no tengas tú? ¿Quién, por pobre o por miserable que sea, podrá perder la esperanza? Alégrate, Él se acerca a ti y te dará los dones de su Reino, como a aquellos. Cree en Él.

Quizá, como la mayoría de los hombres, te hayas acostumbrado a una existencia “gris”. Esto nos pasa a todos, porque estamos llenos de límites. Sin embargo Cristo no se resigna a que tú tengas una pobre vida. Él conoce la verdad de tu corazón, conoce tu corazón porque él lo creó, y para un amor perfecto, que haga plena la vida, que haga estupenda la vida. Y viene a darte lo que quizá ya, como la anciana, has dejado de esperar.

«El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Noticia»

(Mc 1,15)

Al concluir, invitamos a los simpatizantes a dirigirse a Jesucristo, vivo, presente en el alma de quien da fe, y presentarle allí nuestras enfermedades, nuestros dolores, nuestras esclavitudes...

2º. “¿QUÉ ES ESTO? - ¡UNA DOCTRINA NUEVA, EXPUESTA CON AUTORIDAD!”

-Esquema-

I. ORACIÓN

II. MEMORIA DE LA PREDICACIÓN DE JESÚS A LA LUZ DE IS 41,17-18

III. DE NAZARET A CAFARNAUM

1. Mc 1,21-22 y el asombro ante Jesús
2. Mc 1,22-28: novedad y autoridad
3. Obra y habla como en lugar de Dios
4. Su palabra, como la "Palabra de Dios", hasta los demonios le obedecen (Lc 4,36)
5. Lc 4,38-39: El Reino de los Cielos ha llegado. Ante él no resiste ningún mal
6. Lc 4,40-41: Los milagros como signos. Saber leer los milagros
7. Lc 4,42-44: Jesús llega hasta ti

IV. JESÚS ANTE TI

1. Sólo la fe es necesaria. ¡Abre las puertas a Cristo!
2. ¿Indignidad?
3. No te mires a ti. Mira su amor y su bondad, su amor
4. Acostumbrados a la vida mediocre y al mal
5. Jesús no se acostumbra a tu mal
6. Él ve el verdadero destino para el que has sido creado
7. El Bueno busca tu bien, no te resignes tú a una vida gris: Mc 1,15

3º. “VENID CONMIGO”

I. ORACIÓN

Comenzamos
la catequesis con la oración de san Anselmo

II. RECAPITULACIÓN

Jesús anuncia el Reino de Dios y lo hace presente

El primer día vimos cómo Jesús anunciaba la cercanía del Reino de los Cielos e invitaba a los hombres a creer la Buena Nueva y a convertirse. En el segundo día, vimos cómo Jesús da comienzo el Reino de Dios entre los hombres: cura al endemoniado de la sinagoga de Cafarnaum, a la suegra de Simón y a la multitud de enfermos y poseídos que le llevan.

Jesús anuncia la Buena Nueva del Reino de los Cielos y lo hace presente. Recordad las palabras del profeta Isaías que, en la sinagoga de Nazaret, se aplica a sí mismo: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y a los ciegos la vista, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.»

Y recordad cómo comienza a hacer verdad estas palabras del profeta Isaías, liberando del demonio al pobre poseído y curando a la suegra de Simón.

Jesús reclama la conversión: dejar a Dios ser Dios. Él es Dios que salva

El anuncio del Reino de los Cielos era acompañado por la invitación o el mandato de la conversión: dejar a Dios el lugar que ocupa como Dueño y Señor de todo; ponerme yo en mi lugar, como una criatura suya; y dejar que este Dios me sorprenda. Y, para el que da fe al anuncio de esta Buena Nueva y se convierte, el comienzo de los signos hace patente que el Reino de los Cielos ha llegado, que Dios no se ha olvidado de su pueblo, de sus sufrimientos y de sus angustias, sino que se ha hecho presente, con poder, para librar al hombre de la esclavitud del pecado y de la muerte.

Jesús se pone en medio de los hombres como este Dios que salva. Él habla no como los antiguos profetas, en nombre de Dios, sino como si él mismo fuese Dios. Y lo es. Él actúa y obra milagros no como aquellos, implorando a Dios que permanece en el cielo, sino que obra como siendo Él mismo Dios, que realiza sus obras entre los suyos.

Jesús es Dios que salva, es Dios que viene a salvar.

Obstáculos para la conversión: Incredulidad, conformidad, autosuficiencia, escrúpulo.

Pero, ante la llegada del Reino de Dios, recordad también los peligros que acechan en el corazón de cada hombre y que impiden la conversión: la incredulidad, la conformidad, la autosuficiencia y el escrúpulo. Es necesario dar fe a Dios, no conformarse con la vida gris que llevamos, aceptar que no

somos suficientes y no dejar que nuestra indignidad ante Dios nos eche para atrás, cuando es él mismo quien nos llama.

Eso es lo que hemos visto hasta ahora. Ahora tenemos que avanzar.

III. ¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO?

(Lc 5,1-11; Mt 4,23-25; Mt 4,19).

Seguramente todos tengáis en la cabeza la idea de que el cristianismo es un conjunto de verdades y un conjunto de normas. Un conjunto de verdades que hay que creer (que Dios es Uno y Trino, o que María concibió a Jesús virgen, por obra del Espíritu Santo....) y un conjunto de normas, cosas que hay que hacer (ir a misa los Domingos, amar a Dios y al prójimo...) o que hay que evitar (no robar, no matar, no mentir...).

Pero lo que hasta ahora hemos visto de Jesús en nos aleja de esta visión. No parece por ahora que la principal preocupación de Jesús sea la de enseñar verdades o normas de comportamiento. Él simplemente, por ahora, lo que ha hecho es estar entre los hombres y estar como Dios que salva. Y eso significa su nombre. Jesús, en hebreo, significa “Dios que salva”.

Pero no sólo está entre los hombres, haciendo verdad el significado de su nombre. No es una especie de funcionario de la salvación. Escuchad este pasaje del evangelio de san Lucas. La escena se realiza después de las curaciones que narrábamos en la catequesis anterior:

Estaba Él a la orilla del lago de Genesaret y la gente se agolpaba a su alrededor para oír la palabra de Dios, cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas y estaban lavando las redes. Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y sentándose enseñaba desde la barca a la muchedumbre.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar”. Simón le respondió: “Maestro, hemos estado toda la noche bregando y no hemos pescado nada; pero por tu palabra, echaré las redes” Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban con romperse. Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían.

Al verlo, Simón Pedro cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: “Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador”, pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y de Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres”. Llevaron a tierra la barca y, dejándolo todo, le siguieron.

(Lc 5,1-11)

Por las noticias que nos dan los otros evangelistas, sabemos que con Pedro está su hermano Andrés. El caso es que, desde ese momento, Simón y Andrés, Santiago y Juan, ya no se separarán de Jesús. Y ese es el modo en que Jesús da la salvación al hombre, vinculándolo a su persona y a su vida. Jesús llama a los hombres a ir con él, a estar con él.

Es cierto que él es Dios que salva, Dios entre los hombres que salva. Pero no abre una oficina para dar su remedio, no establece un horario de consulta, sino que salva al hombre llamándolo a estar con él, a ir con él, a compartir su vida. Lo más novedoso de la vida cristiana, más que las enseñanzas morales y más que los milagros, es que la vida cristiana se resume en este “estar con”, estar con Jesús, estar con Cristo.

El evangelio de San Mateo nos dice que después de anunciar la llegada del Reino de Dios y llamar a los cuatro hermanos:

Recorría Jesús toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Su fama llegó a toda Siria; y le traían todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curó.

Y añade:

Y le siguió una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán.

(Mt 4,23-25)

Jesús llama a hombres concretos a ir con él. Y muchos lo siguen. Seguramente, como Jesús iba de un lugar a otro, toda esta gente no iría constantemente con él, sino que, después de haberle visto y oído, cautivados por su palabra y sus milagros, encendida su alma por su persona, permanecían ya pendientes de las noticias que llegaban de él, de lo que hacía y decía. Y así al llegar Jesús a sus comarcas, es fácil que se acercaran hasta él y permanecieran un tiempo junto con él, antes de volver a sus casas y sus trabajos. Es decir, lo seguían, pero no todos a todas partes y siempre.

Pero además de estos, que van y vienen, Jesús, desde el comienzo de su vida pública, comienza a hacer en torno a él una especie de familia, una especie de comunidad, de gente que está constantemente con él. Los primeros de los que tenemos noticias son Simón, Andrés, Santiago y Juan, pescadores los cuatro.

El desenlace del encuentro de Jesús con ellos en el lago, que dejaran todo y lo siguieran, no fue fortuito. Muy al contrario, fue buscado por Jesús. De hecho san Mateo y san Marcos, en sus evangelios recuerdan unas palabras de Jesús que aquí no aparecen: “*Venid conmigo*” (Mt 4,19). Y esas palabras expresan el deseo de Jesús de que esos hombres fuesen y permaneciesen con él.

Pero vamos a la escena del Evangelio que hemos leído.

IV. LA VOCACIÓN DE SIMÓN, ANDRÉS, SANTIAGO Y JUAN (LC 5,1-11)

Simón, Andrés, Santiago y Juan ya conocían a Jesús. Al menos Simón, porque Jesús había estado en su casa y había curado a su suegra.

4.1. Primer acercamiento:

**La Palabra de Jesús,
una extraña orden y el milagro.**

Cuando Jesús se pone a predicar a la orilla del lago, ya tiene en mente a los cuatro. Espera que vengan en la barca y se pongan junto a él. Entonces sube a la barca de Pedro, se sienta en ella y desde ella sigue enseñando. Así, mientras ellos sacan las redes y las limpian, la palabra de Jesús cae en los pescadores como la semilla tirada por el agricultor en la tierra. Su palabra es cautivadora. Recordad lo que decían de él, que “enseñaba como quien tiene autoridad”. Una vez que su palabra ha calentado los corazones de los pescadores, terminada la enseñanza, Jesús da a Pedro una extraña orden: “Boga mar adentro y echad vuestras redes para pescar”. Pedro es pescador, Jesús no. Pedro conoce el oficio y también el lago, Jesús no. Además es de día, de día es más difícil la pesca, y ellos han estado toda la noche sin conseguir nada. Pero la palabra de Jesús ya lo ha cautivado: “Maestro, hemos estado toda la noche bregando y no hemos pescado nada; pero por tu palabra, echaré las redes”. Lo hace y se produce una pesca milagrosa.

**Una llamada al corazón.
El trabajo infructuoso del hombre.**

El milagro que hace Jesús no es una simple demostración de poder. No quiere dejarlos con la boca abierta, sino llamar la atención de su corazón. Es una llamada al corazón de aquellos hombres. El trabajo infructuoso de los cuatro durante toda la noche expresa lo inútil que experimenta el hombre su vida cuando llega a su término, por mucho que se haya fatigado, por mucho que se haya esforzado, incluso, por mucho que haya conseguido. Al final, siempre está con el alma y las manos vacías. Y no sólo al final, muchas veces, a lo largo de la vida, cada hombre puede experimentar esta especie de necesidad que parece acompañar el esfuerzo humano; incapaz de asegurar la propia felicidad o la de aquellos que uno quiere. ¿Quién puede asegurar la vida dichosa, la vida feliz de su hijo, de su esposo, de su esposa, de sí mismo?

**La novedad de la palabra de Cristo
y la necesidad de fiarse de él.**

Sin embargo, aparece el Señor Jesús, con su palabra poderosa y saca vida de la muerte.

Pedro, Andrés, Santiago y Juan no ven más que a un hombre. Un hombre de palabra cautivadora, cierto, pero un hombre, al fin y al cabo. Tan sólo eso es lo que ellos pueden apreciar al mirarle o al oírle. Y ese hombre les pide, casi les ordena, algo extraño. Jesús pone a Pedro en el brete de fiarse de él. Pedro no hubiese hecho caso a ningún otro, no hubiese perdido su tiempo y sus fuerzas si otro le hubiese pedido lo mismo. Sin embargo, la palabra de aquel hombre no es como la de los demás, y quizá tampoco él sea como los demás. Él ya ha percibido su novedad en la liberación del poseído y en la curación de su suegra, así que responde: “por tu palabra echaré las

redes”. Es un acto de fe, un acto de confianza. Jesús ha provocado la fe libre de Pedro y Pedro da fe a Jesús.

El milagro, signo de la presencia de Alguien más grande. La conciencia de indignidad.

Es entonces cuando se produce el milagro. Las redes se ven repletas de peces, tanto que tiene que llamar a la otra barca y ambas se llenan. Es un signo de la vida que trae Jesús. Él es capaz de transformar la ineficacia del trabajo y del esfuerzo del hombre en sobreabundancia. Él es capaz de transformar el vacío de la vida humana en plenitud. Basta fiarse de él.

Pedro se da cuenta ahora de que está ante alguien más grande que él mismo. Lo que aparece a sus ojos es un hombre como los otros, pero hay algo más, que se intuye por los signos que hace. Así como el humo es signo del fuego, así los milagros de Jesús y su poder son signo de un misterio que esconde. Allí hay uno más grande que él, más grande que lo que deja ver su humanidad. Y él se siente indigno y miserable, ante el hombre que esconde tal misterio. Por eso se pone a las rodillas de Jesús, que estaría sentado en la barca, y le pide que se aleje, porque es él es un pecador.

Ojala reconozcas también tú en Jesús, que te habla a través nuestra, a alguien más valioso, a alguien mayor que tú, ante quien se puede y se debe doblar las rodillas.

Invitación y decisión final: “No temas”

Luego del milagro y del reconocimiento del misterio, al fin, la invitación de Jesús a seguirle: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres”; y la resolución de los hombres: “Dejándolo todo, le siguieron”.

Muchas veces se escuchan en el evangelio estas palabras: “no temas”. Jesús no desea que los hombres se aparten de él, por indignos que sean. Ha venido a salvarlos, a sanarlos, no a enjuiciarlos y condenarlos. De ahí las palabras: “No temas”. No temáis a Cristo, no temáis su cercanía. ¡Abrid las puertas a Cristo!

4.2. La Respuesta razonable: la obediencia a Cristo

La promesa y los signos de una vida plena frente a la seguridad de una vida mediocre

¿Y cómo responden Pedro y los otros tres a lo que han visto y oído? – Cuando llegan a la orilla, lo dejan todo y le siguen. ¿Es irracional esta respuesta? ¿Va contra la razón esta fe que los hermanos dan a Jesús? –No, porque a través del milagro, como de un signo, han reconocido en Jesús alguien más valioso que ellos mismos, más valioso que todo lo que tienen. Y no quieren perderlo. Prefieren aferrar esta novedad que ha llegado a su vida y que es percibida como la promesa de una vida plena; prefieren eso a conservar lo que tenían, la certeza de una vida tan segura como vacía. Pues es cierto que tenían la vida hecha: la familia, el trabajo... pero no la vida plena que reclama el alma, no la vida dichosa y eterna.

¿Qué es más razonable? ¿Resignarse a una vida mediocre? ¿Hacerse a la idea de que nunca ocurrirá nada verdaderamente extraordinario, que sacie los deseos más profundos del alma? ¿O, por el contrario, dar a un hombre, portador de un misterio más grande, que anuncia con palabras y

obras el Reino de los Cielos y que atrae el corazón, la oportunidad de sorprenderme?

Identidad de quien llama ahora y de que quien ya clamaba en el alma

–Lo único verdaderamente racional es darse a uno mismo la oportunidad de ser saciado, darle a Jesús la oportunidad de saciar el alma. Porque cuando uno tiene delante a Jesús, puede descubrir la sorpresa de que el alma y el corazón se inflaman con él. ¿Por qué? Os diré por qué: porque has sido creado para saciarte en su amor y para amarle. Ante él, el alma reconoce aquel amor para el que fue creada. En Cristo, el hombre descubre el rostro concreto de aquella voz que resonaba en el fondo de su alma desde el inicio de su vida, la voz de Dios: “Busca mi rostro”. Ahora esa voz tiene un nombre y un rostro: Jesús. Y ahora es posible escucharla con nitidez, adherirse a ella, seguirla y amarla. Ahora Dios ha aparecido humanamente delante de nosotros y nos llama a seguirle.

La tragedia de Ícaro frente al don que viene de arriba

En la mitología griega hay una figura que nos puede ayudar a entender lo que os queremos decir, se trata de Ícaro. Ícaro y su padre Dédalo fabrican unas alas para escapar de una isla. Utilizan para ello plumas de aves que unen con hilos y cera. Una vez que se han adiestrado, emprenden el viaje lejos de la Isla en que viven prisioneros, pero Ícaro es atraído por la irresistible belleza del sol, vuela hacia él, pero la cera que une las plumas de sus alas se derrite, cae al mar y muere. Ícaro es el símbolo del deseo humano que quiere ir más allá de las limitaciones que le son propias a su vida, un deseo irresistible, el deseo de eternidad, de infinito, de verdad..., el deseo de Dios. Pero no puede llegar, no está en su capacidad volar hasta el sol, escalar el cielo.

Sin embargo ahora es Dios el que se ha hecho presente. Ya no hay que buscar a tientas, ya no hay que intentar la imposible tarea de escalar el cielo, o de volar hasta el sol, porque él ha aparecido ante nosotros, cercano, a nuestro lado, con nuestra carne, con un corazón como el nuestro, con ojos y boca y manos, como nosotros.

Uno no lo sabe, no sabe que puede existir un amor eterno, un amor perfecto, que llene nuestro corazón, nuestra vida y la vida de nuestro matrimonio, de nuestros hijos. Y aunque lo desearía, ni siquiera se atreve a soñarlo, ni siquiera se atreve a esperarlo, no quiere hacerse vanas ilusiones. Pero si apareciese delante de nosotros y pudiésemos reconocerlo, ¿caso no nos aferraríamos a este amor aunqueuviésemos que soltar otras cosas?

Pues ha aparecido.

Luz sobre el misterio del hombre

He aquí la Buena Nueva que hace luz en la oscuridad del hombre. El hombre era un misterio para sí mismo ¿Por qué algo tan limitado, con fecha de caducidad, tiene deseos tan grandes? ¿Por qué no se conforma a lo racional que para un ser limitado ha de ser la muerte? ¿Acaso no es racional que lo que es caduco deje de existir? ¿Por qué al hombre le cuesta tanto la muerte si es tan acorde a su ser caduco y limitado? ¿Por qué todo le parece

pequeño y pobre y siempre quiere más? Esto era un misterio, que ha dejado de serlo con Jesús.

¿Qué harás tú con tu corazón?

Tú has sido puesto en la existencia para alcanzar a Cristo, fuente de amor inagotable. Por eso lejos de él andas con cansancio, con sed, con hastío... A no ser que estés “entretenido” con muchas cosas y no dejes que la mente y el corazón hablen. ¿Qué harás cuando pase el entretenimiento y te quedes sólo contigo mismo? ¿Qué le dirás entonces a tu corazón: “espera que busque otra cosa para no oírte”?

V. SAN AGUSTÍN:

Pequeña introducción

En el siglo IV existió un hombre, de una pequeña ciudad del norte de África, de Tagaste, que se llamaba Agustín. Vivió con pasión y con dolor esta contradicción del hombre. Buscó saciar su corazón, pero no encontraba nada que lo llenase de veras, al contrario, cada vez el dolor del vacío era más terrible. Y eso que era un hombre de éxito, un brillante y estimado retórico, que atraía amigos, por su calidez humana. Se adentró en el maniqueísmo, una secta dualista y espiritualista, buscando la verdad, pero no la encontró. Pasó por la superstición de la astrología y por el escepticismo. Mientras, vivió con una mujer con la que nunca se casó y de la que tuvo un hijo. Llegó al neoplatonismo, buscando la verdad en la filosofía. Curiosamente, la filosofía de Platón le acercó hasta el cristianismo, pero aún sin descubrir a Cristo, a esta persona que en el lago de Genesaret llamó a Simón y a los otros a estar con él. Hasta que por fin vio - no con los ojos de la cara, sino con los del alma- a Cristo. Suyas son estas palabras, dirigidas a Jesús:

El testimonio de *Las Confesiones*

¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te buscaba; y deforme como era, me lanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste. Tú estabas conmigo, mas yo no estaba contigo. Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no estuvieran en ti, no existirían...

Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y deshiciste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz.

Invitación actual a los simpatizantes

Eso es lo que Cristo se propone ahora. Se planta ante ti y te llama a estar con él y a seguirle a él. Él es el amor perfecto, para Él fuiste creado. Ahora ha irrumpido en tu vida, como irrumpió en la vida de Simón y de los otros. Aquellos estaban a lo suyo, su trabajo, su familia. Tú también estás ocupado en tus cosas, las mismas cosas que aquellos, tu familia, tu trabajo... Ellos quizá no andaban buscando como lo hacía Agustín, quizá tú tampoco. Pero Cristo, para cuyo amor Dios te pensó y te hizo, sí te ha buscado, y te llama a una vida verdadera abriendo tu inteligencia y tu corazón a tu verdadero destino, un destino que desconocías, un destino enorme.

Ante Jesús que te llama, quizá el temor te diga “¿dónde vas? Nada sabes de él, ni lo que pretende, ni lo que quiere, ni siquiera sabes quién es”.

Pero la razón dice: “deseo la verdad que no encuentro, búscala; deseo el amor que nadie puede ofrecerme, búscalo”. La razón abre la posibilidad de que este hombre, verdadero hombre, pero distinto de todos, abra “el camino”. Así que lo más razonable es seguirlo.

VI. LA VOCACIÓN DE MATEO (Mt 9,9; Lc 5,27-32)

¿A quién llama Jesús?

Otra cosa que sorprende es que aquellos a los que Jesús llama no son gente poderosa, ni rica, ni culta. Podía haber buscado gente culta entre los escribas, podía haber buscado gente poderosa y rica entre los saduceos, podía haber buscado gente respetable entre los fariseos. Sin embargo, eligió y llamó para que estuviesen con él a pescadores e iletrados.

Vocación de Mateo y comparación entre Pedro y Mateo

Y, si sorprendente fue que llamase a aquellos pescadores, más aún que llamase Mateo. El propio Mateo lo cuenta. La escena tiene lugar de nuevo en Cafarnaum.

Quando se iba de allí, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: “Sígueme”. Él se levantó y le siguió.

(Mt 9,9)

Sorprende más la llamada a Mateo porque a éste no lo quería nadie: ni los que eran como Pedro, es decir, la gente normal, que tenía que trabajar para ganarse la vida, gente pobre e inculta; ni tampoco los poderosos y los ricos, como los saduceos; ni, mucho menos, los cultos escribas y los “buenos” fariseos. Los que eran de la clase de Mateo eran seguramente los más despreciados de todos los judíos. Y en verdad eran despreciables. ¿Por qué? –Por su trabajo. Eran recaudadores de impuestos. Y los impuestos eran para Roma, es decir, para los invasores, y los judíos, que tienen muy arraigado el sentimiento nacional, no llevan muy bien eso de estar sometidos a otros. Pero, además, la gran mayoría de ellos eran ladrones. Cobraban más de lo que debían y así vivían no sólo de lo que por ley les correspondía, sino de lo que robaban a los pobres. Eran señalados públicamente como pecadores. Eran señalados y despreciados por todos. Por eso se les llamaba, como recogen los evangelios, “publicanos”.

Pedro y Mateo no eran iguales, pero con los dos hace lo mismo. Al primero lo saca de la mediocridad, de la oscuridad; al segundo lo saca del infierno. Y en ambos casos lo hace por amor. El amor hace que salte por encima de lo despreciable que a Mateo le hayan convertido sus muchos pecados. Más aún, el amor hace que Jesús busque con más ahínco a aquellos que más lejos están, a aquellos que más esclavos están, a los más pobres, a los más pecadores, a los que más sufren.

San Lucas cuenta así la escena de la vocación de Mateo, llamado aquí Leví, y una cena que siguió de Jesús con Leví y sus amigos:

Salió y vio un publicano llamado Leví, sentado en el despacho de los impuestos, y le dijo: “Sígueme”. Él, dejándolo todo, se levantó y lo siguió.

Leví le ofreció en su casa un gran banquete. Había un gran número de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. Los fariseos y sus escribas refunfuñaban diciendo a los discípulos: “¿Cómo es que coméis y bebéis con los publicanos y los pecadores?”. Les respondió Jesús: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. No he venido a llamar a conversión a los justos, sino a los pecadores”

(Lc 5,27-32)

VII. CONCLUSIÓN: CRISTO TE AMA, TE BUSCA Y TE LLAMA A SEGUIRLE Y A ESTAR CON ÉL

Jesucristo te ama. Si te busca es porque te ama. Él se ha hecho hombre y ahora te llama porque quiere estar contigo y que tú estés con él. Porque ese es tu bien, y Él ama tu bien. Jesús busca el corazón y el alma de quien ha sido creado para él. No importa lo lejos o lo cerca que uno esté, para él no hay distancia que no pueda saltar, ni enfermedad que no pueda curar, ni pecado que no pueda perdonar, ni defecto que no pueda transformar en virtud. Él es el Señor.

Seguramente hasta ahora tenías la idea de que el cristianismo es un conjunto de verdades y un conjunto de normas. Pero a partir de ahora tienes que saber que el cristianismo es una persona, el cristianismo es Cristo. El cristianismo es estar con Cristo. El cristianismo es una relación con Jesús. El cristianismo es una relación de amor con Jesús, que ama y perdona y se complace en amar y perdonar.

Y hoy Cristo te llama a seguirle y a estar con él.

3º. “VENID CONMIGO”

–ESQUEMA–

I. ORACIÓN

II. RECAPITULACIÓN

- Jesús anuncia el Reino de Dios y lo hace presente
- Jesús reclama la conversión: dejar a Dios ser Dios.
- Obstáculos para la conversión: Incredulidad, conformidad, autosuficiencia, escrúpulo.

III. ¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO?

(Lc 5,1-11; Mt 4,23-25; Mt 4,19).

IV. LA VOCACIÓN DE SIMÓN, ANDRÉS, SANTIAGO Y JUAN (Lc 5,1-11)

4.1. Primer acercamiento:

- La Palabra de Jesús, una extraña orden y el milagro.
- Una llamada al corazón. El trabajo infructuoso del hombre.
- La novedad de la palabra de Cristo y la necesidad de fiarse de él.
- El milagro, signo de la presencia de Alguien más grande. La conciencia de indignidad.
- Invitación y decisión final: “No temas”.

4.2. La Respuesta razonable: la obediencia a Cristo

- La promesa y los signos de una vida plena frente a la seguridad de una vida mediocre.
- Identidad de quien llama ahora y de que quien ya clamaba en el alma.
- La tragedia de Ícaro frente al don que viene de arriba.
- Luz sobre el misterio del hombre.
- ¿Qué harás tú con tu corazón?

V. SAN AGUSTÍN:

- Pequeña introducción
- El testimonio de *Las Confesiones*
- Invitación actual a los simpatizantes

VI. LA VOCACIÓN DE MATEO (Mt 9,9; Lc 5,27-32)

- ¿A quién llama Jesús?
- Vocación de Mateo y comparación entre Pedro y Mateo

VII. CONCLUSIÓN: CRISTO TE AMA, TE BUSCA Y TE LLAMA A SEGUIRLE Y A ESTAR CON ÉL

4º. “TUS PECADOS QUEDAN PERDONADOS”

I. ORACIÓN

Comenzamos la catequesis con la oración acostumbrada de san Anselmo

II. RECAPITULACIÓN

En la última catequesis hacíamos hincapié en que el cristianismo no es ni un sistema de verdades que hay que creer, ni un conjunto de normas morales. El cristianismo es una relación personal con Jesús. El cristianismo es Cristo, una persona que está viva. El cristianismo es estar con Cristo, el destino para el que hemos sido creados. El cristianismo es el amor eterno y perfecto de Cristo, el único alimento que sacia el alma humana. Por eso el Evangelio, lo primero que destaca, es la relación que Jesús establece con los hombres: mucha gente está pendiente de su persona, de lo que dice y de lo que hace, muchos le siguen a todas partes, también algunas mujeres. Él llama a algunos para que estén con él de una forma especial, es el caso de Pedro, Andrés, Santiago y Juan.

III. LA RELACIÓN QUE CRISTO ESTABLECE

A) Una nueva familia

Él crea en torno a él una nueva familia. Podemos traer aquí una ocasión en que sus parientes le buscaban:

Llegan su madre y sus hermanos y, quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: “¡Oye!, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan.” Él les responde: “¿Quién es mi madre y mis hermanos?” Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: “Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.”

(Mc 3,31-35)

B) No hay barrera que impida a Jesús establecer relación con el hombre, pero él es el Señor.

Jesús llama a estar con él, aunque no a estar con él como con un igual.

Por un lado, cuando busca el bien de una persona, no respeta ninguna barrera impuesta por las costumbres o, incluso, por la religiosidad de su pueblo. Podríamos dar varios ejemplos de cómo Jesús, buscando la salvación de aquellos con los que se encuentra, establece con ellos relaciones personales y para ello salta y rompe normas y costumbres.

- **Impone las manos a los leprosos**

Así, para curar leprosos, le vemos tocándolos, lo que le hacía legalmente impuro, incapacitado para relacionarse con otros, incapacitado para el culto judío.

- Come con publicanos

Vemos también cómo los fariseos le acusan de comer con publicanos y pecadores. Y es que comer con alguien era signo de gran amistad y de cercanía, de familiaridad. Por eso los fariseos y muchos otros se llevan las manos a la cabeza.

- Habla con la samaritana

Le vemos entablar conversación con una mujer samaritana; y ocurre que los judíos y los samaritanos se consideraban despreciables y no se trataban. Así por ejemplo, cuando un judío viajaba de Galilea a Judea, o viceversa, solía dar un gran rodeo para no pisar tierra samaritana. Sin embargo, Jesús no sólo no evita cruzar Samaría, sino que entabla conversación con una mujer samaritana y luego, a petición de los paisanos de la mujer, se queda con ellos dos días.

- Cura en sábado

En otra ocasión Jesús cura con un milagro a un hombre que tenía la mano paralizada, pero lo hace en sábado. Los judíos, conforme a la interpretación que hacían de la Ley, no podían hacer ningún trabajo; y casi todo lo consideraban como tal. El que hoy en día visite Jerusalén se dará cuenta hasta qué límites llevan esta costumbre los judíos ortodoxos. Así consideraban que, al curar en sábado, Jesús rompía el precepto del descanso sabático. Aquella curación era una grave trasgresión de la Ley, tanto que el Evangelio dice que aquel día los fariseos se confabularon para acabar con Jesús. En fin, los ejemplos se podrían multiplicar.

- Él se sabe el Maestro, el Salvador y el Señor

Pero por otro lado, la relación que establece con unos y otros no es una relación de igual a igual. Él es el que llama, el que elige, el que convoca y reúne en torno a él y, además, lo hace mostrándose como el Maestro y el Salvador, como el Señor. Él sabe quién es y qué viene a ofrecer al hombre.

IV. EL PERDÓN DE LOS PECADOS

Y la relación que establece con los hombres está marcada por algo que aparece constantemente: EL PERDÓN DE LOS PECADOS. La vida de Jesús, su existencia como hombre, y su misma muerte, serían incomprensibles si olvidásemos que todo ocurre para otorgar el perdón de los pecados, aunque no sólo para eso.

Vamos a ver un ejemplo de cómo el perdón de los pecados es un punto crucial en la relación que Jesús establece con las personas. Lo que vemos aquí, al mirar a Jesús, es un hombre que ama y perdona, que se complace en amar y perdonar:

1. Lc 7,36-50

Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública. Al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume y, poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungió con el perfume.

Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: “Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora.” Jesús le dijo: “Simón, tengo algo que decirte.” Él respondió: “Di, maestro.” “Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más? Respondió Simón: “Supongo que aquel a quien perdonó más.”

Él dijo: “Has juzgado bien.” Y, volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quién poco se le perdona, poco amor muestra.” Y le dijo a ella: “tus pecados quedan perdonados.”

Los comensales comenzaron a decirse para sí: “¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?” Pero él le dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz.”

(Lc 7,36-50)

2. El desarrollo de la escena

2.1. Los comensales reclinados a la mesa

Detengámonos en el desarrollo de la escena. Jesús está con el anfitrión, un fariseo llamado Simón, y otros comensales, no sabemos si muchos, reclinado a la mesa, según la costumbre que los judíos habían adoptado de la cultura grecorromana: tumbados en divanes, con la cabeza hacia la mesa con los alimentos, y los pies hacia fuera, hacia el exterior del grupo.

2.2. La irrupción, el valor y los gestos de la mujer

En este escenario irrumpe una mujer pública, una prostituta. El sólo hecho de atreverse a entrar en casa de un judío de bien, de un fariseo, ya era de un valor meritorio, porque lo más fácil es que la hubiesen sacado de allí violentamente, entre patadas e insultos. Pues bien, la mujer no sólo entra, sino que, sin miramientos, se pone a los pies de Jesús, ligeramente levantados del suelo, según la postura que hemos descrito, llora sobre ellos, los moja con sus lágrimas y los seca con sus cabellos, los besa y los unge con un caro perfume.

2.3. Las costumbres judías de hospitalidad

Otra cosa que necesitamos conocer para entender las palabras que Jesús dirige al fariseo, que le ha invitado a comer más con ánimo de curiosear que por afecto o amistad, son las costumbres judías de hospitalidad. Entre ellas está el ofrecer al visitante agua para los pies, algo fácil de entender teniendo en cuenta que el medio para ir de un lugar a otro es caminar y que los caminos son, por lo general, calurosos y polvorientos. Otra de las costumbres es el saludo con el beso de la paz, y, como un mayor grado de cortesía, que implicaba un cierto reconocimiento de distinción al huésped, la unción con aceite perfumado.

2.4. Gestos sin palabras: afecto, sumisión y servicio

Lo primero que llama la atención es que la mujer apenas abre la boca, nada dice, nada pide, sólo se acerca y hace todo aquello. Sus acciones denotan dos cosas: en primer lugar son gestos de afecto, de ahí las palabras de Jesús, “ha mostrado mucho amor”. Son gestos que denotan, en segundo lugar, un reconocimiento de sumisión o de servicio, porque el hecho de lavar los pies, aún siendo un gesto de hospitalidad, era algo reservado a los siervos o a los esclavos. Los gestos son significativos, pero no hay ni una sola palabra.

2.5. La respuesta de Jesús a los pensamientos del fariseo

Lo segundo que llama la atención es la respuesta que Jesús da a Simón el fariseo, no a sus palabras, sino a sus pensamientos. Simón piensa que Jesús deja hacer a aquella mujer porque no sabe que se trata de una gran pecadora; lo cual significaría que no es siquiera un profeta. Pero Jesús le sale al paso, demostrándole no sólo que sabe lo que aquella mujer es, sino lo que el mismo Simón alberga en su interior. Y además, intenta enseñarle: “Simón, tengo algo que decirte... Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?” Pone, así, a Simón en paralelo a la pecadora pública, como diciendo: ya sé que ella es pecadora, una gran pecadora, pero has de saber que también tú eres pecador y que la única diferencia es la cantidad de los pecados. Por eso dice: “Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta...”. Las palabras que siguen son como decir: yo he venido a ofrecer el perdón a unos y a otros, porque para los que mucho deben o para los que deben menos es igual de necesario, pero ¿quién mostrará más amor, al que se le perdona quinientos o al que se le perdona cincuenta? Con ello le echa en cara su falta de amor. De ahí que la pecadora se haya desecho en gestos de afecto, lo contrario que el anfitrión.

2.6. Lo más sorprendente de las palabras de Jesús

Pero si hay algo sorprendente es lo que viene a continuación: “Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quién poco se le perdona, poco amor muestra.” Y le dijo a ella: “tus pecados quedan perdonados.” Eso es lo que más le sorprendió a los comensales, como se deduce de lo que dicen para sí: “¿Quién es éste, que hasta perdona los pecados?” ¿Por qué es esto lo más les sorprende? Porque Jesús, al decir a la mujer que quedan perdonados sus pecados, está diciendo que Él es Dios, el único que puede perdonar los pecados.

2.7. Blasfemia, la causa de la muerte de Jesús

Y para los judíos esto es una blasfemia, un pecado gravísimo, un delito que la Ley judía castigaba con la muerte. Esta sería, a la postre, la causa de la muerte de Jesús. Al acusarle ante Pilato tuvieron que buscar algo que el derecho romano castigase con la muerte, y le acusaron de traición. Pero la verdadera causa de la decisión que toman los judíos de hacerle matar, es la blasfemia. Ya veremos esto con más detalle.

2.8. Las palabras sobre la fe

Otro elemento significativo son las últimas palabras que Jesús dirige a la mujer: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”. Estas palabras de Jesús nos hacen entender el verdadero significado de los gestos de la mujer. En ellos sorprendía la falta de palabras. La mujer no le dice a Jesús “hago esto por este motivo” o “espero que me concedas tal cosa”. Sin embargo, Jesús no duda de lo que la mujer necesita y espera. Primero satisface el deseo: “Tus pecados quedan perdonados”; luego aclara algo del motivo que ha movido a la mujer a obrar así con él: su fe –“tu fe te ha salvado”- ¿Qué fe es esa que ha movido a la mujer? –Se trata de la certeza de que aquel hombre podía y quería perdonarla y salvarla. Esa fe hace que se acerque a él con amor y afecto, al tiempo que con humildad, no como igual a igual. Esa fe es la que le falta a su anfitrión Simón y a los otros comensales. Así, la fe hace que el perdón que Jesús ofrece sea causa de amor, y ese mismo amor hace digna a la mujer de recibir lo que Cristo ofrece.

2.9. Conclusión A:

La relación que Jesús tiene como punto de partida el perdón de los pecados

Lo cierto es que en este relato, como en otros muchos, el hecho central es el perdón de los pecados. La relación personal que Jesús establece con aquella pecadora pública se basa en el perdón de los pecados.

Por eso es fundamental para entender la posición que Jesús tiene ante nosotros, para entender la intención con la que Jesús nos sale al paso, para conocer lo que Jesús nos brinda cuando nos llama a estar junto a él, a ir con él, saber qué cosa es el pecado.

V. EL PECADO

1. Una ofensa a Dios

Y para entenderlo hay que remontarse al Antiguo Testamento.

Desde siempre, la Biblia entendió el pecado, cualquier pecado, como una ofensa directa a Dios. También los pecados contra el prójimo son entendidos como una ofensa a Dios. En primer lugar, porque suponen un acto de desobediencia a lo que él ha mandado. Segundo, porque supone una traición y un desprecio al amor de Dios. Y es que el pecado traiciona y rompe la relación de amistad y de amor que Dios establece con el hombre, la alianza de amor establecida entre Dios y su pueblo.

1.2. La Alianza del Sinaí

Después de que Dios haya sacado al pueblo judío de la esclavitud de Egipto, hace con ellos un pacto, una alianza, lo que se conoce como la Alianza del Sinaí, o simplemente “la Alianza”. ¿En qué consiste esa Alianza? En que Dios, que los ha liberado de la opresión egipcia, se compromete a ser su Dios, a darles la tierra prometida a los antepasados –a Abraham, Isaac y Jacob-, la tierra de Palestina, a guardarlos, como un padre a su hijo, a darles una vida feliz. Y como contrapartida, exige al pueblo fidelidad a él, obediencia a sus mandamientos y no poner su confianza en nada ni en nadie más que en él –ser su único Dios-. El resultado de ese

pacto son las Tablas de la Ley. Así se completa la liberación de la esclavitud de Egipto: La ley egipcia, la ley humana que se fundamenta en el poder, que divinizaba al Faraón, es decir al poder humano, como valor supremo, se impone al hombre caprichosamente hasta que llega a oprimirlo y esclavizarlo. Ahora el Dios verdadero, que es verdaderamente poderoso, ofrece una relación de amistad, fundamentada no en una ley caprichosa, fruto de su superioridad, sino una ley que busca el bien, el bien por la fidelidad a la verdad del propio hombre. Por eso la ley de Dios no es un yugo de sumisión, sino un pacto liberador. Cuando el hombre sale del ámbito de la amistad con Dios, cae en la esclavitud del capricho del poder, que puede consistir tanto en la imposición de la voluntad de un solo hombre que ha alcanzado todo el poder, como en la imposición del consenso de la mayoría. Sólo la amistad y la cercanía de Dios libera al hombre para la verdad. Pero esta relación con Dios no se impone por la fuerza, sino por el mutuo amor. Por eso, cada vez que Israel rompe esta Alianza, rompe una relación de amistad y de amor. Por tanto, pecar es fundamentalmente una OFENSA PERSONAL A DIOS.

2. Transgresión de los mandamientos, que no son una norma caprichosa.

Por lo dicho se ve que el pecado tiene también un matiz que conviene no olvidar. El pecado es una trasgresión de los mandatos de Dios, que no son normas caprichosamente dadas por Dios para que el hombre le demuestre fidelidad y obediencia. Los mandamientos responden no al bien de Dios, sino al bien del hombre. Dios no gana nada con que el hombre, por ejemplo no se mate entre sí, o no mienta, o no envidie... Es el mismo hombre el que gana si no mata a su prójimo. Y cuando el hombre peca, se daña a sí mismo. El pecado lo daña de tal forma que lo lleva a la muerte. El pecado mata al hombre, lo destruye. ¿Por qué? Os lo explicaremos con un pequeño ejemplo.

2. 1. Ejemplo: el coche que quiere volar

Imaginaos un coche, fabricado por la destreza del hombre. El coche está pensado y fabricado con unas determinadas características para que pueda hacer una determinada cosa: trasladarse de un lugar a otro rodando sobre una superficie compacta. Si un coche tuviese conciencia propia y se propusiese, en vez de rodar sobre la carretera, tirarse por un precipicio para levantar el vuelo, ¿qué ocurriría? –Que se destruiría. Y su destrucción no sería un castigo directo impuesto por su fabricante, sino una consecuencia natural de sus actos. ¿Por qué? –Porque ha sido pensado y creado para otra cosa: no se le han puesto alas, sino ruedas. El acto que comete el coche es un acto de desobediencia a su propia naturaleza, y ese acto de desobediencia lo destruye.

3. Desobediencia a la propia naturaleza

Pues el pecado del hombre es también un acto de desobediencia a la propia naturaleza, al propio ser. Él ha sido creado de una determinada

forma y para un fin concreto, empeñarse en algo distinto significa autodestruirse. Pues bien, Dios es el artífice del hombre, su creador, él lo piensa y lo crea. Y, si manda algo, no es siguiendo una voluntad caprichosa, para imponer su dominio, sino para que el hombre, siendo consecuente con su propio ser, alcance el fin par el que fue hecho, y alcanzando este fin consiga la paz.

ASÍ PUES, PARA RESUMIR, TENDRÍAMOS QUE DECIR QUE EL PECADO ES UNA OFENSA A DIOS Y UN ATAQUE MORTAL A LA PROPIA PERSONA.

OFENDE A DIOS PORQUE LO DESOBEDECE, NEGANDO SU AUTORIDAD COMO CREADOR Y CONSERVADOR DE TODO. Y LO OFENDE PORQUE TRAICIONA SU AMOR.

POR OTRO LADO EL PECADO ES UN ATAQUE A LA PROPIA PERSONA, QUE CREADA PARA UNA COSA SE EMPENA EN LA CONTRARIA. Y ES UN ATAQUE QUE SI SE HACE PERSISTENTE LLEVA INEXORABLEMENTE A LA DESTRUCCIÓN.

4. Ofender a Dios = pecar contra nuestra naturaleza

En realidad, ofender a Dios y pecar contra nuestra naturaleza son la misma cosa, porque cada uno de nosotros ha sido creado para ser amado por Dios y para amar a Dios. Por eso hemos sido creados con inteligencia y con voluntad, es decir, como un ser espiritual libre. Sin libertad no hay amor. Sin inteligencia y sin voluntad no hay libertad. ¿Y qué significa que el hombre ha sido creado para amar a Dios y ser amado por él? ¿Qué significa que sólo esa relación de amor es su fin natural? –Que el mismo hecho de romper o de dañar la relación de amor establecida por Dios no sólo es una ofensa a él, sino el comienzo de la propia muerte. Alejarse de Dios supone la muerte, porque el hombre no puede vivir sin Dios.

5. Conclusión "B": Si todo pecado es una ofensa a Dios, sólo su perdón puede restablecer la relación con el hombre.

Y sólo Dios puede volver a restablecer esta relación, este amor roto por el pecado. Eso lo sabían los judíos. Sabían que sólo Dios podía perdonar los pecados, absolverlos. Sólo él podía restaurar, devolver al hombre a su compañía, a su amistad, a su amor. Cualquiera puede perdonar los errores o las ofensas de los que le rodean, pero nunca podrá evitar la muerte que engendra el pecado en aquel mismo que peca. Sólo Dios puede perdonar, sólo Dios puede absolver, sólo Dios puede restablecer la relación de amistad con el hombre y devolverle la vida perdida. De ahí que se repita en los Evangelios: “¿quién se cree éste que es? –Sólo Dios puede perdonar los pecados”.

VI. FINAL

1. La fe de la pecadora reconoce en Jesús a Dios

La mujer pecadora reconoce en Jesús a quien puede perdonar sus pecados. Reconoce a Dios, por eso acude a él. Si no reconociese en él a Dios, no tendría sentido que fuese a él buscando el perdón. La fe de aquella mujer la hace reconocer a Jesús como Dios que oferta el perdón. Y aquella fe no queda defraudada. Jesús la da el perdón, que sólo Dios puede dar.

2. El perdón devuelve al hombre a la relación con Dios. Es el inicio de un camino

El perdón devuelve al hombre la relación rota por su culpa y es el principio de la vida junto a él. El amor de Cristo no parará ahí. Una vez que los pecados han sido perdonados, el amor puede progresar más y más, hasta la perfección que espera el alma humana, hasta la perfección que, desde el principio de la creación, Dios quiso para el hombre. Pero el que rechaza de forma persistente el perdón de los pecados, niega ya la posibilidad de cualquier relación con Dios, se condena a sí mismo a una muerte eterna. Y Dios no romperá la libertad de su decisión.

3. Conclusión "C": Dios te ofrece el perdón, como inicio de la relación con él.

Lo que hoy has de saber, lo que tienes que llevarte a casa en el corazón, es que Jesús se ha puesto ante ti y te llama, te ofrece el Reino de los Cielos, esto es, la vida eterna, el amor perfecto que anhela tu alma, su propio amor, personal y exclusivo para ti. Y el primer don, el primer fruto de ese amor, es la oferta del perdón de tus pecados. Jesús se deleita, se complace amándote y perdonándote y hoy te ofrece su perdón.

4. Invitación a la oración del corazón: "Jesús, hijo de David, ten compasión de mí"

Al terminar, insistimos en que la relación que Cristo quiere establecer con ellos pasa por el perdón de los pecados. Les enseñamos la sencilla fórmula del ciego de Jericó: *"Jesús, hijo de David, ten compasión de mí"* (Mc 10,47), para que la repitan a modo de jaculatoria interior durante la semana.

4º. "TUS PECADOS QUEDAN PERDONADOS"

–ESQUEMA–

I. ORACIÓN

II. RECAPITULACIÓN

III. LA RELACIÓN QUE CRISTO ESTABLECE

A) Una nueva familia: Mc 3,31-35

B) No hay barrera que impida a Jesús establecer relación con el hombre, pero él es el Señor.

- Impone las manos a los leprosos
- Come con publicanos
- Habla con la samaritana
- Cura en sábado
- Él se sabe el Maestro, el Salvador y el Señor

IV. EL PERDÓN DE LOS PECADOS

1. Lc 7,36-50

2. El desarrollo de la escena

- 2.1. Los comensales reclinados a la mesa
- 2.2. La irrupción, el valor y los gestos de la mujer
- 2.3. Las costumbres judías de hospitalidad
- 2.4. Gestos sin palabras: afecto, sumisión y servicio
- 2.5. La respuesta de Jesús a los pensamientos del fariseo
- 2.6. Lo más sorprendente de las palabras de Jesús
- 2.7. Blasfemia, la causa de la muerte de Jesús
- 2.8. Las palabras sobre la fe
- 2.9. Conclusión A: La relación que Jesús ofrece, tiene como punto de partida el perdón de los pecados

V. EL PECADO

1. Una ofensa a Dios

1.2. La Alianza del Sinaí

2. Transgresión de los mandamientos, que no son una norma caprichosa.

2. 1. Ejemplo: el coche que quiere volar

3. Desobediencia a la propia naturaleza

4. Ofender a Dios = pecar contra nuestra naturaleza

5. Conclusión "B": Si todo pecado es una ofensa a Dios, sólo su perdón puede restablecer la relación con el hombre.

VI. FINAL

1. La fe de la pecadora reconoce en Jesús a Dios

2. El perdón devuelve al hombre a la relación con Dios. Es el inicio de un camino.

3. Conclusión "C": Dios te ofrece el perdón, como inicio de la relación con él.

4. Invitación a la oración del corazón: "Jesús, hijo de David, ten compasión de mí"

5º “QUIEN CUMPLA LA VOLUNTAD DE DIOS, ÉSE ES MI HERMANO, MI HERMANA Y MI MADRE”

Comenzamos la catequesis con tres breves recordatorios: primero, la escena de la pecadora pública a los pies de Jesús, pidiendo perdón con sus lágrimas; segundo, que el perdón de los pecados es el inicio de la relación con Cristo; tercero, la súplica del ciego de Jericó con la que concluimos la última catequesis (*“Jesús, hijo de David, ten compasión de mí”*)

Luego hacemos una pequeña oración, tomando el siguiente texto de san Ambrosio. Para despertar un poco el interés ante las palabras del santo obispo de Milán, podemos hacer referencia a que su persona y su enseñanza fueron importantes en la conversión de san Agustín, que apareció en la tercera catequesis.

Muestra tu herida al médico para que puedas ser curado. Él la conoce, aunque tú no la descubras; pero anhela oír tu voz. Limpia con lágrimas tus cicatrices; de este modo hizo desaparecer el pecado y la fetidez de su desvarío aquella mujer del Evangelio, así deshizo su culpa, cuando lavó con lágrimas los pies de Jesús.

¡Ojala, Jesús, reserves también para mí el barro de tus pies, que ensuciaste mientras caminabas por mí! ¡Ojala me ofrezcas las manchas de tus plantas por que yo con mis acciones las estampé en tus pisadas! Pero, ¿dónde encontraré agua viva con la que pueda lavar tus pies? ¡Si no tengo agua, tengo lágrimas, por las que quisiera diluirme, mientras lavo con ellas tus pies!

(San Ambrosio)

Recordad la última catequesis. Empezábamos diciendo que Jesús, lo primero que hace es establecer relación con los hombres. La gente lo sigue, él llama a algunos a ir con él, hasta el punto de formar en torno a sí una nueva familia, no determinada por los vínculos de la carne y de la sangre sino por la vinculación a su propia persona. Es la familia de aquellos que escuchan y obedecen a Dios.

En esta nueva familia, lo primero que hace Jesús es ofrecer el perdón de los pecados. Porque el pecado es un acto de desobediencia a Dios, un acto por el cual ofendemos a Dios, nos alejamos de él y atentamos contra nosotros mismos. Por tanto, para formar en torno a él esta nueva familia, lo primero que hace es rehacer lo que el pecado ha roto.

También a vosotros Jesús os ofrece el perdón de los pecados. Y por eso, al final de la catequesis pasada, os invitamos a dirigiros a él con esta frase tan sencilla y tan llena de poder sanador, sacada de un relato de los evangelios: “Jesús, hijo de David ten compasión de mí”.

Ahora volveremos a las palabras del Evangelio con que comenzábamos la catequesis anterior, no para hablar del pecado, sino, justamente, de lo contrario: de la obediencia a Dios. Y con ello, os hablaremos de María, la madre de Jesús:

Llegan su madre y sus hermanos y, quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: “¡Oye!, tu madre y tus hermanos están fuera y te buscan.” Él les responde: “¿Quién es mi madre y mis hermanos?” Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: “Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.”

(Mc 3,31-35)

Antes de meternos en faena e ir al núcleo de lo que aquí se dice, despejaremos alguna posible duda. Porque seguramente tengáis noticia de que la Iglesia Católica afirma que María, la madre de Jesús, fue virgen y que Jesús fue concebido virginalmente, sin concurso de varón; es decir, no del modo habitual, en la unión sexual de un hombre y una mujer. Pero la enseñanza de la Iglesia va incluso más allá, porque afirma que María fue virgen no sólo antes de concebir a Jesús, sino siempre. La Iglesia afirma, pues, la virginidad perpetua de María y la llama “la siempre virgen”.

Pues bien, parecería que la afirmación de la virginidad perpetua de María es desmentida por este pasaje del Evangelio donde se menciona a unos “hermanos” de Jesús. ¿Será, entonces, que María ha tenido otros hijos después de Jesús? Algunos, como los “testigos de Jehová”, que intentan atacar a la Iglesia como mentirosa e inventora de doctrinas, señalan este pasaje. Otros, viendo que este texto podía poner en tela de juicio la virginidad perpetua de María, adujeron una interpretación de esos “hermanos” que ciertamente es posible. Esa interpretación consiste en suponer que José, en el momento de desposarse con María, era viudo y llevaba al nuevo matrimonio hijos de un matrimonio anterior. Ciertamente eso sería posible y desharía el problema.

Pero una sencilla consideración hará luz sobre este aparente problema. Hemos de tener en cuenta que Jesús y los Apóstoles hablaban arameo. Pues bien, el arameo, como el hebreo, suele utilizar la palabra “hermano” para referirse no sólo al que es hijo del mismo padre o de la misma madre, sino para referirse también a los parientes más cercanos, como, por ejemplo, “primos”. Y es a estos “parientes” a los que se refiere el texto de san Marcos que hemos leído.

Aclarado este asunto, vamos a lo que realmente interesa de este pasaje.

El episodio que hemos oído de san Marcos, que también narra san Mateo y san Lucas, ocurre en un momento en que Jesús ya ha recorrido muchos lugares enseñando y haciendo milagros. Ya ha despertado la admiración de muchos, pero también, y cada vez más, el rechazo de otros. Es curioso observar cómo Jesús concita el rechazo de grupos bien distintos: de sus parientes y de los escribas.

En efecto, san Marcos comienza el relato de este pasaje que hemos escuchado, diciendo que Jesús volvió a “casa”. Seguramente se refiere a la casa de Pedro en Cafarnaum, que había venido a ser como su “centro de operaciones”. Vuelve a casa, pero no vuelve sólo. Van con él Simón Pedro y

su hermano Andrés, Santiago y su hermano Juan. Estos son los que habían dejado las redes y las barcas y se habían ido tras él después de la pesca milagrosa. También va con él Leví, el publicano al que había llamado Jesús, cuanto estaba sentado a la mesa de los impuestos.

Estos cinco no se había separado ya de Jesús, desde que los llamó. Y a ellos se habían unido otros discípulos, también algunas mujeres. Os recuerdo que discípulo significa “el que aprende de otro”. El caso es que Jesús aparece en Cafarnaum acompañado de un buen número de discípulos.

Cuando llega se forma tal revuelo en el pueblo que toda la gente acude a la casa y no les dejan ni comer. Es entonces cuando los parientes de Jesús, los “hermanos”, que viven cerca, en Nazaret, se enteran de que tras sus correrías, Jesús está en Cafarnaum. Y se dicen: “Vayamos por él, porque se ha trastornado”. Y toman a María, que también vive en Nazaret y que ya es viuda, sin duda para hacer más presión sobre su hijo, y poder llevarlo de nuevo a casa.

Esta actitud de los primos, de “entrometerse” en la vida de María y de Jesús, se entiende si tenemos en cuenta que los familiares más directos tenían la responsabilidad de cuidar unos de otros. Además, el mayor de los tíos o los primos tenía cierta autoridad y responsabilidad sobre el resto. Jesús, había roto las costumbres de su pueblo, al dejar sola a su madre viuda. Más aún, llegaban noticias de que hacía cosas extrañas, de que predicaba una nueva doctrina, de que hacía milagros... Ellos mismos habrían sido testigos de sus palabras en la sinagoga cuando había leído las palabras del profeta Isaías y se las había aplicado a sí mismo, como si él fuese el Mesías prometido por Dios. Es muy posible que en aquella ocasión, sus propios parientes estuvieran presentes. Era hora de poner fin a aquellas andanzas. Ellos le conocían y no podían acusarlo de impío o de blasfemo, pero por lo que nos cuenta san Marcos, y no es difícil imaginárselo, pensaron que se le había ido la cabeza. Así pues, cuando se enteran de que Jesús está en Cafarnaum se van a por él.

Mientras tanto, llegan también hasta Cafarnaum unos “escribas” que se encaran con Jesús. La predicación y los milagros de Jesús, habían llamado la atención de las autoridades judías de Jerusalén. Así que habían mandado unos escribas, unos estudiosos de la Ley, para observar a aquel nuevo profeta. Llegan a Cafarnaum y acusan a Jesús de estar endemoniado.

Tras el enfrentamiento con los escribas es cuando llegan los “hermanos” de Jesús trayendo a su madre.

Así pues, unos, los expertos de la Ley, creen que tiene un demonio, y que todo lo que dice y lo que hace es por obra del demonio. Y otros, sus parientes, creen que está loco.

Ahora podréis entender mejor el relato de san Marcos:

Vuelve a casa. Se aglomera otra vez la muchedumbre de modo que no podían comer. Se enteraron sus parientes y fueron a hacerse cargo de él, pues decían: «Está fuera de sí.»

Los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: «Está poseído por Beelzebul» y «por el príncipe de los demonios expulsa los demonios.» El, llamándoles junto a sí, les decía en parábolas: «¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo,

ese reino no puede subsistir. Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no podrá subsistir. Y si Satanás se ha alzado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir, pues ha llegado su fin. Pero nadie puede entrar en la casa del fuerte y saquear su ajuar, si no ata primero al fuerte; entonces podrá saquear su casa. Yo os aseguro que se perdonará todo a los hijos de los hombres, los pecados y las blasfemias, por muchas que éstas sean. Pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón nunca, antes bien, será reo de pecado eterno.» Es que decían: «Está poseído por un espíritu inmundo.»

Llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: «¡Oye!, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan.» El les responde: «¿Quién es mi madre y mis hermanos?» Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: «Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.»

(Mc 3,20-35)

Seguramente habían tomado a María, la madre de Jesús, para forzarle a volver a casa. Sin embargo, Jesús no sólo se mantiene firme en su misión, sino que declara que es divina, y, más aún, que su verdadera familia no es la que establece los lazos de la carne, sino la que establece los lazos de la obediencia a Dios. Él ha formado una familia, no nacida de carne y sangre, sino de la voluntad de Dios.

En esta familia se entra, como ya dijimos, por el perdón de los pecados, y se establece en lo que está más lejos del pecado: la obediencia a Dios. Si el pecado es un acto de desobediencia a Dios, el seguimiento de Jesús, su compañía, la nueva familia, se establece sobre la obediencia total a Dios.

Las palabras de Jesús no son un rechazo a su madre. Su madre es la primera que obedece a Dios. Y es, por tanto la primera discípula de su Hijo. Y es la primera que forma parte de esta nueva familia. De hecho ella no ha concebido a su Hijo por la vía natural del amor conyugal, sino que lo ha concebido y lo ha llevado en su seno y lo ha parido, por su obediencia a Dios. Ella ha sido madre por su obediencia. Y, más aún, será madre, en una plenitud mayor, al final de la vida de su hijo por la mayor y la más dura y probada de las obediencias a Dios.

Las palabras de Jesús, no son un rechazo a María, sino que explican por qué María ha llegado a ser su Madre, y modelo para todos los que quieren llegar a ser tenidos por Cristo como “madre y hermano y hermana”.

Esta enseñanza, que pone por modelo a María, coincide con unas palabras del Evangelio de san Juan. Allí, al presentar el misterio de Jesús se dice que Jesús, que es el Hijo de Dios, al venir a los suyos, fue rechazado, pero que aquellos que no lo rechazaron fueron hechos capaces de ser “hijos de Dios”. Y que estos, a los que se les da la capacidad de llegar a ser hijos de

Dios no son, en su nueva condición, hijos de la carne o de la sangre, es decir no son hijos de la naturaleza, sino de Dios:

*Vino a los suyos,
y los suyos no lo recibieron,
pero a los que lo recibieron
les dio poder de llegar a ser hijos de Dios,
a los que creen en su nombre,
los cuales no nacieron de carne,
ni de deseo de carne,
ni de deseo de hombre,
sino de Dios.*

(Jn 1, 11-13)

Si os dais cuenta, en las palabras que recoge san Marcos de labios de Jesús, se dice que quien cumpla la voluntad de Dios, ese es su hermano, hermana y madre. Pero curiosamente no dice, como hubiese sido lógico: mi hermano, mi hermana, mi madre y mi padre. ¿Por qué? –Porque Jesús está hablando de su nueva familia, que no nace de la carne ni de la sangre, sino de Dios. Él es el Hijo Único de Dios y quien crea en él y entre en su compañía obedeciendo a Dios, llegará a ser lo que él es desde toda la eternidad, hijo de Dios. María, su madre, es la primera criatura que obedeciendo a Dios y creyendo en su Hijo, ha llegado a ser la primera discípula del Hijo de Dios, la primera hija de Dios Padre.

Es una de las primeras veces, que casi imperceptiblemente Jesús habla de que él es el Hijo de Dios y que ha sido enviado para hacer que los hombres lleguen a participar de su vida de Hijo.

Recibir el perdón de los pecados, seguir a Cristo y aprender de él a cumplir la voluntad de Dios, es entrar en una nueva familia, en la que uno es hecho hijo de Dios.

Hay dos momentos de la vida de María, donde se deja ver esta obediencia de la que Cristo habla en el Evangelio. Vamos a traer aquí el primero de esos momentos. Dejaremos para bastante más adelante, el segundo y definitivo. Se trata del momento en que María, una muchacha que no superará los 14 años concibe a Jesús. Lo relata san Lucas:

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.

Y entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.»

Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.

El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del

Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.» María respondió al ángel:

«¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?»

El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.»

Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel dejándola se fue.

(Lc 1,26-38)

Fe y obediencia van de la mano. María da fe a un anuncio realmente sorprendente. Da fe porque ya amaba a Dios y estaba acostumbrada a obedecerle. Da fe y obedece: “He aquí la esclava del Señor”.

María sabe que esta obediencia suya podía tener graves consecuencias. Según las costumbres de los judíos, María se encontraba “desposada”, algo así como “prometida”. Desposada no era estar casada. Los que estaban desposados aún no vivían juntos, pero “los desposorios” establecían ya un vínculo estable que no podía ser roto.

Y si una mujer era infiel al hombre con el que había sido desposada era tratada como una adúltera. Y el destino de las adúlteras era la muerte, la muerte por lapidación.

Si María quedaba embarazada antes de empezar a vivir con José y José la denunciaba, María sería ejecutada como adúltera.

Pero María se fía de Dios y obedece. Su obediencia y su fe la hicieron digna de concebir en su seno al Hijo de Dios, de ser aquella en la que se produjo el mayor milagro de la historia: no ya el de concebir sin concurso de varón, sino de ser aquella donde el Hijo eterno de Dios, que no puede ser contenido en el Universo entero, se redujese a sí mismo para tomar naturaleza verdaderamente humana sin dejar su naturaleza divina y sin dejar de ser el Hijo eterno de Dios.

María es el punto contrario al pecado, a la desobediencia, que rompe nuestra unión con Dios y nos condena a la muerte. María es la obediencia, que une hombre y Dios en la única persona del Hijo que engendra y da a luz. María es la obediencia, el principio que rige la relación de un hijo con su padre, el principio por el que tras recibir el perdón de los pecados podemos entrar en la comunión con el Hijo eterno, el principio que crea los lazos de la nueva familia de los discípulos de Cristo, de los hijos de Dios. Para esta familia, cuyo único padre es Dios, María es siempre el modelo de fe y de obediencia.

Por su fe y su obediencia ha llegado a ser madre del Hijo Único, madre de Dios. Y por eso ella, una pobre muchacha de un pueblo perdido de Galilea, se ha convertido en la más poderosa de las criaturas, la más perfecta de las obras que han salido de las manos de Dios.

Por eso la Iglesia invita a los hombres a fijarse en ella y a refugiarse en su intercesión:

Dios te salve, María,
llena eres de gracia;
el Señor es contigo.
Bendita Tú eres
entre todas las mujeres,
y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.
Santa María, Madre de Dios,
ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén

A partir de ahora terminaremos siempre nuestras catequisis volviendo los ojos a María y pidiendo su intercesión.

Al finalizar rezaremos el Ave María.

6º. “ZAQUEO, BAJA PRONTO; PORQUE CONVIENE QUE HOY ME QUEDE EN TU CASA”

Esta catequesis la comenzaremos con una pequeña introducción, que recoge el hilo conductor de las anteriores, y con la oración de san Ambrosio que ya rezábamos el último día.

I. RECAPITULACIÓN Y ORACIÓN

Días atrás dijimos que lo primero que hace Jesús, cuando proclama la cercanía del Reino de los Cielos y llama a la gente a la conversión y a la fe, es formar en torno a él una pequeña comunidad, una nueva familia, el germen de la Iglesia. Y así llama a Andrés y Simón, a Santiago y Juan, a Mateo, el publicano. Comentando el pasaje de la pecadora pública perdonada, dijimos también que, en la relación que Jesús busca establecer con los hombres, aparece, en primer lugar, el perdón de los pecados. Y fijándonos en María, la Madre de Jesús, encontrábamos otro principio fundamental entre los que son congregados por Cristo: la obediencia a la voluntad de Dios.

El perdón de los pecados, el seguimiento de Cristo y la obediencia a la voluntad de Dios dan forma a la nueva familia que Cristo crea en torno a él. Vamos a rezar ahora con las palabras ya conocidas de san Ambrosio:

Muestra tu herida al médico para que puedas ser curado. Él la conoce, aunque tú no la descubras; pero anhela oír tu voz. Limpia con lágrimas tus cicatrices; de este modo hizo desaparecer el pecado y la fetidez de su desvarío aquella mujer del Evangelio, así deshizo su culpa, cuando lavó con lágrimas los pies de Jesús.

¡Ojala, Jesús, reserves también para mí el barro de tus pies, que ensuciaste mientras caminabas por mí! ¡Ojala me ofrezcas las manchas de tus plantas porque yo con mis acciones las estampé en tus pisadas! Pero, ¿dónde encontraré agua viva con la que pueda lavar tus pies? ¡Si no tengo agua, tengo lágrimas, por las que quisiera diluirme, mientras lavo con ellas tus pies!

II. A PROPÓSITO DEL PECADO Y LA NECESIDAD DEL PERDÓN.

JESÚS: PRETENSIÓN DE DIVINIDAD Y OFERTA DEFINITIVA DE RECONCILIACIÓN

El perdón es el primer paso, que permite iniciar el conocimiento y el trato personal con Jesús. Porque el pecado rompe la comunión con Dios, la única fuente de la vida humana verdadera. El pecado es una ruptura de esa comunión, de esa relación. Y Cristo viene, en primer lugar, a restablecerla. Jesús es el último y definitivo esfuerzo de Dios por restablecer esta comunión, esta cercanía, rota por el pecado. Dios sabe que si la comunión no es restablecida, el hombre, obra de sus manos, la más perfecta y la más delicada, la más amada, morirá. Sabe que cada hombre morirá. Morirá entre los dolores que alertan a uno de que algo no funciona correctamente o casi

sin darse cuenta, como una enfermedad indolora, insensible, traicionera que devora sin manifestar síntomas hasta que es demasiado tarde.

Y es que a veces el hombre se duele de la ruptura con Dios, y ese dolor le empuja a buscar la cura que necesita. Pero en otras ocasiones, la costumbre, la ignorancia, los mecanismos de defensa de nuestra conciencia, la distracción... anestesian nuestra alma ante el mal del pecado y no sentimos dolor. Pero lo cierto es que, con dolor o sin él, la muerte avanza siempre con el pecado.

De ahí que hayamos contemplado cómo Jesús se complace en amar y en perdonar. Jesús hombre, y hombre de verdad, se complace en amar y perdonar, porque él viene a salvar lo que estaba perdido, a sanar lo que estaba enfermo. Eso es lo que él mismo manifiesta cuando le acusan de buscar o de tolerar la compañía de los pecadores.

Pero no hay que equivocarse: el amor y la complacencia de Jesús se dirigen al pecador, no a su pecado; El pecador es un hombre pensado y querido por él, creado y amado infinitamente por él; mientras que el pecado mata al hombre. Por eso su amor al hombre, pecador, implica el odio a la enfermedad que lo mata. Nadie como él ama al pecador, pero nadie como él aborrece el pecado. Se deleita en el pecador pero aborrece su pecado. Por eso junto a Jesús se reúnen los hombres que otros desprecian, pero no el pecado de los hombres.

Por otro lado, Jesús, atreviéndose a perdonar los pecados, se proclama a sí mismo Dios, el único que puede perdonar y absolver, el único que puede devolver al hombre pecador a la comunión con él. Un poco antes decíamos que Jesucristo es el intento último y definitivo de Dios por restablecer la comunión que el hombre ha roto con su pecado. Pero podríamos decir algo más: Jesús se muestra como Dios mismo, que ha irrumpido en medio de la historia humana, en medio de su enfermedad y en medio de su impotencia, para curarle de esa enfermedad de muerte y levantarle de su impotencia y su indignidad. Por eso dirá luego San Pablo: *“En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo”* (2 Cor 5,19).

III. LA HISTORIA DE ISRAEL. HISTORIA DE AMOR Y DE INFIDELIDAD

Toda la historia que Dios había protagonizado con Israel hasta ese momento, consistía en el empeño continuo de Dios por tender puentes hacia su pueblo, puentes que Israel rompía una y otra vez, incapaz de mantenerse fiel al amor ofrecido y dado por Dios. El mismo Dios lo expresa así por medio del profeta Oseas, unos setecientos años antes del nacimiento de Jesús:

*Cuando Israel era niño, lo amé,
y de Egipto llamé a mi hijo.
Cuanto más los llamaba, más se alejaban de mí:
ofrecían sacrificios a los Baales,
e incienso a los ídolos.
Yo enseñé a caminar a Efraín,*

*tomándole por los brazos,
 pero ellos no sabían que yo los cuidaba.
 Con cuerdas humanas los atraía,
 con lazos de amor;
 yo era para ellos como los que alzan a un niño contra su mejilla,
 me inclinaba hacia él y le daba de comer. [...]
 Mi pueblo está acostumbrado a apostatar de mí; [...]
 ¿Cómo voy a entregarte, Efraín,
 cómo voy a soltarte, Israel?
 ¿Voy a entregarte como a Admá,
 y tratarte como a Seboín?
 Mi corazón se convulsiona dentro de mí,
 y al mismo tiempo se estremecen mis entrañas.
 No daré curso al furor de mi cólera,
 no volveré a destruir a Efraín,
 porque soy Dios, no hombre;
 el Santo en medio de ti,
 y no vendré con ira.*

(Os 11,1-4.7a.8-9)

La historia de Israel podría describirse como un drama entre dos personas: Dios, que cuida, perdona y espera; e Israel, que traiciona, desprecia y se olvida. La historia de Israel es la historia de quien paga mal por bien. El profeta Isaías describirá esta realidad con una comparación muy expresiva:

*Voy a cantar a mi amigo
 la canción de su amor por su viña.
 Una viña tenía mi amigo
 en un fértil otero.
 La cavó y despedregó,
 y la plantó de cepa exquisita.
 Edificó una torre en medio de ella,
 y además excavó en ella un lagar.
 Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones.
 Ahora, pues, habitantes de Jerusalén
 y hombres de Judá,
 venid y juzgad entre mi viña y yo:
 ¿Qué más se puede hacer a mi viña que yo no se lo haya hecho?*

(Is 5,1-4)

Así es toda la Historia de Israel. La historia de un amor fiel, increíblemente fiel, por parte de Dios, que busca siempre a su pueblo. Y la historia de la infidelidad de Israel, que acepta el amor de Dios en los momentos difíciles, pero que se olvida y se aparta de él enseguida, para entregar su corazón a otras cosas, a otros dioses, falsos dioses, que terminan defraudándole. Cuando se ve defraudado, Israel vuelve a Dios y Dios perdona. Pero a Israel le dura poco su amor por Dios. Así una y otra vez.

En el libro del profeta Oseas, Dios compara su relación con Israel, con la relación de un hombre que enamorado se casa con una prostituta. El amor fiel y constante del esposo es pagado con continuos adulterios.

En el profeta Ezequiel, para explicar lo que ha sido la historia con su pueblo Israel, Dios vuelve a utilizar la imagen del amor humano traicionado. Y se dirige con estas palabras a su pueblo:

En el transcurso de la lectura de este texto, dependiendo de la actitud con que escuchen los simpatizantes, se puede hacer algún inciso para recoger su atención y para explicar alguna expresión que parezca oscura.

Cuando naciste, el día en que viniste al mundo, no se te cortó el cordón, no se te lavó con agua para limpiarte, no se te frotó con sal, ni se te envolvió en pañales. Ningún ojo se apiadó de ti para brindarte alguno de estos menesteres, por compasión a ti. Quedaste expuesta en pleno campo, porque dabas repugnancia, el día en que viniste al mundo.

Yo pasé junto a ti y te vi agitándote en tu sangre. Y te dije, cuando estabas en tu sangre: `Vive', y te hice crecer como la hierba de los campos. Tú creciste, te desarrollaste, y llegaste a la edad núbil. Se formaron tus senos, tu cabellera creció; pero estabas completamente desnuda. Entonces pasé junto a ti y te vi. Era tu tiempo el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo -oráculo del señor Dios- y tú fuiste mía. Te bañé con agua, lavé la sangre que te cubría, te ungué con óleo. Te puse vestidos recamados, zapatos de cuero fino, una banda de lino fino y un manto de seda. Te adorné con joyas, puse brazaletes en tus muñecas y un collar a tu cuello. Puse un anillo en tu nariz, pendientes en tus orejas, y una espléndida diadema en tu cabeza. Brillabas así de oro y plata, vestida de lino fino, de seda y recamados. Flor de harina, miel y aceite era tu alimento. Te hiciste cada día más hermosa, y llegaste al esplendor de una reina. Tu nombre se difundió entre las naciones, debido a tu belleza, que era perfecta, gracias al esplendor de que yo te había revestido -oráculo del Señor Dios.

Pero tú te pagaste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama para prostituirte, prodigaste tu lascivia a todo transeúnte entregándote a él. Tomaste tus vestidos para hacerte altos de ricos colores y te prostituiste en ellos. Tomaste tus joyas de oro y plata que yo te había dado y te hiciste imágenes de hombres para prostituirte ante ellas. Tomaste tus vestidos recamados y las recubriste con ellos; y pusiste ante ellas mi aceite y mi incienso. El pan que yo te había dado, la flor de harina, el aceite y la miel con que yo te alimentaba, lo presentaste ante ellas como calmante aroma.

Y sucedió incluso -oráculo del Señor Dios- que tomaste a tus hijos y a tus hijas que me habías dado a luz y se los sacrificaste como alimento. ¿Acaso no era suficiente tu prostitución, que inmolestaste también a mis hijos y los entregaste haciéndolos pasar por el fuego en su honor? Y en medio de todas tus abominaciones y tus prostituciones no te acordaste de

los días de tu juventud, cuando estabas completamente desnuda, agitándote en tu sangre.

Y para colmo de maldad -¡ay, ay de ti!, oráculo del Señor Dios- te construiste un prostíbulo, te hiciste una altura en todas las plazas. En la cabecera de todo camino te construiste tu altura y allí contaminaste tu hermosura, entregaste tu cuerpo a todo transeúnte y multiplicaste tus prostituciones.

[...]

¡Oh, qué débil era tu corazón -oráculo del Señor Dios- para cometer todas estas acciones, dignas de una prostituta descarada! Cuando te construías un prostíbulo a la cabecera de todo camino, cuando te hacías una altura en todas las plazas, despreciando el salario, no eras como la prostituta. La mujer adúltera, en lugar de su marido, toma ajenos. A toda prostituta se le da un regalo. Tú, en cambio, dabas regalos a todos tus amantes, y los atraías con mercedes para que vinieran a ti de los alrededores y se prestasen a tus prostituciones. Contigo ha pasado en tus prostituciones al revés que con las otras mujeres; nadie andaba solicitando detrás de ti; eras tú la que pagabas, y no se te pagaba: ¡ha sido al revés!

Pues bien, prostituta, escucha la palabra de Dios. Así dice el Señor Dios: Por haber prodigado tu bronce y descubierto tu desnudez en tus prostituciones con tus amantes y con todas tus abominables basuras, por la sangre de tus hijos que les has dado, por esto he aquí que yo voy a reunir a todos los amantes a quienes complaciste, a todos los que amaste y también a los que aborreciste; los voy a congrega de todas partes contra ti, y descubriré tu desnudez delante de ellos, para que vean toda tu desnudez. Voy a aplicarte el castigo de las mujeres adúlteras y de las que derraman sangre: te entregaré al furor y a los celos, te entregaré en sus manos, ellos arrasarán tu prostíbulo y demolerán tus alturas, te despojarán de tus vestidos, te arrancarán tus joyas y te dejarán completamente desnuda. Luego, incitarán a la multitud contra ti, te lapidarán, te acribillarán con sus espadas, prenderán fuego a tus casas y harán justicia de ti, a la vista de una multitud de mujeres; yo pondré fin a tus prostituciones, y no volverás a dar salario de prostituta.

[...]

Pero yo me acordaré de mi alianza contigo en los días de tu juventud, y estableceré en tu favor una alianza eterna. Y tú te acordarás de tu conducta y te avergonzarás de ella, cuando acojas a tus hermanas, las mayores y las menores, y yo te las dé como hijas, si bien no en virtud de tu alianza. Yo mismo restableceré mi alianza contigo, y sabrás que yo soy Dios, para que te acuerdes y te avergüences, y no oses más abrir la boca de vergüenza, cuando yo te haya perdonado todo lo que has hecho, oráculo del Señor Dios.»

(Ez 16,4-25; 30-41; 60-63)

Dios se muestra en este texto como verdaderamente herido por la infidelidad de aquella a quién ha dado todo, de aquella con la que no se ha ahorrado nada. El adulterio es una imagen que expresa el carácter que el

pecado tiene de traición al amor de Dios. Y el castigo que Dios anuncia es la expresión de las consecuencias inevitables y terribles que conlleva el pecado. Pero, si Dios se muestra como humano en su dolor y en su enojo, muestra la grandeza de su amor y de su ser divino en el perdón y en la decisión de restablecer la relación rota. Precisamente el texto acaba con la promesa de restablecer la alianza. Pero más que restablecer una alianza ya mancillada, promete establecer una alianza nueva y eterna. Así dice: “Pero yo me acordaré de mi alianza contigo en los días de tu juventud, y estableceré en tu favor una alianza eterna”.

IV. JESÚS ES LA PROMESA DE DIOS CUMPLIDA

Pues bien, Jesús es el cumplimiento de la promesa de Dios. Jesús es la promesa de Dios cumplida. Él es Dios, que se ha hecho del todo cercano al hombre para llamarle a estar con él, para restablecer la amistad rota con él. Para fundar con cada hombre un pacto de amor eterno, después de haber expulsado de él cualquier resto de pecado, y de curar todas las heridas que el pecado deja en el hombre, en su alma, en su cuerpo y en las relaciones con los otros. Porque el pecado no respeta absolutamente nada del ser del hombre. Individuo, familia, sociedad... todo es dañado por el pecado de forma irremediable cuando se le abre la puerta. A un pecado sucede otro, uno provoca otro, y crea así una cadena que nunca termina. Y cada uno de esos pecados es fuente de dolor, de sufrimientos, de injusticia, de muerte. Y nadie es capaz de parar sus consecuencias, nadie puede cortar la cadena.

Jesús no quiere dejar resto alguno de este pecado ni de sus consecuencias en el hombre. Por eso decía San Pablo, como ya citábamos antes: “En Cristo estaba Dios, reconciliando al mundo consigo.”

V. JESÚS PERDONA AL PECADOR Y RECHAZA EL PECADO: LA HISTORIA DE Zaqueo

Vamos a ver ahora cómo Jesús ama al pecador y aborrece el pecado, cómo Jesús, atrae a los hombres y aleja el pecado. Lo veremos en el relato del encuentro de Jesús con otro “gran pecador”, se trata de Zaqueo, jefe de publicanos y rico:

Entró en Jericó y cruzaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede en tu casa». Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador». Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más». Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta

casa, porque también éste es hijo de Abrahán, pues el hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido».

(Lc 19,1-10)

Ponernos en situación ante este pasaje es fácil, porque ya sabemos qué era un publicano y la repulsión que causaba a sus conciudadanos. Pero el publicano de este pasaje no es sólo publicano, sino jefe de publicanos. Así, debemos suponer que, si alguien se beneficiaba de los abusos propios de su impía profesión, era él. Y debemos suponer, por lo mismo, que, si alguno de los publicanos era especialmente despreciado por los hombres de aquella ciudad, ése era Zaqueo. También debemos suponer que su riqueza, de la que nos da noticia san Lucas, era más el resultado del abuso sobre la gente, que el resultado de un trabajo honesto.

Pues este tal Zaqueo, jefe de publicanos y rico, pequeño de estatura, se sube a un árbol para poder ver a Jesús cuando pasase por allí. Pero, para su sorpresa, Jesús ya le había visto a él en su mente y, al pasar, lo llama por su nombre, “Zaqueo”, y se invita a sí mismo a ir con él a su casa: “Baja pronto, porque conviene que hoy me quede en tu casa”. La auto-invitación de Jesús tuvo que ser un jarro de agua fría para la gente, que pensaría mal de Jesús, por querer entablar amistad con quien abusaba de ellos y de su trabajo. Pero recordemos que Jesús, aunque deteste el pecado, ama al pecador.

Jesucristo siempre sorprende. Y Zaqueo tuvo que verse gratamente sorprendido. Él no buscó el encuentro con Jesús, no lo pidió, no se acercó llorando a los pies de Jesús, como la pecadora pública. Y, con todo, Jesús le llama por su nombre y, delante de todos, pide ser recibido en su casa, dando valor públicamente, al que públicamente era despreciado por su maldad. Por eso no es extraño que el evangelista anote: “Se apresuró a bajar y le recibió con alegría”. Pero, como decía antes, junto a Jesús puede permanecer el hombre, aunque sus pecados pasados hayan sido numerosos y graves, lo que no puede permanecer es el pecado. Y así, Zaqueo, puesto en pie anuncia: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré cuatro veces más.» Jesús, con su amor, con la novedad de su amor, ha hecho posible lo que seguro le parecía imposible al mismo Zaqueo, es decir, el desprenderse de aquella forma de vida que le permitía vivir cómodamente, aunque con el corazón muerto, y reparar con creces el daño que había causado. El amor de Cristo hace fácil lo que de por sí es difícil o imposible.

VI. CONCLUSIÓN

También a vosotros se os ofrece este amor, este amor único, que llena tanto la vida que la cambia. Pero recordad que este amor es incompatible con la presencia del pecado. No llega para expulsar el pecado y dejarnos desnudos. Llega y nos llena el corazón, nos da la seguridad del que es Inmutable, nos da la Verdad. Y así nos hace libre de los apegos, de la servidumbre y de la mentira del pecado. Nos hace libres y capaces para abandonarlo. Este amor llega para expulsar el pecado, y apropiarse de lo

que es suyo. Llega para expulsar un amor extraño, que nos consume, y tomar posesión de lo que él creó para sí, a fin de llenarlo de amor pleno, de amor perfecto.

Este es el motivo por el que la Iglesia ha enseñado que, para recibir el perdón de los pecados, es necesario no sólo el dolor de los pecados, el que manifestaba la pecadora con sus lágrimas, sino también el propósito firme de abandonar el pecado. Es lo que llamamos “propósito de enmienda”, lo que hoy podemos ver en Zaqueo.

Quedaos con una cosa: ese propósito no es el resultado de un esfuerzo lleno de amargura, sino el fruto alegre de quien ha conocido un amor que llena el corazón de gozo, porque es un bien inesperado y valioso y que da el valor necesario para abandonar la triste servidumbre del pecado. Vosotros debéis buscar a Cristo, debéis buscar conocer su amor, él os llevará a renunciar al pecado, no sin esfuerzo, incluso no sin dolor, pero con la alegría de quien sabe que acoge algo infinitamente mejor, para él y para todos los que tiene alrededor.

Al finalizar, volveremos al texto de san Ambrosio que leíamos al principio y les invitaremos, como en la última catequesis a repetir en su corazón, durante la semana, las palabras del ciego de Jericó: “Jesús, hijo de David, ten compasión de mí”.

Y rezaremos el Ave María

6º. "ZAQUEO, BAJA PRONTO; PORQUE CONVIENE QUE HOY ME QUEDE EN TU CASA"

–ESQUEMA–

I. RECAPITULACIÓN Y ORACIÓN

- Jesús anuncia el Reino de Dios: fe y conversión
- Forma una nueva familia: germen de la Iglesia (vocación de Simón...)
- Ofrece el perdón de los pecados (pecadora pública)
- Reclama la obediencia a la voluntad de Dios (Santa María)

El perdón, el seguimiento y la obediencia a Dios dan forma a la nueva familia que Cristo forma en torno a sí.

- Oración de san Ambrosio

II. A PROPÓSITO DEL PECADO Y LA NECESIDAD DEL PERDÓN: CRISTO – OFERTA DEFINITIVA DE RECONCILIACIÓN

- Pecado – ruptura de comunión – conduce a la muerte
- Cristo viene a ofrecer el perdón, restaurar la comunión y conducir a la vida.
- La enfermedad del pecado puede "doler" o no, pero mata siempre.
- Jesús se complace en amar y perdonar porque viene a salvar lo que estaba perdido.
- Jesús ama al pecador y aborrece el pecado
- Perdonando, Jesús se proclama Dios: "En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo" (2Cor 5,19)

III. LA HISTORIA DE ISRAEL: HISTORIA DE AMOR Y DE INFIDELIDAD

1. Empeño continuo de Dios: Os 11,1-4.7^a.8-9
2. Dios perdona, cuida, espera. Israel traiciona, desprecia y olvida: Is 5,1-4
3. Resumen de la Historia de Israel: infidelidad – decepción - vuelta – perdón.
4. Libro de Oseas: Israel – prostituta; Dios –esposo fiel.
5. Amor de Dios como amor de hombre traicionado: Ez 16,4-25; 30-41; 60-63
 - Adulterio: imagen que expresa el carácter que el pecado tiene de traición al amor de Dios.
 - Castigo: expresión de las consecuencias inevitables y terribles que conlleva el pecado.
 - Si Dios se muestra como humano en su dolor y en su enojo, muestra la grandeza de su amor y de su ser divino en el perdón y en la decisión de restablecer la relación rota.
 - Promesa de una alianza nueva y eterna.

IV. JESÚS ES LA PROMESA DE DIOS CUMPLIDA

1. Jesús es Dios que se ha hecho del todo cercano al hombre para llamarle, estar con él y restablecer la unidad rota.
2. Es Dios que se acerca al hombre para fundar un pacto de amor eterno.
3. Ha de eliminar todo resto de pecado y curar sus heridas, porque el pecado destruye todo lo humano: individuo y relaciones (familia, sociedad, Dios)
4. Jesús es Dios que reconcilia al hombre consigo: 2Cor 5,19.

V. JESÚS AMA AL PECADOR Y ABORRECE EL PECADO: ZAQUEO

1. Lc 19,1-10
2. Composición de lugar: jefe de publicanos / desprecio / riquezas injustas
3. Llamada de Jesús y desagradable sorpresa de la gente
4. Sorpresa de Zaqueo (comparación con "la pecadora pública")
5. Alejamiento del pecado
6. El amor de Cristo hace posible lo imposible

VI. CONCLUSIÓN

1. Dios os ofrece este amor único.
2. Que es incompatible con la presencia del pecado. No llega para expulsar el pecado y dejarnos vacíos, sino para llenar nuestro corazón, para darnos seguridad, para mostrarnos la verdad y así hacernos libres de los apegos, servidumbres y mentiras del pecado.
3. Llega para expulsar un amor "extraño" que nos consume y tomar posesión como amor verdadero, de lo que Él creó para sí.
4. El propósito de enmienda
5. Oración de san Ambrosio
6. Jaculatoria para la semana: "Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí"
7. Ave María

7º. “BIENAVENTURADOS LOS POBRES, PORQUE VUESTRO ES EL REINO DE LOS CIELOS...”

I. ORACIÓN

Será bueno recordar algunas de las cosas que intentamos establecer en los primeros momentos de diálogo con los simpatizantes. Por ejemplo, que nos dirigimos a lo más hondo de su corazón, a la capacidad de escuchar a Dios y a la necesidad de Dios que existe en el fondo del alma de cada hombre.

Y que nos dirigimos a ellos, porque Cristo quiere entrar en sus corazones para transformarlos y saciarlos, porque Cristo nos ha enviado a ellos.

Para comenzar, a modo de oración, podemos volver a leer el último texto de san Ambrosio. Así retomamos las últimas catequesis, centradas en el perdón de los pecados y en la misericordia de Jesús.

II. RECAPITULACIÓN DE LO ANTERIOR Y PRESENTACIÓN DE LAS BIENAVENTURANZAS

Hasta ahora hemos visto a Jesús anunciar la proximidad del Reino de los Cielos (“El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed la Buena Noticia”). Hemos visto cómo en la sinagoga de Nazaret, se aplicaba a sí mismo las palabras del Mesías profetizado por Isaías (“El Espíritu del Señor, está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los ciegos la vista, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”). Hemos visto cómo la gente se asombraba porque hablaba con autoridad. Le hemos visto expulsar demonios, curar a la suegra de Simón y luego a una gran cantidad de enfermos y endemoniados. Le hemos oído decir a los suyos: “Vayamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que también allí predique”.

Hemos visto también a Jesús llamando a Simón y Andrés, a Santiago y Juan, a que lo siguiesen, a hombres rudos, normales, sin cultura, sin fortuna. Hemos visto cómo la gente lo seguía y estaba pendiente de lo que decía y de lo que hacía. Le hemos visto llamar a Mateo, un publicano, para que estuviese con él. Le hemos visto perdonar a la pecadora pública y a Nicodemo, jefe de publicanos y rico.

Y haciendo todo eso, forma en torno a él una familia, una comunidad. Establece con los hombres una relación muy especial. Él no se pone como igual de nadie, sino que actúa y habla siempre como quien tiene poder, aunque no por eso se muestra orgulloso o despótico. Al contrario, la gente se siente atraída porque su gran poder y su misteriosa sabiduría, van de la mano de una humildad sincera y de un amor verdadero. Los pecadores especialmente le hacen corro. Él no olvida quién es, pero muestra hacia los hombres un afecto sincero, que hace que se sientan bien a su lado. Su presencia es el comienzo del Reino de los Cielos.

En el inicio de su relación con los hombres ha puesto el perdón de los pecados, como Dios que rehace la Antigua Alianza y devuelve al hombre a la comunión y a la amistad con él. Sólo Dios podía hacer esto. Pero repetimos que no todo termina ahí. El perdón de los pecados es el inicio de un camino que va mucho más lejos.

Todavía queda mucho por andar a cada uno hasta hacerse poseedores del Reino de los Cielos. Él va a ir con ellos: delante, marcando el camino; al lado, levantando de las caídas; detrás, empujando en la debilidad. Guiará, sostendrá, levantará, empujará, tirará... Pero será cada uno, hombre o mujer, niño o viejo, quien habrá de andar el camino y seguir sus pasos. Nadie lo hará por él. Irá acompañado de Cristo y de la familia que él convoca y llama tras de sí, la Iglesia, pero cada uno ha de andarlo. La relación personal con Jesús pasa por estar donde él está e ir donde él va, de sentir lo que él siente, de obedecer sus palabras...

Así, el paso siguiente al perdón de los pecados, será enseñar a los suyos el camino que él mismo va a andar con ellos. Eso es lo que vamos a ver hoy.

III. LOS QUE ESCUCHAN

Por aquellos días, se fue él al monte a orar y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también Apóstoles: A Simón, a quien puso el nombre de Pedro, y a su hermano Andrés; a Santiago y Juan, a Felipe y Bartolomé, a Mateo y Tomás, a Santiago de Alfeo y Simón, llamado Zelota; a Judas de Santiago y a Judas Iscariote, que fue el traidor.

Bajó con ellos y se detuvo en un paraje llano; había un gran número de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo, de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón, que habían venido para oírle y ser curados de sus enfermedades. Y los que eran molestados por espíritus inmundos quedaban curados. Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos.

(Lc 6,12-19)

Jesús comienza con este gesto a dar forma a la comunidad, a la familia que ha congregado en torno a su propia persona. Elige, de entre todos los discípulos (=el que aprende de otro), a doce para que sean Apóstoles (=enviados). San Lucas cuenta que Jesús ha pasado la noche entera en oración. Es una indicación de la importancia que Jesús daba a aquella elección. Luego baja del monte y se encuentra con una gran muchedumbre que le espera. Y es aquí cuando comienza su enseñanza.

IV. LOS BIENAVENTURADOS

Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía:

«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados.

Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis.

Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo por causa del hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Pues de ese modo trataban sus padres a los profetas.

(Lc 6,20-23)

Palabras Sorprendentes

Como veis la enseñanza que dedica a los suyos no es menos sorprendente que las cosas que hace. A los que tiene delante los reconoce como pobres, como hambrientos, como gente que llora, como gente que pronto, por su causa, va a ser blanco de odios y persecuciones. Y lo que es sorprendente es que a éstos (pobres, hambrientos, que lloran, que serán odiados y perseguidos) les llama bienaventurados, es decir, felices, dichosos. ¿Cuándo se ha escuchado una contradicción mayor? ¿Cómo se puede llamar felices a los hambrientos? Y los que lloran, tendrán motivos para llorar, ¿quién los tendrá por dichosos? ¿Cómo es posible que se declare bienaventurados, felices, a aquellos que van a ser blanco de odios, persecuciones e insultos? ¿Cómo puede decir Jesús esas cosas? Pues las dice.

La dicha está en el destino final

Aunque ciertamente no es la pobreza, ni el hambre, ni las lágrimas ni las persecuciones, las causas de la dicha, sino lo que vendrá después, lo que está al final del camino, lo que está en la meta del camino que Jesús se dispone a andar y por el que nos invita a seguirle. Así, declara dichosos a aquellos pobres, pero no por su pobreza actual, sino porque son poseedores de la mayor riqueza, que podrán disfrutar y gozar al final del camino: “Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios”. Declara dichosos a aquellos que tienen hambre, pero porque al final del camino serán saciados. Su hambre no sólo se calmará, sino que se saciará: “Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados”. Proclama feliz al que llora, pero porque al final tendrá la fuente de la eterna y verdadera alegría: “Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis”.

A los que le siguen

Es necesario subrayar que estas palabras las dirige a los que tiene delante, a los que iban siempre con él y a ese gran grupo de gente que acudía a escucharle y a ser curados de sus enfermedades. Jesús proclama bienaventurados a aquellos hombres que de una u otra forma se han vinculado a él. En ellos reconoce a los pobres, a los hambrientos, a los que lloran y a los que serán odiados y perseguidos, precisamente por causa suya. Y sabemos, por otros pasajes, que no todos los pobres que le seguían eran pobres de la misma forma, no todos los hambrientos lo eran del mismo modo. Pobres, hambrientos, hombres que lloran, son formas amplias de

describir a la gente que le escuchaba. Ni Zaqueo ni la pecadora pública pasaban necesidad para ser llamados pobres, ni carecían de alimento para entrar en la denominación de hambrientos, y, sin embargo, eran realmente pobres, estaban realmente hambrientos, tenían verdaderos motivos para llorar.

*A los que reconocen en Cristo la plenitud
y se adhieren a él*

También hay que decir que Jesús no llama dichosos a todos estos simplemente por su pobreza, sus lágrimas o su hambre, de una u otra clase. Sino porque en su pobreza, en su dolor, en su sufrimiento, en su hambre, han reconocido al Señor que da vida, al Señor que sacia no ya los estómagos, sino los corazones. A éstos, que reconocen en Jesús la salvación, que ponen en Jesús la esperanza de su vida, a estos que después de haber experimentado en primera persona su amor, su dulzura, su ternura, su afecto, lo siguen y lo escuchan con gusto, a éstos llama Jesús “bienaventurados”. Y lo son no por las desgracias o por las necesidades presentes, sino porque se han “agarrado” a Jesús y le seguirán hasta el final del camino. Y allí podrán gozar de la grandeza de Dios.

*Fortalecer por el camino: adherirse a Cristo
y fijar los ojos en la meta*

El camino es largo, es tortuoso, el camino que va a emprender Cristo es duro, muy duro. Uno, para poder seguirle, ha de agarrarse bien él y tener el corazón puesto en el final del camino. Esto es lo que hace Jesús: fortalece la vinculación de los que le siguen a él y pone su mirada y el deseo de su corazón al final del camino.

Es como cuando un padre sale de su casa a trabajar, un día y otro, aguantando la monotonía y el cansancio. Quizá el trabajo le repela, quizá el jefe o los compañeros sean insoportables, y, sin embargo, sigue trabajando porque tiene el corazón fijado, no en lo detestable que le parece su trabajo, sino en el bien de su familia, en el bienestar de sus hijos y de su esposa. Si perdiesen de vista ese bien, muchos serían incapaces de hacer el más mínimo esfuerzo. Sin embargo, el bien que buscan hace posible que un día tras otro se esfuercen y luchen y soporten las incomodidades, el cansancio, la arrogancia del jefe, las traiciones de los compañeros o lo que haga falta.

Lo mismo os dice hoy el Señor a vosotros, que habéis escuchado su palabra y le habéis dado cabida en vuestro corazón –No sé que otra razón podríais tener para seguir viniendo a estas catequesis–. Vosotros estáis en la misma situación que aquellos hombres, os hemos hablado de Jesús y, por ahora, os habéis quedado, algunos de vosotros habéis experimentado su misericordia, quizá hayáis escuchado algo nuevo y distinto, quizá os sintieseis pobres o hambrientos o con motivos para llorar y habéis acogido el anuncio del Reino de Dios. Bueno, pues estas palabras el Señor las dicen hoy para ti: “Bienaventurados los pobres de espíritu...”.

Estas palabras son para vosotros

Adhiérete a Jesús y pon tu corazón en Dios, que está al final del camino, porque lo que te espera ahora es duro. Es como un embarazo costoso. ¿Qué es lo que hace que una mujer embarazada pueda sentirse

alegre, cuando sufre tantos desajustes en su cuerpo y en su vida, cuando sufre tantos miedos, cuando se acercan los dolores del parto, si no es el fruto que espera al final? Haz tú lo mismo: adhiérete a Jesús y pon tu corazón en Dios. Si pierdes de vista el final o te separas de Jesús, no recorrerás el camino.

Cristo declara dichoso a quien es pobre y reconoce su pobreza y se abraza a él como quien ha encontrado un tesoro, porque recorrerá el camino y poseerá este tesoro, poseerá a Dios y gozará de él.

V. LOS HOMBRES SATISFECHOS

Pero del mismo modo declara la desgracia de los que se van a creer con razones suficientes como para no emprender y no andar hasta el final este camino. ¿Quién son esos? Los que no son pobres, los que no creen necesitar nada que no tengan o que no puedan conseguir ellos mismos, los que están hartos de placer, de comodidad, de dinero, de diversión, de afectos humanos... los hombres satisfechos. Pero no os engañéis, no existe riqueza verdadera fuera de Dios. Y quién, poseyendo cualquier otra cosa, se cree rico, se cree saciado, cree tener motivos para reír y gozar, descubrirá un día, con gran dolor, la necedad de las cosas o de las personas en las que puso su confianza. El fin del camino de ese hombre será la más absoluta miseria, porque todas las riquezas, todos los gozos, todos los afectos y los amores que llenan la vida de los hombres, todo eso pasa y se desvanece. Sólo Dios permanece. Quién esté junto a él será saciado, quien no esté junto a él, al final del camino, será un pobre desgraciado. Por eso, Cristo, después de las bienaventuranzas añade:

*Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo.
¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre.
¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto.
¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas.*

(Lc 6,24-26)

VI. EL CAMINO

Primero ha fijado el corazón de los suyos en las riquezas que esperan al final del camino, riquezas que poseen ya por su compañía (por eso dice “vuestro es el Reino de los Cielos”), pero que disfrutarán al final del camino. Y después de fortalecer y fijar su corazón en aquellas riquezas, comienza a marcar el camino, el que él mismo ya ha comenzado a andar y por el que los suyos tendrán que seguir. Estas son, de nuevo, sus palabras:

Pero a vosotros, los que me escucháis, yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames. Y tratad a los hombres como queréis que ellos os traten. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman.

Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis? ¡También los pecadores hacen otro tanto! Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio; entonces vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los perversos.

«Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará. Una medida buena, apretada, remecida, rebosante, pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis se os medirá».

(Lc 6,27-38)

Primero ha señalado la meta, ahora señala el camino. ¿A quién le parece fácil? ¿Es fácil amar a los enemigos? Porque no dice Jesús “no odies a tus enemigos”, sino “ama” a tus enemigos. ¿Es fácil, por ejemplo, para una mujer, perdonar a una de esas suegras celosas de su hijo, que no hacen otra cosa más que dificultar el matrimonio? ¿Es fácil perdonar a un hermano que te ha engañado para quedarse con la parte que te tocaba de la herencia de tus padres? ¿Es fácil hacer el bien a los que a uno le odian y le hacen mal? ¿Es fácil poner la otra mejilla? Dice el Señor: “Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio”. ¿Es eso fácil? ¿Le entra a uno ganas de seguir por este camino? ¿Quién tiene ganas de prestar para no recibir? ¿Quién se deleita en dar para no recibir ni las gracias? ¿Quién daría una suma importante de su dinero, por ejemplo, sabiendo que nunca la van a devolver, y que quizá él la necesite más adelante? Y, sin embargo, ese es el camino que marca el Señor. Pero no te olvides del final del camino: “... entonces vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y perversos”.

“Sed compasivos”, dice Jesús. Pero ¿qué es ser compasivo? ¿Acaso es terminar de comer en una fiesta y luego ver un pobre sucio que te pide algo y sentir una especie de molestia interna? ¿Eso es ser compasivo? –No. Ser compasivo es padecer con el que padece. Ser compasivo es hacer lo que hace Jesús. ¿Y qué hace? Él, siendo Dios, ha visto la pobreza del hombre y, compadecido, se ha hecho hombre también. Ha querido acompañar al hombre en su pobreza, en su sufrimiento, en su dolor, en su muerte. Esto es la verdadera compasión.

Aquí se puede comentar el ejemplo de dos mujeres que murieron en fechas próximas. La princesa de Gales “Lady Di” y la Madre Teresa de Calcuta. La primera ayudaba a muchas instituciones benéficas. La segunda decidió vivir con los pobres y compartir su vida con ellos. Esto segundo es la verdadera compasión.

Y ¿es fácil ser compasivo? Ser compasivo es padecer de verdad con el otro. Compasivo es un hombre que, ante una grave enfermedad de su

esposa, a la que ama, siente tanto el dolor de verla a ella postrada y verse él sano, que quisiera pasar la enfermedad en lugar de ella o, al menos, pasarla con ella. Y eso, que no siempre se da entre marido y mujer, ¿será fácil que se dé entre extraños?

No es fácil para nosotros este camino, en absoluto es fácil, ya os lo habíamos dicho. Pero es el camino que Jesús marca, porque es el camino del AMOR VERDADERO. Como él sabe que es difícil no le ha bastado decirlo desde el cielo, sino que se ha puesto a caminarlo con nosotros. Más aún, está dispuesto a empujar a cargar, a tirar y a hacer lo que haga falta, pero el camino tienes que andarlo tú. Para ti, solo, con tus solas fuerzas, es imposible, pero Jesús hace que te sea posible, ¿cómo? Ya lo veremos más adelante.

Cuando Jesús dijo estas palabras, aquellos que lo escuchaban estarían perplejos. Se dirían “¿qué está diciendo éste? ¿Se creará el bueno de Jesús que yo voy a perdonar a este que, siendo mi hermano, me ha robado?” Sin embargo, aunque entonces no entendieron, entenderían más tarde. También tú entenderás más tarde.

Pero Jesús no engaña, es cierto que es bueno, y que todos quieren estar junto a él, pero también es verdad que al final estará él sólo, todos le abandonarán, porque el camino fue demasiado empinado. Pero él no quiere que nadie se engañe. Antes o después quien quiera estar donde él, tendrá que recorrer este camino. Él dará la gracia, la fuerza, el amor y el coraje necesario, pero es cada uno quien lo tiene que andar. Él lo hará en cada uno. Él amará en ti, perdonará en ti y en ti volverá a recorrer el camino y llegará a la meta, pero no lo hará sin ti.

Recuerda lo que te decía antes: aquellos que le escuchaban entonces, estaban tan confundidos como los que escucháis ahora. Y no tenían idea ni de lo duro que iba a ser el camino, ni de lo que serían capaces con la fuerza de aquel a quien escuchaban. Aunque no todos, sino sólo los que se fiaron de él. Tú tampoco tienes idea de por dónde te va a llevar este camino. Pero tienes segura la meta.

VII. LA DECISIÓN

Y para que uno no crea que estas palabras son una calentura pasajera o un exceso de elocuencia de Jesús; y para que todo el que lo escuche tome una decisión y se determine a andar el camino señalado, dice Jesús un poco después:

¿Por qué me llamáis: 'Señor, Señor' y no hacéis lo que digo?

Todo el que venga a mí y oiga mis palabras y las ponga en práctica, os voy a mostrar a quién es semejante: Es semejante a un hombre que, al edificar una casa, cavó profundamente y puso los cimientos sobre roca. Al sobrevenir una inundación, rompió el torrente contra aquella casa, pero no pudo destruirla por estar bien edificada. Pero el que haya oído y no haya puesto en práctica es semejante a un hombre que edificó una casa sobre tierra, sin cimientos, contra la que rompió el torrente y al instante se desplomó y fue grande la ruina de aquella casa.

(Lc 6,46-49)

Es como si dijese: “lo que me habéis oído no son exageraciones, tendréis que hacerlo, tendréis que ponerlo en práctica, si no, no llegaréis al final del camino, seréis tan desgraciados como los ricos que no empezaron, no erais suficientemente pobres, no estabais suficientemente necesitados de lo que yo os ofrezco, no tenéis verdadera conciencia de lo que me necesitáis. Seréis como una casa construida sin cimientos, sobre arena, sobre la que rompe la crecida del torrente”.

La roca es Cristo, su amor no varía, es incondicional. Quien se agarre a él, tendrá solidez, porque su cimiento, Cristo, es sólido. Agarraos a Cristo, con vuestra pobreza, con vuestra debilidad, con vuestra hambre, con vuestros llantos y vuestra miseria. Agarraos a Cristo y disponeos a caminar con él este camino que no sabéis por dónde discurrirá. Un camino difícil, un camino angosto, un camino estrecho, un camino empinado... Pero agarraos a Cristo en vuestra debilidad y poned los ojos en la meta: la posesión del amor perfecto. Agarraos a Cristo y comenzad a andar, a obedecer su voz, a ir tras Él, a hacer lo que él hace, como él lo hace...

Y el amor será vuestro lote, vuestro premio, vuestra herencia. Dios es amor. Y Cristo es Dios.

VIII. ORACIÓN

Terminaremos hoy la catequesis con otra oración, usando unas palabras de san Agustín:

Les invitaremos a que recen estas palabras de san Agustín todos los días hasta la próxima catequesis.

"Tú, Señor, te has convertido en nuestro refugio"

Recurrimos a ti, pues nos irá bien contigo. Con nosotros nos va mal. Al abandonarte nosotros a ti, tú nos dejaste en poder de nosotros mismos. Encontrémonos de nuevo en ti, puesto que habíamos perecido en nosotros [...]

"Tú, Señor, te has convertido en nuestro refugio".

Tú, refugio para alimentar a quienes desertaban de ti; tú, refugio para levantar y dirigir a tus hijos; tú te has convertido en nuestro refugio. No nos separaremos de ti una vez que nos has librado de nuestros males y nos has llenado de todos tus bienes.

Al finalizar rezamos el Ave María

7º. “BIENAVENTURADOS LOS POBRES, PORQUE VUESTRO ES EL REINO DE LOS CIELOS...”

–ESQUEMA–

I. ORACIÓN

- Nos dirigimos a la capacidad de escuchar a Dios y a la necesidad de Dios que existe en el fondo de vuestra alma.
- Oración de san Ambrosio

II. RECAPITULACIÓN Y PRESENTACIÓN DE LA BIENAVENTURANZAS

- El Reino de los Cielos
- El Espíritu del Señor está sobre mí
- Autoridad, exorcismos y curaciones
- Vocación de Simón..., de Leví
- La pecadora pública... Zaqueo.
- La nueva familia. La posición que Cristo ocupa, su autoridad y su misericordia. El inicio de un nuevo camino: el perdón de los pecados.
- El camino que cada uno ha de andar: Cristo y cada hombre – Las Bienaventuranzas.

III. LOS QUE ESCUCHAN: Lc 6,12-19:

- Jesús empieza a dar forma a su comunidad
- Oración y elección
- Discípulos y Apóstoles. Muchedumbre

IV. LOS BIENAVENTURADOS: Lc 6,20-23:

- Palabras Sorprendentes
- La dicha está en el destino final
- A los que le siguen
- A los que reconocen en Cristo la plenitud y se adhieren a él
- Fortalecer por el camino: adherirse a Cristo y fijar los ojos en la meta
- Estas palabras son para vosotros

V. LOS HOMBRES SATISFECHOS: Lc 6,24-26:

- No hay riqueza fuera de Cristo, todo es vano sin él
- El que elige la vanidad, antes o después quedará confundido.

VI. EL CAMINO: Lc 6,27-38:

- La dificultad del perdón y del amor a los enemigos
- La generosidad: un camino poco apetecible.
- La compasión
- El camino del amor verdadero, el camino de Cristo
- Cristo no engaña. Quien quiera estar donde él habrá de recorrer este camino.

VII. LA DECISIÓN: Lc 6,46-49:

- Hay que elegir
- Elige a Cristo y adhiérete a él. Él será tu "lote", tu "herencia", el amor eterno.

VIII. ORACIÓN:

- Oración de san Agustín.
- Ave María

8º. “SI SUPIERAS QUIÉN ES EL QUE TE PIDE DE BEBER, TÚ LE PEDIRÍAS A ÉL Y ÉL TE DARÍA AGUA VIVA”

I. ORACIÓN

Comenzaremos la catequesis con la oración de san Agustín que nos servía de conclusión el último día.

II. RECAPITULACIÓN E INTRODUCCIÓN

Hemos mostrado el camino que Jesús marca y que invita a seguir junto a él, para alcanzar la plenitud del amor, el camino de la verdadera dicha, el de los “bienaventurados”.

Y hemos dicho, no podemos olvidarlo, que es el mismo Jesús quien hace posible que este camino pueda ser andado. Con su misericordia, su poder y, sobre todo, con su compañía, hace posible, para cualquiera, recorrer este camino. Por débil e impotente que uno sea, por pecador que uno se vea, nadie ha de desesperar, porque es el poder de Cristo, no el nuestro, el que realizará este verdadero milagro. Sobre todo, no hay que olvidar que al final del camino espera él, con su amor perfecto.

Este camino del seguimiento de Cristo, hasta el fin, hasta la plenitud del amor, lo han recorrido ya hombres y mujeres de toda clase y condición. Y es el camino que ahora os proponemos emprender con nosotros. Sabéis ya cual es el fin: el amor perfecto de Cristo. Sabéis, no os hemos engañado, que el camino es duro. Y también sabéis que no serán vuestras pocas fuerzas las que os harán recorrer este camino con éxito sino el amor, el poder y la compañía de Cristo.

En esta y en la siguiente catequesis vamos a detenernos en dos escenas del evangelio de san Juan, para que sopeséis si es razonable o no caminar un camino tan costoso, con el fin de alcanzar y ganar a. Vamos a la primera escena.

III. SITUACIÓN PREVIA

Cuando Jesús se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan -aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos-, abandonó Judea y volvió a Galilea. Tenía que pasar por Samaría.

Llega, pues, a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua.

(Jn 4,1-7a)

Este es uno de los muchos pasajes del Evangelio donde aparece Jesús buscando al hombre. En realidad eso es lo hace Jesús desde el principio

hasta el fin de sus días: buscar al hombre para salvarlo. De hecho él, que era Dios, Hijo de Dios, se hizo hombre buscando al hombre, para acercarse de forma absoluta al hombre.

En este caso Jesús busca a la samaritana, de la que no sabemos el nombre, y, por ella, a todos los de su pueblo. Samaría era la provincia que había entre Galilea, al norte de Palestina, y Judea, al sur. Sus habitantes no se llevaban nada bien ni con los vecinos del norte ni con los del sur. Tan mala era la relación entre unos y otros, que para ir de Galilea a Judea, o a la inversa, solían evitar Samaría, aunque ello suponía un considerable rodeo.

Para situar a los simpatizantes, será bueno señalarlo en un mapa o, simplemente, dibujarlo con unas líneas sencillas en un papel.

Sin embargo, Jesús pasa por allí, buscando a esta mujer y a otros muchos. Llegan a Sicar. Jesús se queda junto a un pozo. No como los que estamos acostumbrados a ver en nuestros pueblos, sino algo distinto: un oscuro y profundo agujero en el suelo y agua en el fondo, sin paredes remozadas, ni brocal, ni polea. Era la hora sexta, el mediodía, cuando ya el sol aprieta, y Jesús estaba fatigado. Sus discípulos se van a la ciudad (a un kilómetro aproximadamente) a por comida. Y mientras Jesús espera, llega una mujer del pueblo a sacar agua, con su cántaro, su cubo y su cuerda.

También hay que tener en cuenta el valor que tenía el pozo. La existencia de aquel pozo había garantizado la supervivencia de muchas generaciones en el pueblo. Además la tradición de aquella gente decía que el pozo se lo había dado Dios a Jacob, uno de los patriarcas, hijo de Isaac y nieto de Abraham, predilecto de Dios y padre de las Doce Tribus de Israel. Por tanto, aquel pozo, por razones prácticas, religiosas e históricas, era para aquellos un don de Dios, un verdadero y palpable don de Dios.

Y llega la mujer a por agua

IV. DIÁLOGO

1. Acercamiento y Provocación

Jesús le dice: «Dame de beber.» Pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida.

Le dice la mujer samaritana: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» (Porque los judíos no se tratan con los samaritanos).

Jesús le respondió: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.»

(Jn 4,7b-10)

Todo parece una escena casual, pero no es así. No existe la casualidad para aquel que todo lo conoce y todo lo sabe, y penetra los misterios del mundo y del corazón humano. Comienza pidiendo agua: «Dame de beber». La sed era verdadera, ya decía el evangelio que era la hora sexta y que Jesús estaba fatigado del camino. Pero tras la petición que hace Jesús de un poco de agua, está el deseo de otra agua distinta, la de la propia samaritana, de su propia persona, la de su salvación.

La mujer reacciona como lo haría cualquier samaritana ante cualquier judío: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» Y el mismo evangelista añade: «Porque los judíos no se tratan con los samaritanos». Es entonces cuando Jesús comienza a desvelar, ante la atónita mujer, quién es y cuáles son sus intenciones: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva».

Intrigante respuesta. La samaritana sabía que el pozo, con su agua, era un don de Dios, pero ahora le hablan de un don desconocido para ella: «... si conocieras el don de Dios...». Sabía quién era Jacob, uno de los patriarcas, el que les dio el pozo, ¿Pero quién es este judío que tiene delante? Lo desconoce. ¿Conocemos nosotros cual es el don de Dios? ¿Qué crees tú que puede hacer Dios por ti realmente? ¿Qué puede darnos Dios? ¿Qué esperas de él? Y luego, ¿conocemos quién es el que habla? ¿Quién es Jesús? La samaritana creía que era un viajero judío algo raro. ¿Y tú? ¿Quién crees que es? Quizá creas que es alguien atrapado en el tiempo por la muerte –como todos los hombres–, un personaje pasado, de la historia, que fue, que se dirigió a la samaritana y que hizo tal y cual cosa y que luego murió. Quizá creas incluso que este hombre resucitó y que subió al cielo, pero que está tan alejado de tu vida real como si no hubiese resucitado y como si aún permaneciese atrapado por la muerte en el sepulcro.

El mismo texto dice que si conocieras estas cosas «tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva.» ¿Te ha dado esta agua viva, se la has pedido? - No, porque aún no conoces el don de Dios y no sabes quien es este Jesús. Quizá aún no sepas qué es lo que puedes esperar de Dios ni quien este Jesús que te habla.

No era simplemente un judío raro que iba de paso; ni es tampoco un personaje de la historia, pasado y sepultado por el tiempo; ni es uno que, aunque vivo, permanece lejos de tu vida real. Lo mismo que era entonces, y que la mujer desconocía, es hoy. Con una frase de la Escritura: *“Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre”* (Hb 13,8). Veamos quién es, lo que el mismo desvela a aquella mujer y a ti.

2. Resistencia y nueva provocación

Le dice la mujer: «Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?»

Jesús le respondió: «Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna.»

(Jn 4,11-14)

A las enigmáticas palabras de Jesús («Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva»), la samaritana replica: «Señor, no tienes con qué

sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Acaso eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?» La samaritana, quizá con extrañeza, quizá con una mirada algo burlona, observa a aquel hombre que no tiene ni cubo, ni cuerda y que la ofrece agua. Seguramente pensaría que se trataba de un lunático que no sabía lo que decía, que se creía más que Jacob, un elegido de Dios. Ella, en efecto, desconocía quien era aquel judío que la hablaba y el don de Dios al que podía referirse, aquella “agua viva”. Pero conocía bien quien era Jacob, y el don que Dios les dio por su medio: el pozo. No conoce qué “agua viva” es esa de la que habla el judío, sí el agua del pozo de Jacob. Ahora viene uno que se cree capaz de dar un pozo mejor que el que a ellos les dio Jacob. No trae ni cubo ni cuerda y me dice que me puede dar un agua viva. ¿Quién se cree que es?

Jesús insiste: «Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna». Él ofrece un agua que sacia la sed para siempre. Jesús no niega que aquella agua, aquel pozo, dado por Jacob sea un don de Dios, pero, por bueno que sea, por necesario que sea, no sacia la sed, hay que volver una y otra vez a él, sin que apague nunca la sed del alma. Que mire cada uno lo que tiene, aquello que le hace posible la vida, el amor de la esposa, el cariño de los padres, el trabajo, la gratificación de los hijos... Quizá puedas complacerte en estos dones, si los tienes, son de Dios, son buenos, son necesarios para ti. Dios te los ha dado para que vivas y disfrutes de ellos, pero reconoce que, como la fuente de Jacob, no sacia la sed. Aquí hay uno que te ofrece un agua que sacia la sed del alma, la sed infinita del alma.

3. La mujer entreabre la puerta y Jesús pone el dedo en la llaga. La verdadera cuestión del hombre: ¿Dónde encontrar a Dios?

Le dice la mujer: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.»

Él le dice: «Vete, llama a tu marido y vuelve acá.»

Respondió la mujer: «No tengo marido.»

Jesús le dice: «Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad.»

Le dice la mujer: «Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.»

(Jn 4,15-20)

La mujer estaría intrigada y, como de prueba, le toma la palabra: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.» Es como si la mujer le hubiese abierto un poco la puerta a Jesús. Y entonces parece que Jesús desvía hacia otro lugar la conversación: «Vete, llama a tu marido y vuelve acá.» Respondió la mujer: «No tengo marido.» Jesús le dice: «Bien has dicho que no tienes marido, porque has

tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad.» Parece que Jesús desvía la conversación, pero muestra que conoce lo secreto, lo que sólo Dios puede conocer y, al tiempo, pone el dedo en la llaga de la mujer, en su pecado y, por tanto en la necesidad de ser perdonada y salvada. El reconocimiento del pecado y el perdón es siempre lo primero. Jesús le descubre la realidad de su vida, o mejor, la realidad de su pecado, que la aleja de Dios, y que ella oculta. No lo hace para avergonzarla, ni para humillarla, sino para hacerla consciente de la necesidad de ser curada, de ser reconciliada, de ser amada, no con el amor pasajero de los cinco maridos, sino con un amor que permanezca y crezca. De esta forma Jesús le está indicando también cuál es el don de Dios y quién es él. La mujer había pensado enseguida en la utilidad y la comodidad de poseer en sí una fuente inagotable y no tener que ir con cántaros hasta el pozo, a un kilómetro del pueblo. Pero Jesús le está ofreciendo un tipo distinto de agua, tan real como la otra, pero distinta, mejor: la del perdón de Dios, la de su cercanía, la de la comunión con Dios. Por eso la mujer empieza a entrever quién es Jesús. Le dice la mujer: «Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.» Jesús ya no es un loco, sino un profeta, un hombre que viene de parte de Dios. Un profeta es un hombre elegido y destinado por Dios para hablar en su nombre, pero un hombre al fin y al cabo. Llamándole profeta aún no ha llegado al fondo del misterio que encierra la persona de Jesús, pero es el primer paso. La Samaritana relaciona al hombre que tiende delante con Dios y, entonces se olvida del pozo y pregunta directamente por como alcanzar la comunión con Dios. ¿Dónde adorar? ¿Cómo alcanzar a Dios? Esta es la realidad fundamental para el hombre, la única que puede asegurar su propia existencia: ¿Dónde está Dios?

4. Adorar en “espíritu y verdad”.

Jesús le dice: «Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, ya estamos en ella, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.»

(Jn 4,20-24)

La cuestión de dónde adorar a Dios, de dónde dar culto a Dios, era el principal asunto de conflicto en el momento en que se desarrollan los hechos: el lugar donde dar culto al único Dios: “este monte o Jerusalén”. En el fondo la pregunta es la que se ha hecho el hombre de todos los tiempos: ¿cómo entrar en comunión con Dios? ¿Cómo superar esta pobre condición nuestra y alcanzar a Dios? La respuesta de Jesús es clara: hasta ahora son los judíos los depositarios de la revelación y del culto verdadero al único Dios, que se realiza en Jerusalén, pero llega la hora en que la revelación y el don de Dios se extenderá hasta los confines del orbe y en cualquier lugar los

verdaderos adoradores de Dios, lo adorarán en espíritu y verdad, porque Dios es espíritu: «Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora, ya estamos en ella, en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.» Es la promesa de una forma de entrar en contacto con Dios que va más allá de un culto puramente exterior, que llega más allá de los ritos y hace que lo más íntimo del hombre, su espíritu, pueda entrar en relación con Dios verdaderamente: “en espíritu y verdad”.

*5. El Mesías prometido y presente
El misterio de Jesús: “Mesías”. “Yo soy”*

*Le dice la mujer: «Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo.
Cuando venga, nos lo desvelará todo.»*

Jesús le dice: «Soy yo, el que está hablando contigo.»

(Jn 4,25-26)

La mujer, entonces, conecta esta adoración en espíritu y verdad con la promesa del Mesías. Será él quien nos indique el camino definitivo para alcanzar a Dios: “El nos lo dirá todo”. En la Biblia, “mesías”, palabra hebrea que significa “ungido” en castellano y “cristo” en griego, es aquel que es elegido por Dios para cumplir en su nombre una función pública: un rey, como David; un profeta, como Eliseo; o un sacerdote, como Aarón. Todos ellos eran ungidos, mesías. Pero Dios había prometido un Mesías definitivo que fuese, a la vez, sacerdote, profeta y rey. Este Mesías definitivo traería a Israel la salvación también definitiva. La mujer lo cree aún futuro, pero está presente, ante ella. Recordad que Jesús, al comienzo de su vida pública, cuando lee en la sinagoga de Nazaret aquel texto del profeta Isaías («El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y a los ciegos la vista, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar una año de gracia del Señor») se había identificado con el Mesías. La mujer no espera solución. La solución está en el Mesías futuro, quizá muy lejos de ella. «Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo desvelará todo.» La cuestión principal de la comunión del hombre con Dios queda pospuesta.

Y hay que decir que esta cuestión, en el fondo es la misma cuestión que la del agua y la sed, del comienzo del diálogo. La sed del espíritu del hombre que sólo el agua de Dios puede saciar.

Desde el principio Jesús se había manifestado como el que puede hacer brotar un agua que sacia la sed del alma. Es decir como el que establece la cercanía del hombre con Dios. Ahora vuelve a manifestarse como aquel Mesías esperado, que establecería una nueva alianza, una novedosa unión entre Dios y el hombre. Jesús desvela el misterio que él esconde: «Yo soy, el que está hablando contigo.» Es decir: el Mesías definitivo, que tiene la misión de traer la salvación definitiva, fuera de la

cual no hay otra, soy yo. El que tiene que enseñar el camino hasta Dios, y el culto verdadero, fuera del cual no hay otro, soy yo.

Este era el punto al que Jesús quería conducir a la samaritana. Recordad las palabras del principio: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva». Luego Jesús no vuelve a mencionar el tema del agua y la fuente, parece que se ha olvidado de ello. Pero no, lo que Jesús ha hecho, ha sido conducir a la samaritana hasta aquel punto, hasta desvelar quién es él: el que otorgará la cercanía definitiva del hombre a Dios, saciando así la sed de su alma. Él es el don prometido por Dios, el Mesías prometido.

Pero si es capaz de salvar de forma definitiva la distancia entre Dios y el hombre y saciar del todo el corazón del hombre, es porque él mismo es Dios, que se entregará y se derramará y se vaciará como agua en el corazón del hombre. Jesús es Dios que se ha hecho cercano al hombre para saciarlo. Y lo saciará no con dones externos a él, sino con su propia vida. No ha venido a darnos cosas, sino a dárse nos él mismo como don, el don de Dios, el agua que salta hasta la vida eterna. Jesús es el don de Dios y es Dios mismo. Y eso lo dice también veladamente. Dice que es el Mesías prometido, pero la forma que tiene de decirlo indica que es más que Mesías, se identifica con Dios, con el Dios que se revela para salvar a su pueblo. En el Antiguo Testamento, cuando Israel está esclavo en Egipto, Dios se revela a Moisés y cuando Moisés le pregunta por su nombre, Dios responde: «Yo soy el que soy... Así dirás a los israelitas: «Yo soy» me envía a vosotros» (Ex 3,14)

6. La respuesta de la fe

En esto llegaron sus discípulos y se sorprendían de que hablara con una mujer. Pero nadie le dijo: «¿Qué quieres?» o «¿Qué hablas con ella?»

La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?» Salieron de la ciudad e iban hacia él.

[...]

Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: «Me ha dicho todo lo que he hecho.» Cuando llegaron a él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y fueron muchos más los que creyeron por sus palabras, y decían a la mujer: «Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.»

(Jn 4,27-30; 39-42)

Jesús, al afirmar que él era el Mesías, desvela algo que no se percibe a simple vista, un misterio oculto a la percepción del que mira y oye desde fuera. Este desvelamiento es un acto libre de Jesús, como cuando uno desvela a otro algo importante de sí, de su persona, de sus sentimientos, de su historia, de sus deseos, de su intimidad... Y cuando un hombre desvela algo de éste género está haciendo una ofrenda de sí al otro y espera que esta ofrenda sea acogida, que no sea pasada por alto como algo sin importancia, como algo irrelevante. Jesús espera lo mismo: que la mujer acoja la ofrenda

que él hace de sí. Cuando la samaritana le había dicho: “dame de esa agua”, Jesús no había sacado de debajo de la túnica un botijo lleno de un agua especial. Ahora le da el agua. Ha conducido la conversación primero hasta hacerla ver que era un profeta, después hasta la revelación de que era el Mesías y el agua que se ofrece para la sed profunda del espíritu humano. Esta revelación sólo espera un movimiento de la mujer: la fe. En realidad esta fe es el comienzo de nuevo culto, del culto en “espíritu y verdad”. El nuevo culto no es un rito externo, sino un culto espiritual, que consiste en acoger a quien se nos ofrece, acoger a Cristo. Eso es lo que hace la fe. La fe es el movimiento del alma que acoge a Cristo que se ofrece. La fe se da en el encuentro con él, cuando se experimenta que el deseo del corazón, el deseo de un amor perfecto y verdadero, eterno, no es una ilusión irrealizable, sino una posibilidad real que tenemos ante nosotros, una realidad presente, un amor grande que, sin esperarlo, nos ha sido dado, un don que gratuitamente Dios nos ha dado al darnos a su Hijo, Jesús, el Mesías.

Aparentemente, con la irrupción de los discípulos, la mujer no ha dado respuesta a la revelación de Jesús, pero las cosas que hace son elocuentes: Deja allí el cántaro y va corriendo al pueblo para decir a todos: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?» Y dice el evangelista que los del pueblo salieron a ver al hombre al que se refería la mujer. Jesús se quedó dos días con ellos y al irse, los del pueblo decían a la mujer: «Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo.»

V. CONCLUSIÓN

Jesús también te ha conducido hasta este punto para mostrarte quién es. Ya sabes quién es. No es un personaje atrapado en la Historia. Él es el mismo ayer y hoy y siempre. Él te desvela el misterio de su ser para que tú le des la fe. Él es el agua viva que sacia el corazón del hombre. ¡Bebe esta agua por la fe! ¡Haz tuya esta agua dando fe a su persona y a sus palabras! Uno hace suyo a Cristo por la fe en él. ¡Haz tuyo a Cristo!

El profeta Isaías había pronunciado en nombre de Dios:

“¡Oh, todos los sedientos, acudid por agua, también los que no tenéis plata, venid y comprad y comed, sin plata y sin pagar, vino y leche! ¿Por qué gastar plata en lo que no es pan, y vuestro jornal en lo que no da hartura? Hacedme caso y comed cosa buena, y disfrutaréis con algo sustancioso.”

(Is 55,1-2)

Jesús es el don de Dios: el agua, el vino y la leche, el pan que sacia el apetito del corazón del hombre. Él es el Mesías, el Ungido, el Cristo, el don prometido por Dios, que ha superado lo que los mismos judíos esperaban, porque es el mismo Hijo de Dios, que, al hacerse hombre, se ha hecho don

para nosotros, alimento para nuestra hambre, agua para nuestra sed, reposo para nuestro cansancio. ¡Hazlo tuyo por la fe!

Ahora ya conoces el don de Dios y quién es el que te pide de beber, pídele tú a él, y él te dará agua viva.

Llevaos para casa las palabras de Jesús, primero aquellas que dicen “Dame de beber” y recordad que tras la sed real de Jesús, está el deseo de encontrar a la Samaritana y su amor. Cristo tiene sed del amor de los hombres. Él, que es Dios, se hace necesitado de nuestro amor. Y recordad aquellas otras: “Si supieras quién es el que te pide de beber y cual es el don de Dios, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva”. Ahora mismo se está repitiendo aquella escena: Cristo te está pidiendo que le abras el corazón con la fe, te fíes de él y te entregues a él. Es como si te suplicase que le abras el alma. Te lo suplica él, que te hizo y te creo en el seno de tu madre. Te lo suplica él, que es dueño del universo; él, que ha vencido la muerte; él, que tiene el amor perfecto y es el único que puede saciar de amor tu alma. Es él quien te lo suplica. ¡Oh admirable condescendencia de Jesucristo! ¡Oh humildad ininteligible para nuestra soberbia! Nosotros que somos pobres en amor y necesitados de él, despreciamos al Rico y Perfecto en amor. Y el Rico y Perfecto en amor suplica por nuestro amor pequeño y mezquino.

VI. ORACIÓN

Terminaremos esta catequesis con las palabras de san Ambrosio.

Todo lo tenemos en Cristo.

Cristo es todo para nosotros.

Si deseas curar de heridas, es médico.

Si del bochorno de la fiebre, es fuerte.

Si castigar la iniquidad, es justicia.

Si tienes necesidad de socorro, es fuerza.

Si temes la muerte, es vida.

Si huyes de las tinieblas, es luz.

Si buscas comida, es alimento.

Al finalizar rezamos el Ave María

9º. “SEÑOR, ¿A QUIÉN VAMOS A IR? TÚ TIENES PALABRAS DE VIDA ETERNA, Y NOSOTROS CREEMOS Y SABEMOS QUE TÚ ERES EL SANTO DE DIOS”

I. ORACIÓN

Comenzaremos la catequesis rezando con el texto de san Ambrosio con que terminamos el último día.

II. LA SAMARITANA

En el pasaje que traíamos en la última catequesis, Jesús buscaba a la samaritana y cada uno de nosotros, para provocar nuestra fe en su persona, en el misterio que encierra su humanidad verdadera, y así poder saciar el deseo del corazón humano.

III. EL DIÁLOGO DE JESÚS CON LOS JUDÍOS (JN 6,22-42; 60.66-69)

1. Los milagros que le preceden

Poco después del relato de la samaritana, san Juan, el evangelista, nos ofrece un largo diálogo entre Jesús y los judíos del que escucharemos ahora algunos fragmentos. El diálogo se produce después de que Jesús ha hecho dos grandes milagros: primero multiplica unos pocos panes y peces para dar de comer a una multitud; y luego, después de pasar la noche orando, camina sobre el mar, para reunirse con sus discípulos, que estaban en la barca, aunque este milagro sólo lo presencian sus discípulos. Así podremos entender lo que vamos a escuchar.

2. Los milagros como signos

Al día siguiente, la gente que se había quedado al otro lado del mar vio que allí no había más que una barca y que Jesús no había montado en la barca con sus discípulos, sino que los discípulos se habían marchado solos. Pero llegaron barcas de Tiberíades cerca del lugar donde habían comido pan. Cuando la gente vio que Jesús no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaum, en busca de Jesús.

Al encontrarle a la orilla del mar, le dijeron: «Rabbi, ¿cuándo has llegado aquí?»

Jesús les respondió: «En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis, no porque hayáis visto signos, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello.»

(Jn 6, 22-27)

Jesús les echa en cara: “me buscáis, no porque habéis visto signos, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado”. Cuando Jesús habla aquí de signos se refiere a los milagros como signos que dejan entrever el misterio que él encierra. Es como si dijera: “los milagros que hago son signo de que soy el Mesías, pero a vosotros eso os da lo mismo, me buscáis porque os he llenado el vientre”. Aunque parezca, a primera vista, que es su egoísmo lo que les echa en cara, en realidad no es eso, sino su poca inteligencia, que se contenta con saciar el hambre de su cuerpo. Es como si Jesús les dijese “puedo saciar algo más que vuestro vientre, que mañana volverá a estar vacío, puedo saciar el alma y puedo daros la vida eterna. No os contentéis con lo más bajo, cuando puedo daros lo más alto”. “Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna”.

Preguntaos también vosotros qué buscáis viniendo aquí, a la Iglesia Católica, donde Cristo vive. “Obrad no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para la vida eterna”.

Jesús ha venido a salvar al hombre que ha creado, cuerpo y alma. Ha venido a salvar y a llevar a plenitud al hombre entero, que él creó. Por eso no quiere que se sienta satisfecho tan sólo porque tenga lleno el vientre. Jesús quiere que en lo más hondo, lo encuentres y te sacies de él. Es él quien da el alimento que permanece para la vida eterna.

3. La Fe

Ellos le dijeron: «¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?»

Jesús les respondió: «La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado.»

(Jn 6, 28-29)

La forma de saciar el hambre corporal es alargarse la mano al pan que se ofrece y comerlo. La forma de saciar el hambre del alma es la fe, la fe en Jesús: «La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado.»

4. Jesús, el Pan del Cielo

Pero los judíos siguen sin creer que Jesús es el Mesías prometido y preguntan qué signos realiza para poder creer en él.

Es posible que brevemente haya que explicar a los simpatizantes qué es el maná, en el marco de la pascua judía: de la liberación de la esclavitud egipcia y de la marcha por el desierto hacia la tierra prometida.

Moisés, dicen, dio a nuestros antepasados el maná, el pan del cielo, por eso creyeron en él, pero ¿y tú? Jesús utiliza la pregunta para desvelar su ser, el misterio que él encierra. Moisés dio un pan que no garantizó la vida eterna de los antiguos judíos, pero ahora es Dios Padre quien da un pan que da vida eterna. Ese pan es su propio Hijo, hecho hombre, Jesús el hijo de María:

Ellos entonces le dijeron: «¿Qué signo haces para que viéndolo creamos en ti? ¿Qué obra realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Pan del cielo les dio a comer.»

Jesús les respondió: «En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo.»

Entonces le dijeron: «Señor, danos siempre de ese pan.»

Les dijo Jesús: «Yo soy el pan de vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed. Pero ya os lo he dicho: Me habéis visto y no creéis. Todo lo que me dé el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré fuera; porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que él me ha dado, sino que lo resucite el último día. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día.»

Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo.» Y decían: «¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?»

(Jn 6,30-42)

Jesús introduce en la conversación un elemento nuevo que espanta a los judíos. Les dice que él es más que un hombre elegido por Dios, como lo fue Moisés o el rey David. Él es quien ha bajado del cielo. Y esto no es lo mismo que decir que Él es el mesías prometido, porque ellos esperaban que el mesías fuese un hombre, como David o Moisés, pero no más que un hombre. Y Jesús se declara más que hombre, llama Padre suyo a Dios, y se llama a sí mismo Hijo, Hijo de Dios.

Con esto Jesús nos hace entrar en el corazón del misterio de su ser y del ser de Dios. Dios es Uno, un solo ser, un solo Dios, sin partes, sin divisiones, como bien sabían los judíos. Pero hay más. El Dios Uno, al tiempo, es tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Aquí Jesús dice que Dios es Padre e Hijo. Y que él es el Hijo. Se declara a sí mismo Hijo de Dios y Dios, el Hijo de Dios hecho hombre, que se ofrece como alimento de vida eterna para los hombres.

Y espera que el hombre crea en él, crea lo que dice y crea que puede hacer lo que promete. Por eso dice: “esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que vea al Hijo y crea en él, tenga vida eterna y que yo le resucite el último día”.

Pero este es, precisamente el problema: a aquellos judíos, seducidos por la grandeza humana, atraídos por las riquezas del mundo, engañados por la soberbia de los que se sienten satisfechos -Recordad los “Ayees” que seguían a las bienaventuranzas, “Ay de vosotros los ricos...”- les era muy difícil creer que un hombre como Jesús, desconocido, de Nazaret, una aldea insignificante, pudiese ser el Mesías. Él no se mostró a su pueblo rodeado de gloria, sino de humildad; no revestido de poder, sino de misericordia; no adornado por las riquezas, sino por la compasión.

Y aún les era más difícil creer que Jesús, hijo de José y de María, pudiese ser alguien que realmente viniese del cielo, algo más que un

hombre. Difícil creer que fuese Hijo de Dios. Difícil creer que el Dios Único fuese Dios Padre y Dios Hijo y que Dios Hijo se hubiese hecho hombre, para saciar al mismo hombre y que fuese aquel que ellos tenían delante. No eran capaces de dar crédito a esas palabras. Por eso dicen: “¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo puede decir ahora: He bajado del cielo?”

En resumen, en lo último que hemos leído Jesús se muestra como “el pan del cielo”. Pan hace referencia a que su persona es el don que Dios ofrece al hombre. Y al decir que su origen está en el cielo muestra el misterio que esconde: es el Hijo. Justamente por eso, porque viene del cielo puede ser el pan dado por Dios. Y justamente por eso puede saciar el corazón humano.

5. La Decisión: el Escándalo o la Fe

El diálogo continúa profundizando en el misterio que esconde la humanidad de Jesús y cómo se ha hecho hombre para dar vida eterna al hombre. El caso es que la mayoría de los judíos están escandalizados, creen que Jesús es un arrogante que pretende un imposible: que los demás le tomen por Dios. El resultado es que muchos de sus propios discípulos, de los que habitualmente le seguían y estaban pendiente de sus palabras, que seguro habían visto milagros, dicen: *“Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?”* (Jn 6,60). Y le abandonan: *“Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él”* (Jn 6,66).

Entonces Jesús se dirige a los que no se han ido:

Jesús dijo entonces a los Doce: « ¿También vosotros queréis marcharos?»

Le respondió Simón Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.»

(Jn 6, 67-69)

Aunque su fe no es perfecta, Pedro y otros no abandonan. ¿Por qué? – Porque sólo Jesús les ha prometido y puede darles lo que desean en el fondo del alma: la vida eterna y dichosa. No es la mera ilusión de ver realizado el deseo humano lo que le empuja a Pedro a ir detrás de Jesús, sino que oyéndole hablar, viéndole actuar, viendo realizar milagros, ha llegado a entrever el misterio que Jesús encierra. Aún le queda mucho que descubrir, como a vosotros, pero ya ha visto signos, señales, que indican la presencia de algo más grande que puede saciar el alma. No puede ver el fuego, pero sí el humo que el fuego provoca. El fuego aún permanece escondido a sus ojos, pero ve el humo que le señala la existencia del fuego. Por eso añade: “y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios.”

Por eso Pedro no se va del lado de Jesús, aunque no entienda todas sus palabras. La compañía, las palabras y los milagros de Jesús alientan en Pedro la esperanza de que su deseo de vida feliz no sea una ilusión vana, que es mejor abandonar lo antes posible, para no sufrir el dolor del desengaño. La compañía de Cristo abre la vida de Pedro y de los otros a un horizonte más amplio, a un destino más grande. Pedro era un pescador.

¿Cuál es el horizonte de un pescador? Trabajar, luchar, gozar de los pequeños o grandes afectos de la familia y morir. Este es su horizonte. ¿Cuál es el horizonte de vuestra vida? ¿Qué horizonte podréis mostrar a vuestros hijos?

Pedro descubre en la compañía de Cristo un horizonte más grande: el de un amor más fuerte que la muerte. Estando cerca de Cristo, acompañándole, en sus palabras, en sus milagros, en sus gestos, Pedro descubre la realidad de un amor totalmente nuevo. Un amor ya real, ya presente, que se muestra como promesa de un amor aún más grande, que aún no se ha manifestado en toda su grandeza, que aún no se ha dado del todo, que aún está por entregarse. En las próximas catequesis veremos como este amor llega al extremo, como se desborda y como se entrega.

Los mismos milagros sugieren en su inteligencia la única explicación posible para lo que ve y lo que oye: que aquel hombre, sea también, lo que sus palabras y sus hechos reclaman: el Hijo de Dios, algo que va más allá del Mesías prometido, tal como lo esperaba su pueblo.

Así, los milagros de Jesús, con las palabras que los acompañan, son signos que invitan a la razón humana a creer que este hombre es más que hombre: Dios, alimento adecuado a nuestra hambre, amor perfecto para la necesidad de nuestra alma. Él muestra con los signos y con sus palabras el misterio que esconde: ser verdadero Dios, respuesta adecuada y sobreabundante al corazón humano, un misterio de amor. El hombre no puede apropiarse de este misterio de amor, sólo puede acogerlo cuando Cristo se lo entrega. Sólo puede recibir como un don lo que el otro libremente le ofrece de sí, la ofrenda que el otro le hace, no la ofrenda de algo externo, sino la ofrenda de lo más íntimo y oculto, lo más verdadero de sí. Es como el amor de una esposa, que no se puede adueñar uno de él y pesarlo, medirlo u observarlo en el microscopio, porque es el don que otra persona hace de sí, de lo más hondo de sí, y sólo se puede acoger como un regalo. Pues la forma de acoger el amor de Cristo, la forma de acoger el don que él hace de su persona es la fe.

IV. LA PRETENSIÓN DE JESÚS DESENCADENA SU MUERTE

Jesús busca al hombre para provocar la fe en él y así hacerle partícipe de sus bienes, de la vida eterna y del amor perfecto. Pero esta pretensión que tiene Jesús –ser más que un hombre, más que un mesías, ser el Hijo de Dios, con poder para dar vida eterna y feliz al hombre– le enemistará cada vez más con muchos judíos, que ven en él un blasfemo. Y esto le llevará a la muerte. El último desencadenante será un nuevo milagro: la resurrección de su amigo Lázaro. ¡La resurrección de un muerto! No ya la curación de un leproso o de un ciego, no ya la multiplicación de unos panes, sino la resurrección de un muerto. Vamos ahora, al relato que san Juan hace de la resurrección de Lázaro.

V. LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

1. Amistad y tardanza

Había un enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo.

Las hermanas enviaron a decir a Jesús: «Señor, aquel a quien tú quieres, está enfermo.»

Al oírlo Jesús, dijo: «Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.»

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba. Al cabo de ellos, dice a sus discípulos: «Volvamos de nuevo a Judea.»

(Jn 11,1-7)

Hay que destacar aquí las palabras del recado que envían a Jesús: “Aquel a quien tú quieres”. Jesús, hombre verdadero también tiene afectos humanos, quiere a sus amigos. Lázaro es amigo suyo. Y es esa amistad la que los enviados ponen por delante para que Jesús vaya de prisa a curar a su amigo. Sin embargo Jesús, sorprendentemente no se va a dar ninguna prisa, al contrario. Sólo dos días después de recibir el aviso decide ponerse en camino hacia Betania, en Judea, muy cerca de Jerusalén.

2. Para que creáis

Le dicen los discípulos: «Rabbi, con que hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?»

Jesús respondió: «¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él.»

Dijo esto y añadió: «Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle.»

Le dijeron sus discípulos: «Señor, si duerme, se curará.»

Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vayamos allá.»

Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él.»

(Jn 11,8-16)

Las palabras de los discípulos nos hacen entender que el ambiente respecto a Jesús, ya estaba muy enrarecido, su pretensión de ser Hijo de Dios tenía enfurecidos a los jefes judíos.

Las palabras de Jesús son del todo sorprendentes. Ya habíamos subrayado lo que decía el mensaje: “Aquel a quien tú quieres está enfermo”. Y también hemos leído: “Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro”. Pero de forma extraña parece que Jesús deja que muera su amigo. Y es que todo el hecho de la enfermedad y de la muerte de Lázaro está dispuesto por

Dios para llamar a la fe en Jesús, en que es el Hijo de Dios y que da la vida eterna a quien cree en Él. “Me alegro por vosotros... para que creáis”. La fe que Jesús busca en el hombre para salvarlo es la pieza que permite comprender esta escena.

3. Marta ante Cristo

Cuando llegó Jesús, se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania estaba cerca de Jerusalén como a unos quince estadios, y muchos judíos habían venido a casa de Marta y María para consolarlas por su hermano.

Cuando Marta supo que había venido Jesús, le salió al encuentro, mientras María permanecía en casa. Dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora yo sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo concederá.»

(Jn 11,17-22)

San Juan hace notar el tiempo que había transcurrido desde la muerte de Lázaro, cuatro días, y cómo en casa de Marta y María había muchos judíos venidos de Jerusalén. Luego la queja de Marta, pero también un acto inicial de confianza en Jesús, que manifiesta la certeza de que Jesús mantiene una relación especialísima con Dios.

4. Jesús, el Mesías esperado

Le dice Jesús: «Tu hermano resucitará.»

Le respondió Marta: «Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día.»

Jesús le respondió: «Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?»

Le dice ella: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo.»

(Jn 11,23-27)

Con respecto al tema de la vida después de la muerte, los judíos andaban divididos. El grupo de los saduceos, el más poderoso y rico, al que pertenecía el Sumo Sacerdote, no creía en la resurrección después de la muerte. Pensaban que aquí en la tierra era donde Dios premiaba o castigaba al hombre por sus acciones. Pero los fariseos y la mayor parte del pueblo creían en una resurrección al final de los tiempos, una resurrección a una vida semejante a la que llevamos ahora. Sería entonces el momento en que Dios premiaría o castigaría a unos y otros. De ahí que Marta diga: “Ya sé que resucitará en la resurrección, el último día”. Esa resurrección y el fin de los tiempos, estaba vinculada a la venida del Mesías prometido. Por eso cuando Jesús dice: “Yo soy la resurrección”, está diciendo que es el Mesías y que con él ha llegado el tiempo definitivo en el que Dios instaurará una nueva vida.

Parece que el corazón de Marta se entrega en manos de Jesús. Eso viene reclamando Jesús: la fe en él.

5. María ante Cristo

Dicho esto, fue a llamar a su hermana María y le dijo al oído: «El Maestro está ahí y te llama.»

Ella, en cuanto lo oyó, se levantó rápidamente, y se fue hacia él. Jesús todavía no había llegado al pueblo; sino que seguía en el lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos, que estaban con María en casa consolándola, al ver que se levantaba rápidamente y salía, la siguieron pensando que iba al sepulcro para llorar allí.

Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.»

(Jn 11,28-32)

Igual que su hermana, María se dirige a Jesús con una queja: “Si hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto”. Pero también la certeza de que con Cristo ha irrumpido el tiempo definitivo de Dios, cuando dice: “Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”.

6. Las lágrimas de Jesús y la incredulidad de los judíos

Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente, se turbó y dijo: «¿Dónde lo habéis puesto?»

Le responden: «Señor, ven y lo verás.»

Jesús derramó lágrimas.

Los judíos entonces decían: «Mirad cómo le quería.»

Pero algunos de ellos dijeron: «Éste, que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que éste no muriera?»

(Jn 11,33-37)

Jesús se turba en su interior. ¿Por qué? ¿Se apena por el dolor de María y de los judíos? Ciertamente sí, porque Jesús ama a sus amigos. Pero, ¿es ésta la causa de la turbación interior? ¿No tendría que haber dicho san Juan, más bien que se compadeció, o que se apenó con ellos? Sin embargo dice que se turbó, con lo que se expresa ese malestar interior, una especie de desasosiego, que nace, en realidad, ante la falta de confianza de María y de los judíos. Así se entiende mejor el tono de su pregunta: ¿dónde lo habéis puesto?

Luego llora. Es difícil saber si Jesús lloraba por su amigo o, más bien por la falta de fe que encuentra. Esto último es lo más seguro. Ya ha hecho muchos milagros, ya les ha mostrado con su palabra el misterio que esconde, que es el Hijo de Dios y que ha venido para dar vida eterna a quien crea en él, pero aún así no creen en él, no se entregan confiadamente a él.

San Juan nos va adentrando en el drama de Jesús, que es incomprendido y juzgado. No sólo no le dan fe, sino que además condenan su actuación.

7. El milagro

Entonces Jesús se conmovió de nuevo en su interior y fue al sepulcro. Era una cueva, y tenía puesta encima una piedra. Dice Jesús: «Quitad la piedra.»

Le responde Marta, la hermana del muerto: «Señor, ya huele; es el cuarto día.»

Le dice Jesús: «¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios?»

Quitaron, pues, la piedra.

Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado.»

Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal afuera!»

Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario.

Jesús les dice: «Desatadlo y dejadle andar.»

Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús.

(Jn 11,38-46)

Es este uno de los milagros más impresionantes que nos relatan los evangelios. Se trata de su amigo, se trata de un muerto, se trata de uno que llevaba cuatro días muerto y que es devuelto a la vida.

¿Por qué hace Jesús este milagro? No lo hace por compasión a su amigo Lázaro o por compasión hacia Marta y María. De ser así, habría ido a socorrer a su amigo antes de morir, cuando le llega el recado. Tampoco lo hace por impresionar al personal. Lo hace buscando la fe: para fortalecer la fe de sus discípulos, también de Marta y María, tal como el mismo Jesús declara al principio de la narración: “Me alegro por vosotros... para que creáis”. Hace el milagro para suscitar la fe de los judíos, tal como de hecho ocurre, ya que dice: “muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él”. Lo hace para suscitar vuestra fe, para arrancar de vuestro corazón la fe y la confianza en él, para hacer que depositéis en él la esperanza de vuestra vida.

8. La cerrazón de los judíos

Sin embargo él no fuerza a nadie a darle fe, ni siquiera con los milagros. Jesús respetará tu libertad hasta en la manifestación más clara de su gloria. De hecho otros judíos no creyeron.

Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: «¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchos signos. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.»

Pero uno de ellos, Caifás, que era el sumo sacerdote de aquel año, les dijo: «Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación.»

Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación. Y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde este día, decidieron darle muerte.

(Jn 11,47-53)

A pesar del gran milagro, no creen. Es cierto que, como hemos dicho, a los judíos les era difícil creer, quizá también a nosotros nos sea difícil. Porque creer no es sólo decir: “Sí, creo que Jesús resucitó a Lázaro”, o “Sí, creo que Jesús es el Hijo de Dios”. Creer es acoger el don de quien se muestra, de quien se revela a sí mismo ofreciendo la salvación. Y creer es también entregarse a él.

Dar fe consiste en este doble movimiento del alma: acoger el don de Dios y entregarse a Dios. Y es un acto libre de la razón y de la voluntad. Jesús no te forzará a creer. No te forzará a acoger su amor, no te forzará a que le ames. No te deslumbrará para que creas. Te ofrece el humilde testimonio de sí y de sus obras para que reconozcas que responde a lo que ansía tu corazón.

Quién se empeña en negar el deseo de su corazón, quien se empeña en ahogar la voz de Dios que, desde que somos niños, grita allí "Buscad mi rostro", no reconocerá a Jesús como el Hijo de Dios, como el Salvador, no acogerá su don, no se entregará a él.

Prueba de que no fuerza a nadie a creer es que, tras este milagro, las autoridades de Israel decidieron dar muerte a Jesús.

VI. ORACIÓN FINAL

Hoy no rezaremos nada para terminar la catequesis. La oración cristiana es fundamentalmente una respuesta a Dios que se muestra, que se revela, que habla, que ama, que salva. Cristo os ha ofrecido hoy su amor y su vida. Respondedle vosotros en lo hondo de vuestra alma. ¿Qué tenéis que decirle a Cristo? Respondedle en el silencio. Tratad toda esta semana de dar respuesta a Cristo.

9º. “SEÑOR, ¿A QUIÉN VAMOS A IR? TÚ TIENES PALABRAS DE VIDA ETERNA, Y NOSOTROS CREEMOS Y SABEMOS QUE TÚ ERES EL SANTO DE DIOS”

–Esquema–

I. ORACIÓN

Texto de san Ambrosio con que termina la catequesis anterior.

II. LA SAMARITANA

Jesús busca 1) provocar la fe en y 2) así saciar su corazón

III. EL DIÁLOGO DE JESÚS CON LOS JUDÍOS (JN 6,22-42; 60.66-69)

- 1. Los milagros que le preceden: la multiplicación de los panes y Jesús andado sobre el agua.*
- 2. Los milagros como signos (Jn 6, 22-27) ¿Qué buscáis vosotros?*
- 3. La Fe (Jn 6, 28-29)*
- 4. Jesús, el Pan del Cielo (Jn 6,30-42) Porque se identifica con Dios puede realmente saciar al hombre*
- 5. La Decisión: el Escándalo o la Fe (Jn 6,60.66-69): Razonabilidad de la fe: el encuentro con Cristo abre el horizonte a un amor más grande*

IV. LA PRETENSIÓN DE JESÚS DESENCADENA SU MUERTE

V. LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO

- 1. Amistad y tardanza (Jn 11,1-7)*
- 2. Para que creáis (Jn 11,8-16) Situación de Jesús respecto a las autoridades*
- 3. Marta ante Cristo (Jn 11,17-22) Queda la confianza*
- 4. Jesús, el Mesías esperado (Jn 11,23-27) La fe judía en la resurrección. Proclamación solemne de Jesús y fe de Marta.*
- 5. María ante Cristo (Jn 11,28-32)*
- 6. Las lágrimas de Jesús y la incredulidad de los judíos (Jn 11,33-37)*
- 7. El milagro (Jn 11,38-46)*
- 8. La cerrazón de los judíos (Jn 11,47-53) Conclusión: la fe.*

VI. ORACIÓN FINAL

Responder a Cristo en el silencio

10º. « ¡DIOS MÍO, DIOS MÍO! ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?»

I. ORACIÓN

Podemos comenzar como el último día, con la oración de san Ambrosio

II. COMPOSICIÓN DE LUGAR

Durante todos estos días atrás hemos visto cómo Jesús revelaba poco a poco quién es él. Lo fundamental de esta revelación es que es el Hijo de Dios y Dios. Él se identifica con Dios. Dios y él son un solo ser. Él se identifica con el Dios que creó el mundo, con el que llamó a Abraham, con el que sacó a Israel de la esclavitud de Egipto, con el que dio a Israel las Tablas de la Ley, con el que hizo un pacto con el pueblo judío, etc.

Y poco a poco, sus obras muestran su identidad. La autoridad con la que habla, con la que manda y exige que se cumpla lo que manda, con la que llama a los hombres a seguirle, la autoridad con la que hace milagros, no apelando a unas fuerzas superiores o al poder divino, es la autoridad propia de Dios. Propio de Dios, sólo de Dios, es también perdonar pecados. Propio de Dios, sólo de Dios, es ser fuente de vida eterna para el hombre, poder asegurar la saciedad eterna e infinita del alma humana.

Y para esta pretensión de Jesús, que se pone en el lugar de Dios y actúa como si fuese Dios, hay sólo unas cuantas posibles explicaciones: o es un farsante, o es un loco, o es en verdad quien dice ser.

Aunque al comienzo de su vida pública, más de uno lo tachó de loco, milagros como el de la resurrección de Lázaro, hacen poco plausible que se trate simplemente de un lunático.

La segunda posibilidad es que fuese un impostor. Por otro lado, existía una dificultad evidente para entender que realmente se trataba del Hijo de Dios y Dios. Dios mismo, mucho tiempo atrás, se había revelado a través de Moisés: “Escucha Israel, el Señor tu Dios es Uno”. Por eso la fe judía proclamaba, con razón, que su Dios era el único dios existente y que era Uno, una unidad. Y este Dios es más grande que cualquier obra de la creación, más grande que cualquier hombre. Ningún hombre, ningún animal, ni el sol ni los astros podían confundirse con él.

¿Será posible que Dios, que no puede ser encerrado en el universo entero, que tampoco puede ser delimitado por todo el tiempo, por toda la sucesión de los siglos, se pueda identificar con un hombre, limitado en el tiempo y en el espacio? Es decir, Dios que no cabe en el universo, resulta que aparece en un insignificante punto del globo terráqueo, un punto absolutamente insignificante del universo, ¿cómo puede ser eso posible? Dios, que no tiene tiempo, no puede ser encerrado en el tiempo. El que es infinito, resulta que se limita a unos años insignificantes, unos treinta y tres años, en el conjunto de toda la historia, ¿cómo puede ser eso creíble?

Realmente a los judíos les era difícil aceptar que aquel hombre pudiese ser Hijo de Dios y Dios. La fe monoteísta judía parecía chocar frontalmente con las cosas que hacía y decía Jesús. Obraba como si fuese Dios. Y hablaba de Dios como de su Padre, hablaba de sí mismo como Hijo, hablaba de un Espíritu Santo, de un Espíritu del Padre y del Hijo. Todo eso sobrepasaba los límites de un impostor cualquiera. Su impostura les parecía a muchos una gran e impía blasfemia.

Y la blasfemia sólo tenía una posible respuesta: el castigo de la muerte.

Además, la clase dominante judía tenía otra razón para eliminar a Jesús. Una razón de conveniencia política.

Temían que el entusiasmo de la gente por los signos de poder que realizaba Jesús pudiese crecer hasta proclamarlo rey –intento que el mismo evangelio atestigua, y que vimos cuando Jesús multiplicó los panes y los peces-. Eso hubiese significado un levantamiento en armas frente al Imperio. ¿Qué se podía seguir de ahí? Una represión cruenta, en primer lugar. En segundo lugar, que el Imperio dejase de ser, como era hasta entonces, tolerante con sus costumbres y con sus instituciones político-religiosas, y terminase el poder que ellos mantenían sobre el pueblo, aunque fuese subordinado al de Roma. Ellos querrían la independencia nacional, pero conocían la fuerza del Imperio. Y era preferible que se mantuviese la situación, a que un supuesto “mesías” aventurase al país en una guerra independentista frente a Roma.

El final de la narración de la resurrección de Lázaro atestigua este temor de los dirigentes judíos:

Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: «¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchos signos. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.»

Así las cosas, las autoridades judías decidieron dar muerte a Jesús. Sólo les quedaba esperar el momento oportuno, que se presentó con la celebración de la Pascua judía. Jesús, como los años anteriores y como otros muchos judíos, subió a Jerusalén para celebrar la fiesta. En esta ocasión había levantado una gran expectación y muchos ojos estaban puestos en él.

III. NARRACIÓN DE LA PASIÓN

1. Pascua judía y la Última Cena

Ya en Jerusalén, Jesús se dispuso a celebrar la Pascua con los suyos, tal como lo hacían los judíos, conmemorando la salida de la esclavitud de Egipto, muchos siglos atrás. Prepararon el cordero para la cena pascual, los panes ácidos -sin fermentar-, las hierbas amargas y el vino. Pero Jesús rompió el estricto ritual que los judíos seguían para la cena pascual.

Toma Jesús un pan ácimo y les dice: “Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros”. Parte el pan y lo reparte entre los Apóstoles. Luego toma un cáliz con vino y les dice: “Tomad y bebed todos de él porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la Alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados.” Y lo da a beber a los Apóstoles. Y añade: “Haced esto en conmemoración mía.”

2. Traición de Judas

Judas, uno de los Doce, que sabía que los jefes buscaban una ocasión propicia para acabar con Jesús, se ofreció para entregárselo a cambio de treinta monedas de plata. Y aquella noche era la oportuna. Sabía que, acabada la cena, Jesús iría con los suyos a pasar la noche en el Huerto de los Olivos, lugar usado habitualmente por Jesús y los suyos para pernoctar. En aquel lugar, fuera de las murallas, y durante la noche, lejos del bullicio que siempre rodeaba a Jesús, podrían prender a Jesús sin problemas.

Todavía a la mesa, Jesús, turbado, les dice: “Uno de vosotros me va a entregar”. Se miran unos a otros ignorando de quién hablaba. Entonces Jesús se dirige a Judas: “Lo que has de hacer, hazlo pronto”. Y Judas sale de la estancia.

3. Getsemaní

Terminada la cena, se dirigen al Huerto de los Olivos, para pasar allí la noche. El grupo llega y se acomoda para dormir, pero Jesús llama a tres de ellos para que le acompañen, y se retira un poco del grupo. Los Apóstoles están acostumbrados a ver a Jesús pasar muchas noches en oración, sin dormir, pero esta vez es diferente. Jesús siente una tristeza terrible y llama a los tres para que le hagan compañía. Pero no resisten el cansancio y se duermen. Mientras, Jesús, de rodillas, ora a Dios diciendo: “Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya”. Jesús sabe perfectamente lo que le espera en las próximas horas. Lleno de angustia y con un sufrimiento atroz, insiste una y otra vez en su oración “Abba -papá-, si es posible..., pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.” Tan extrema llega a ser la tensión que soporta, que suda sangre. Los capilares sanguíneos se rompen y la sangre aflora por los poros de la piel. Jesús busca a sus amigos, pero sus amigos duermen, hasta que él mismo les despierta y les dice: “despertad, llega la hora”.

Los Apóstoles estarían preguntándose aún a qué hora se refería cuando ven llegar a Judas guiando un grupo de guardias del Templo, con antorchas, espadas y palos. Judas se dirige a Jesús y lo besa, entonces se acercan los guardias y le atan las manos. Los apóstoles, dejándole sólo, huyen corriendo.

Conducen a Jesús maniatado, ladera abajo hasta el torrente Cedrón, luego ladera arriba hasta entrar en Jerusalén, hasta la casa del Sumo Sacerdote. Allí, entre insultos y golpes, lo presentan ante el Sanedrín, el máximo órgano de gobierno de los judíos.

Hay que tener en cuenta que todos estos acontecimientos, desde la cena, se producen por la noche y que las horas pasan y pesan.

4. Ante el Sanedrín

Y comienza un juicio en la noche. Presentan testigos falsos, comprados, pero los testimonios no concuerdan. El Sumo Sacerdote, que preside el consejo, se pone en pie y se dirige a Jesús: “Te conjuro por Dios vivo a que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios”. Y Jesús responde: “Tú lo has dicho”. Entonces el sumo sacerdote se rasga los vestidos y dice: “¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos?”. Y todo el Sanedrín: “¡Es reo de muerte!”.

En ese momento comenzaron a escupirle en la cara, a abofetearle, a golpearle y a mofarse de él.

El mismo Jesús ha firmado su condena admitiendo que se considera a sí mismo Hijo de Dios. Pero el Sanedrín no tiene autoridad para ejecutar una sentencia de muerte. Esa autoridad sólo la posee el poder romano. Tienen que llevar a Jesús ante la justicia romana para que sea ella la que le condene a muerte. Sin embargo, a Roma le importa poco las cuestiones religiosas judías. A Roma no le importa, ni siquiera entiende, que uno se proclame a sí mismo Dios. Para ellos son simplemente palabras sin sentido, no condenarán a nadie por una cuestión así. El Sanedrín tiene que buscar una nueva acusación, que sea merecedora para la justicia romana de una condena a muerte.

No tienen que buscar mucho, le acusarán de traición y conspiración contra Roma, al proclamarse Rey, Mesías. Sabían que Jesús había huido de un mesianismo político, pero era una acusación perfecta para que le condenasen a morir.

5. Las negaciones de Pedro

Mientras tenía lugar el juicio en la casa del Sumo Sacerdote, fuera, en el patio, estaba Pedro. Había venido siguiendo a Jesús de lejos, escondido, aprovechando la oscuridad.

Jesús había hecho de Pedro el jefe de los Apóstoles. Durante la cena, Pedro había prometido a Jesús no abandonarlo nunca: “Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte”. Pero ya Jesús le había advertido de su debilidad: “Te digo, Pedro, que esta noche, antes de que el gallo cante, habrás negado tres veces que me conoces”.

Ya había empezado mal su promesa cuando en el Huerto de los Olivos fue incapaz de permanecer despierto junto a Jesús, que reclamaba el consuelo de su compañía. Luego, cuando los soldados del Templo detienen a Jesús, huye despavorido, como los otros. Ahora se ha acercado hasta el patio de la casa del sumo sacerdote y una criada lo reconoce: “También tú estabas con Jesús el Nazareno”. Pedro lo niega. Otra criada, dirigiéndose a los que están allí, insiste: “Éste estaba con Jesús el Nazareno”. Y Pedro vuelve a negar con juramento: “¡Yo no conozco a ese hombre!” Los presentes mantienen la acusación: “¡Ciertamente, tú también eres de ellos, tu misma habla te delata!”. Y Pedro lo niega de nuevo, imprecando y jurando. Es la tercera vez. En este momento canta el gallo, Pedro recuerda las palabras de Jesús, sale corriendo y llora amargamente.

6. Ante Poncio Pilato

A Jesús, ya amanecido el día, lo llevan hasta Poncio Pilato, el gobernador romano, buscando la sentencia de muerte. Pilato se da cuenta de que Jesús es inocente e intenta soltarlo. Pero, sorprendentemente, la muchedumbre, que pocos días antes quería hacer rey a Jesús, se ha reunido para pedir su muerte. Los poderosos miembros del Sanedrín, los sacerdotes y los ancianos, han conseguido persuadir a muchos para que pidan la muerte de Jesús. Gritan embravecidos: “¡Crucifícalo!”. Buscando complacer al gentío, Pilato manda azotar a Jesús.

El azote era un cruel castigo de los romanos. Desnudaban al reo y lo ataban por las manos a una columna, luego lo flagelaban entre dos soldados, con látigos, hechos de largas correas de cuero, de varias colas, con trozos de piedra incrustados. Muchos hombres no resistían este castigo y morían. Jesús pasa por el castigo, su cuerpo está literalmente destrozado.

Pero los soldados no se dan por satisfechos, no siempre tienen la oportunidad de flagelar a un “rey”, el rey de los judíos. Se reúnen todos en el patio y hacen corro al rey flagelado, que sangrante, no se tiene en pie. Está desnudo, traen un trapo, color púrpura, seguramente una clámide vieja, y se lo ponen encima. Alguno de ellos tiene la brillante idea de hacer una corona al rey. En Palestina crecen unos estupendos espinos con púas largas, duras y afiladas. Con este noble material trenzan una especie de corona, un casquete, y se lo colocan en la cabeza. La risa brota de los soldados que ante Jesús exclaman con sarcasmo: “¡Salve, rey de los judíos!” Y le abofetean. Algún otro busca una caña como cetro, que sirve también para golpear la cabeza y que las espinas fijen bien la corona.

Así, golpeado hasta la extenuación, cubierto con un manto color púrpura, coronado de espinas y todo ensangrentado, es presentado de nuevo a Pilato y al pueblo. Pero los judíos siguen gritando: “¡Crucifícalo!”

Y el poderoso Pilato, no queriendo tener tumultos en Jerusalén, lleno de peregrinos para la celebración de la fiesta de la Pascua, cede ante las presiones del Sanedrín. Se lava las manos delante de la gente diciendo: “Inocente soy de la sangre de este justo”. Y entrega a Jesús a la cruz.

7. Con la cruz

Pronunciada la sentencia de muerte preparan a Jesús para que él mismo transporte la pesada carga de la cruz, el instrumento de su muerte. Le colocan detrás de la cabeza el madero, apoyado en el cuello y en los dos hombros, con las manos atadas en sus extremos.

Jerusalén está llena de gente, han venido para comer la Pascua. Jesús, ensangrentado y lleno de hinchazones por los golpes, es rodeado por unos cuantos soldados romanos. Salen de la fortaleza con dirección a un lugar que está fuera de las murallas de la ciudad, el Gólgota o Calvario. El camino está lleno de gente. La aglomeración, los gritos, el calor sofocante, los empujones, todo hace más difícil el paso de Jesús.

Jesús está exhausto y cae al suelo. Tiene las manos atadas al madero, así que, cuando cae, da directamente con las rodillas y la cara en el suelo. Tiene la cara llena de heridas, de sudor y de tierra. Lo levantan y le hacen seguir. Aún cae dos veces más. Tiene la corona de espinas bien encajada en

la cabeza. El madero de la cruz, que se apoya en el cuello hace que las púas se claven más y más. Con cada golpe, sobre todo con las caídas, las púas hacen más profundas las heridas y reavivan el dolor.

8. Crucifixión

Así, tambaleándose, llega Jesús hasta un lugar elevado que llaman Calvario o Gólgota. Está fuera de la ciudad. Los soldados no tienen más que empujar un poco a Jesús para que se desplome sobre sus espaldas. Así, boca arriba, le desatan las manos, las extienden sobre el madero, cogen dos grandes clavos y a golpe de martillo, cosen las muñecas de Jesús al madero. Jesús grita de dolor. Atan el madero con un par de cuerdas y lo izan. Ya elevado clavan también los pies al madero vertical, que es fijo.

El cuerpo de Jesús cuelga de sus muñecas clavadas. El peso del cuerpo no lo deja respirar. Necesita enderezarse pero no puede, el dolor de los pies traspasados no le permite sujetarse y se va asfixiando poco a poco, despacio, mientras lo atormenta el dolor de los clavos. El tormento dura varias horas, desde el mediodía hasta las tres de la tarde.

IV. LA PASIÓN DEL ALMA

Hemos contado someramente la pasión de Jesús, pero sólo la pasión de su cuerpo, y no es la única. Junto a ella Jesús sufre otros tormentos más agudos y más dolorosos que los corporales. Jesús es un hombre verdadero, que no tiene sólo cuerpo, sino también alma, un alma verdaderamente humana para sufrir: primero el dolor de la injusticia, males a cambio de bienes; y segundo, el dolor de la soledad y el abandono.

¿A quién ha hecho daño Jesús? ¿A quién ha maltratado? ¿A quién ha negado su auxilio? ¿A quién no ha socorrido? Es el dolor de la injusticia, el dolor de ser tratado injustamente, y no por desconocidos, sino por la gente a la que se ama, a la que uno se ha entregado.

También le punza el alma el dolor de la soledad, del abandono. ¿Dónde están sus amigos? ¿Quién de ellos le acompaña?

Y una soledad más terrible para quien se sabe Hijo de Dios. El abandono de Dios. ¿Dónde está Dios? Dios ha abandonado a su Hijo a la voluntad homicida del hombre. Jesús grita desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Estas palabras, son las primeras de un antigua oración judía, de un salmo. Jesús lo hace suyo. Y la Iglesia, después, vio en ese salmo una profecía de la muerte de Jesús y una descripción de su sufrimiento interior.

Es conveniente ir comentando brevemente las palabras del salmo haciendo hincapié en los sufrimientos interiores del Señor -sobre todo, el abandono de Dios y de sus amigos-, así como en el cumplimiento de las palabras del salmo.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Estás lejos de mi queja, de mis gritos y gemidos.

*Clamo de día, Dios mío, y no respondes,
también de noche, sin ahorrar palabras.*

*¡Pero tú eres el Santo, entronizado
 en medio de la alabanza de Israel!
 En ti confiaron nuestros padres,
 confiaron y tú los libraste;
 a ti clamaron y se vieron salvos,
 en ti confiaron, y nunca quedaron confundidos.
 Yo en cambio soy gusano, no hombre,
 vergüenza del vulgo, asco del pueblo;
 todos cuantos me ven de mí se mofan,
 tuercen los labios y menean la cabeza:
 «Se confió a Dios, ¡pues que lo libre,
 que lo salve si tanto lo quiere!».
 Fuiste tú quien del vientre me sacó,
 a salvo me tuviste en los pechos de mi madre;
 a ti me confiaron al salir del seno,
 desde el vientre materno tú eres mi Dios.
 ¡No te alejes de mí, que la angustia está cerca,
 que no hay quien me socorra!
 Novillos innumerables me rodean,
 me acosan los toros de Basán;
 ávidos abren contra mí sus fauces,
 como leones que desgarran y rugen.
 Como agua me derramo,
 mis huesos se dislocan,
 mi corazón, como cera,
 se funde en mis entrañas.
 Mi paladar está seco como teja
 y mi lengua pegada a mi garganta:
 tú me sumes en el polvo de la muerte.
 Perros sin cuento me rodean,
 una banda de malvados me acorrالا;
 mis manos y mis pies vacilan,
 puedo contar mis huesos.
 Ellos me miran y remiran,
 reparten entre sí mi ropa
 y se echan a suertes mi túnica.
 Pero tú, Dios, no te alejes,
 corre en mi ayuda, fuerza mía,
 libra mi vida de la espada,
 mi persona de las garras de los perros;
 sálvame de las fauces del león,
 mi pobre ser de los cuernos del búfalo.*

(Sal 22, 2-22)

V. MUERTE DE JESÚS

Hace mucho calor. Jesús está puesto al sol, ya lleva allí mucho tiempo, está totalmente desnudo, ha perdido muchísima sangre, tiene la

boca reseca y dice: “Tengo sed”. Los soldados lo oyen y le dan vinagre. En realidad debía ser una especie de agua con vinagre que los soldados romanos bebían para calmar la sed.

Los judíos se mofan: “¿No dices que eres el Hijo de Dios? Pues que venga Dios y te salve?” Le han crucificado entre dos ladrones, como si fuese un criminal o un malhechor. Uno de ellos también le insulta: “No eres tú el Hijo de Dios? Pues sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros”.

San Juan relata así la muerte de Jesús:

Los soldados, después que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos, con los que hicieron cuatro lotes, un lote para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida de una pieza de arriba abajo. Por eso se dijeron: «No la rompamos; sino echemos a suertes a ver a quién le toca.» Para que se cumpliera la Escritura: «Se han repartido mis vestidos, han echado a suertes mi túnica.»

Y esto es lo que hicieron los soldados.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo.» Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa.

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dice:

«Tengo sed.»

Había allí una vasija llena de vinagre. Sujetaron a una rama de hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está cumplido.» E inclinando la cabeza entregó el espíritu.

Los judíos, como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado -porque aquel sábado era muy solemne- rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: «No se le quebrará hueso alguno.» Y también otra Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron.»

Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo. Fue también Nicodemo -aquel que anteriormente había ido a verle de noche- con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido

crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

(Jn 19, 23-42)

VI. CONCLUSIÓN

Estos son los hechos, lo que ocurrió con Jesús de Nazaret. Pero no nos vamos a quedar en narrar estos hechos, vamos a intentar descubrir el significado que tuvieron, no el que uno quiera darles, sino el significado real, el que les dio Jesús. Y ¿cómo podemos saber el significado que les dio Jesús? –Por sus palabras. Jesús habló de su muerte y de su significado. Lo dejaremos para la próxima catequesis.

VII. ORACIÓN FINAL E INVITACIÓN A LA ORACIÓN

Para terminar y, a modo de oración, podemos recordar algunas de las palabras del salmo 22.
Les pedimos que lo recen en sus casas.
Y rezamos el Ave María.

10º. “DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?”

–Esquema–

I. ORACIÓN

Texto de san Ambrosio: "Todo lo tenemos en Cristo..."

II. COMPOSICIÓN DE LUGAR

1. La pretensión de Jesús. Jesús se ha identificado con Dios
2. Sus obras manifiestan su identidad.
3. Hay tres posibles explicaciones para esta pretensión.
4. No parece ser un loco, debe ser un impostor: un blasfemo. Dificultad de la fe judía (unidad y trascendencia de Dios para aceptar el testimonio de Jesús).
5. El castigo de la blasfemia: la muerte.
6. Otra razón para buscar su muerte: razón política
7. La ocasión propicia

III. NARRACIÓN DE LA PASIÓN

1. Pascua judía y Última Cena
2. Traición de Judas
3. Getsemaní: -clamor y lágrimas
 -sangre
 -el sueño de los discípulos. "Es la hora".
 -prendimiento
 -huída
 -conducción
4. Ante el Sanedrín
5. Las negaciones de Pedro
6. Ante Poncio Pilato: -inocencia
 -azotes
 -corona
 -condena
7. Con la cruz
8. Crucifixión

IV. LA PASIÓN DEL ALMA

1. El dolor de la injusticia
2. El dolor del abandono de los amigos
3. El dolor del abandono de Dios
 Sal 22,2-22.

V. LA MUERTE DE JESÚS

1. "Tengo sed"
2. "¿No dices que eres el Hijo de Dios?"
 Jn 19, 23-42

VI. CONCLUSIÓN

VII. INVITACIÓN A LA ORACIÓN (PASIÓN Y SAL 22)

VIII. ORACIÓN FINAL (AVE MARÍA)

11º. “DOY MI VIDA, PARA RECOBRARLA DE NUEVO. NADIE ME LA QUITA; YO LA DOY VOLUNTARIAMENTE. TENGO PODER PARA DARLA Y PODER PARA RECOBRARLA DE NUEVO”

I. ORACIÓN

Vamos a empezar leyendo, a modo de oración unas palabras del profeta Isaías, unas palabras que profetizaron, muchos siglos antes, la muerte de Jesús:

*He aquí que prosperará mi Siervo,
será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera.
Así como se asombraron de él muchos
-pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre,
ni su apariencia era humana-,
otro tanto se admirarán muchas naciones;
ante él cerrarán los reyes la boca,
pues lo que nunca se les contó verán,
y lo que nunca oyeron reconocerán.
¿Quién dio crédito a nuestra noticia?
Y el brazo de Dios ¿a quién se le reveló?
Creció como un retoño delante de él,
como raíz de tierra árida.
No tenía apariencia ni presencia.
No tenía aspecto que pudiésemos estimar.
Despreciado, desecho de los hombres,
hombre doliente y conocedor de dolencias,
como de taparse el rostro por no verle.
Despreciable, y no le tuvimos en cuenta.
¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba
y nuestros dolores los que soportaba!
Nosotros le tuvimos por azotado,
herido de Dios y humillado.
Él ha sido herido por nuestras rebeldías,
molido por nuestras culpas.
Él soportó el castigo que nos trae la paz,
y con sus cardenales hemos sido curados.
Todos nosotros como ovejas erramos,
cada uno marchó por su camino,
y Dios descargó sobre él la culpa de todos nosotros.
Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca.
Como un cordero al degüello era llevado,
y como oveja, que ante los que la trasquilan está muda,
tampoco él abrió la boca.
Tras arresto y juicio fue arrebatado,
y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa?
Fue arrancado de la tierra de los vivos;
por las rebeldías de su pueblo ha sido herido;
y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba,*

*aunque no hizo atropello ni hubo engaño en su boca.
Mas le pareció bien a Dios quebrantarle con dolencias.
Si se da a sí mismo en expiación,
verá descendencia, alargará sus días,
y lo que plazca a Dios se cumplirá por su mano.
Por las fatigas de su alma verá luz, se saciará.
Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos,
y las culpas de ellos él soportará.
Por eso le daré su parte entre los grandes
y con poderosos repartirá despojos,
ya que indefenso se entregó a la muerte
y con los rebeldes fue contado,
cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes.*

(Is 52,13 – 53,12)

Fijaos qué bien describe el profeta Isaías a Jesús en la pasión: “...tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana... No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciado, desecho de los hombres, hombre doliente y conecedor de dolencias, como de taparse el rostro por no verle... Despreciable... Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca... indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado...”

II. LAS CAUSAS DE LA MUERTE DE JESÚS:

EL PECADO DEL HOMBRE Y LA VOLUNTAD DE DIOS

Pero el texto del profeta Isaías da a entender claramente que la muerte de Jesús no es sólo producto de la decisión de los dirigentes judíos, ni tampoco de la facilidad del pueblo para dejarse influenciar, cuando pide a Pilato la muerte de Jesús, ni tampoco de la decisión de éste, a sabiendas injusta, de conceder a los judíos lo que pedían. Hay otras causas que dan razón de la muerte de Jesús: el pecado de los hombres, no sólo de aquellos, sino de todos, que cae sobre él. Y, además, la voluntad de Dios.

Mirad cómo afirma el profeta que Jesús sufría por causa del pecado de todos: “eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba... herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados... por las rebeldías de su pueblo ha sido herido... Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos, y las culpas de ellos él soportará... Él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.”

Y mirad como afirma también que todo fue voluntad de Dios: “Dios descargó sobre él la culpa de todos nosotros... le pareció bien a Dios quebrantarle con dolencias... lo que plazca a Dios se cumplirá por su mano...”

Jesucristo ha muerto de una forma atroz. Su muerte tiene unas causas inmediatas –la decisión de los dirigentes judíos, la volubilidad del pueblo, la inhibición de Pilato... – Pero tiene otras causas anteriores: el pecado de los hombres y la voluntad de Dios, su Padre.

En efecto, todos los hombres pecamos y la consecuencia del pecado es la muerte. Todos, por tanto, estábamos destinados a la muerte eterna, a la lejanía radical de Dios que es el infierno. Pero Dios ha querido salvar al hombre y para eso ha descargado en su Hijo hecho hombre, el pecado de todos los hombres.

Cristo ha ocupado el lugar de los hombres, nuestro lugar, tu lugar.

III. LA INTERPRETACIÓN QUE JESÚS DA A SU MUERTE

En el mismo Evangelio tenemos la prueba de que la pasión y muerte de Jesús ocurrieron conforme al plan de Dios de salvar a los hombres.

1. Los Anuncios de la pasión: Jesús camina hacia su muerte

Tres veces había anunciado Jesús a los Apóstoles que los jefes del pueblo lo matarían. Tres veces de forma clara y rotunda, otras muchas de forma velada.

El evangelio de san Mateo narra así el primer anuncio que Jesús hace de su pasión:

Comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!» Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!

(Mt 16,21-23)

Es fácil comprender la reacción de Pedro. Él quiere a Jesús, espera que su maestro sea un mesías triunfador y eso no casaba con que fuese a morir. Pero es necesario fijarse en la réplica de Jesús: “tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”. ¿Qué significa esta respuesta? Jesús viene a afirmar que su muerte no va a ser sólo la conjunción de unas causas humanas, sino lo que Dios ha pensado para él, es decir: lo que Dios quiere de él.

El mismo Mateo cuenta con estas pocas palabras la segunda vez que Jesús anuncia su muerte:

Yendo un día juntos por Galilea, les dijo Jesús: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; le matarán, y al tercer día resucitará.» Y se entristecieron mucho.

(Mt 17,22-23)

Y así, mientras Jesús se dirige a Jerusalén, a celebrar la fiesta judía de la pascua, hace el tercer y último anuncio. Después de este anuncio,

cuando Jesús llegue a Jerusalén, los acontecimientos se van a precipitar uno tras otro:

Cuando iba subiendo Jesús a Jerusalén, tomó aparte a los Doce, y les dijo por el camino: «Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, para burlarse de él, azotarle y crucificarle, y al tercer día resucitará.»

(Mt 20,17-19)

En las tres ocasiones, Jesús añade, al anuncio de su muerte, otro más: que al tercer día resucitará. Y conforme a lo que veníamos diciendo, hay que destacar que no sólo está dentro del plan de Dios Padre la muerte de Jesús, sino que Jesús conoce perfectamente este plan y así lo anuncia, para desesperación de los discípulos, que no entendían nada. Jesús sabe, por tanto, dónde se dirige. Su pasión y muerte no son un imprevisto en su misión.

En la narración de la pasión que hacíamos el último día, había dos escenas que dan luz sobre la conciencia que tiene Jesús de lo que va a ocurrir. La primera es la Cena Pascual, la “Última Cena”. La segunda es la oración de Jesús en el Huerto de los Olivos, en Getsemaní.

2. La última cena: Jesús se entrega libremente

En el Evangelio de san Lucas, la Última Cena viene enmarcada por estas significativas palabras de Jesús:

Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles y les dijo: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios.»

(Lc 22,14-16)

Así, Jesús muestra que los acontecimientos que van suceder no son sólo parte del plan de Dios Padre, que él conoce, sino que además asiente y desea que ese plan se realice.

Y sigue poco después:

Tomó luego pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en conmemoración mía.» De igual modo, después de cenar, tomó la copa, diciendo: «Esta copa es la nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.»

(Lc 22,19-20)

Con estas palabras el Señor instituye el sacramento de la Eucaristía, pero, a la vez expresa el significado de su muerte en cruz, de su cuerpo destrozado y de su sangre derramada: su cuerpo se entrega por los hombres, en su favor, en su lugar. Su sangre se derrama por los hombres, en su favor y en su lugar.

Aunque los Apóstoles no terminarán de comprenderlas hasta después de ver a Jesús en la cruz, con la carne “rota” y la sangre derramada. Más

aún, no las comprenderán hasta que no vean esa misma carne resucitada, con una vida nueva, glorificada.

3. El Huerto de los Olivos: la realidad de la cruz

Después de la Última Cena, ya en el Huerto de los Olivos escuchamos estas palabras que Jesús dirige a Dios, como a su Padre:

Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a sentir tristeza y angustia. Entonces les dice: «Mi alma está triste hasta el punto de morir; quedaos aquí y velad conmigo.» Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra, y suplicaba así: «Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú.» Viene entonces a los discípulos y los encuentra dormidos; y dice a Pedro: «¿Conque no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, para que no caigáis en tentación; que el espíritu está pronto, pero la carne es débil.» Y alejándose de nuevo, por segunda vez oró así: «Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, hágase tu voluntad.» Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados. Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras.

(Mt 26, 37-44)

Por tres veces vemos aquí a Jesús, en medio de la angustia y la tristeza, pidiendo a su Padre que, si es posible le evite el sufrimiento que le viene encima. Esto puede parecer contradictorio con las palabras de Jesús que oímos antes: «Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer...». Pero no es así. Jesús como Hijo de Dios y Dios verdadero es uno con el Padre, un solo Dios, con una única voluntad: la de salvar al hombre con su propia muerte. Pero no hay que olvidar que Jesús es un hombre de verdad y siente la angustia y el temor propios de la naturaleza humana. Esto da un valor más grande al sacrificio de la cruz. La cruz no es una pantomima. Allí sufre, y sufre de verdad, el Hijo de Dios hecho hombre. No es un teatro.

4. Jesús, Buen Pastor

En el Evangelio de san Juan tenemos otro testimonio de que la muerte no sólo es conocida, sino buscada por Jesús, para salvar al hombre.

*Yo soy el buen pastor;
y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí,
como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre
y doy mi vida por las ovejas.
También tengo otras ovejas, que no son de este redil;
también a éstas las tengo que conducir
y escucharán mi voz;
y habrá un solo rebaño, un solo pastor.
Por eso me ama el Padre,
porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo.
Nadie me la quita;*

*yo la doy voluntariamente.
Tengo poder para darla
y poder para recobrarla de nuevo;
esa es la orden que he recibido de mi Padre.»*
(Jn 10, 14-18)

5. Conclusión

En fin, muchos detalles de los Evangelios podríamos traer para mostrar cómo Jesús camina libremente hacia el desenlace trágico de su vida, por obediencia a la voluntad de su Padre. Aún con el sufrimiento y la resistencia propia de un hombre, al que repele la muerte, la soledad, la injusticia, el abandono y el abandono de Dios, él se entrega a la muerte porque quiere.

Esta es la causa de la muerte de Jesús. Es cierto que son los judíos los que le juzgan, le condenan injustamente, etc. Pero es Dios mismo el que entrega a su Hijo a sus manos homicidas, porque quiere. Y es el mismo Jesús el que se entrega.

IV. EPÍLOGO

Y ¿qué busca Jesús entregándose a la muerte? ¿Qué busca Dios Padre entregando a su Hijo a la muerte? –El perdón de los pecados de los hombres. Acordaos de sus palabras: “Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados”.

El pecado es un acto de desobediencia y de desconfianza, que hierde, ofende, el amor infinito de Dios, que produce en Dios una herida proporcional a su amor infinito. Esto se entenderá mejor si uno observa que una ofensa cualquiera, un acto de desconfianza por ejemplo, se aprecia como más grave si la hace alguien querido y cercano. Pues en un amor infinito, en el de Dios, una pequeña herida es una herida infinita. El pecado del hombre provoca en “el corazón” de Dios una herida infinita.

¿Cómo se restaura en una relación humana una herida en el amor? – Con un acto positivo de amor, proporcional a la herida causada anteriormente. Jesús, verdadero hombre, cura esta herida de incalculable dolor producida por el hombre en el “corazón” de Dios. Y lo hace con un acto de amor perfecto, de obediencia total, de confianza absoluta: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu”. Jesús muere, y su muerte es consecuencia de la obediencia, de la confianza y del amor perfecto con que ama a Dios. Jesús, hombre verdadero, *“aun siendo Hijo, por los padecimientos aprendió la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen”* (Hb 5,8-9). Llegó en la cruz a la perfección del amor a Dios, en la prueba más dura del amor, que es la prueba de la oscuridad y del abandono. La desconfianza de Adán y su desobediencia junto al árbol ha sido reemplazada por la confianza, en medio de la absoluta oscuridad, y por la obediencia en el árbol de la cruz. El desamor ha sido convertido en amor, y amor perfecto. “Él ha pagado por todos al Eterno Padre la deuda de Adán”. El Hijo de Dios ha restituido a Dios el amor debido por todos los hombres. Y lo ha hecho como Hijo eterno que es, pero como Hijo eterno,

“Dios de Dios”, que se ha hecho hombre, para pagar por el hombre lo que el hombre no podía. Ha amado a Dios Padre como hombre verdadero: con una naturaleza humana, con un corazón humano. Ha llevado al hombre, asumido en el seno de la Virgen María, a la perfección del amor, restituyendo la deuda de amor contraída por el mismo hombre.

Pero el pecado del hombre no sólo ha dañado el corazón de Dios, vulnerable por su gran amor, sino también al mismo hombre. El hombre al pecar, ha roto libremente, en un acto de desobediencia y de desconfianza, la relación con Dios, la comunión con Dios. En esa comunión, el hombre recibía de Dios la Vida, la Vida con mayúsculas, la felicidad de una vida dichosa, llamada a crecer hasta alcanzar la total plenitud de la vida divina. Pero al romper la comunión con Dios con el pecado, el hombre ha perdido la vida y se ha encontrado con la muerte: “... *por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte*” (Rm 5,12).

El hombre, creado con infinito amor para una vida perfecta, se ha encontrado con la muerte. Más aún, se ha encontrado con la incapacidad de volver a reestablecer la comunión con Dios, incapaz de reestablecer el camino a la vida para la que ha sido creado y que ansía. Porque ¿quién podrá alcanzar a Dios? La historia de la humanidad da muestras de continuos intentos del hombre por restablecer esta relación. Este es el intento de las religiones, es el intento también de los filósofos, que han buscado la verdad, es el intento de cada hombre que busca una vida feliz, que busca el amor de un esposo o de una esposa, donde su alma pueda descasar. Pero todos estos intentos se encuentran, al final, con el dolor, con la enfermedad, con un amor demasiado pequeño y frágil para lo que exige el alma. Se encuentra finalmente e irremisiblemente con la muerte, la de los seres queridos y con la propia.

Y la muerte, que se ha introducido en la vida del hombre cuando ha roto la relación con Dios, no sólo es la muerte biológica, el daño ha afectado a todo el hombre, ha dañado su inteligencia, que recibía de Dios la luz para mirar la realidad y comprenderlo todo. Ha afectado su voluntad que se ha vuelto frágil y voluble. Muchas veces el hombre quisiera ser más generoso, pero no puede; quisiera saber perdonar, pero es incapaz de hacer desaparecer su ira; quisiera ser más paciente y no lo consigue. Está como encadenado, esclavo de sus pecados, ya le es imposible salir de ellos. Esa es la consecuencia del primer pecado. E incapacitado de salir de su pecado, su único horizonte es la lejanía definitiva de Dios: la muerte eterna. Pecado, muerte e infierno, un círculo vicioso del que el hombre, encadenado por el diablo, no podía salir.

Pero Dios ama al hombre, lo ama con toda la fuerza y toda la intensidad de su ser infinito, eterno y perfecto. Por eso, desde el principio, Dios no abandonó al hombre al poder de la muerte, sino que prometió salvarlo. Y así, comenzó una historia que había de conducir a la venida de Cristo. Es una historia de amor, una historia de salvación. En efecto, eligió un pueblo, Israel y lo fue preparando para enviar a su Hijo. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, al llegar el tiempo determinado por Dios, según su infinita sabiduría, envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley:

Jesús, para rescatar a los que estaban bajo la ley y para hacerles hijos por adopción (Cf. Gal 4,4).

Ya antes del pecado, antes incluso de crear, había decidido Dios hacer al hombre de tal forma que pudiese llegar a ser “hijo suyo”, partícipe de su vida, de su amor, de su gloria. Y el pecado no consiguió que Dios diese marcha atrás de este su designio sobre el hombre. Y ya entonces Dios Padre decidió enviar a su Hijo hecho hombre para que librara al hombre del pecado y de la muerte y para, además, hacerlo hijo suyo.

Desde entonces determinó Dios que su Hijo muriera por la salvación del hombre, del género humano, de cada hombre, amado por él de forma singular y personal, por tu salvación y por la mía.

Y así, conforme al previo designio de Dios, Jesucristo se entregó a la muerte en un acto de obediencia suprema y de amor extremo opuesto al acto del primer pecado. Y, si por el pecado de uno, por la desobediencia de Adán, entró la muerte en el mundo, por el acto de amor perfecto y de la obediencia de Cristo, entró en el ámbito de la muerte, en el mundo dominado por el pecado, en el hombre destinado a morir, la vida divina, la vida eterna.

Y muriendo destruyó nuestra muerte, resucitando restauró la vida.

Así es. La muerte no pudo contener en su seno al hombre-Dios. La muerte, negación del amor, exclusión del amor de Dios, no pudo retener al que como hombre verdadero había amado hasta el extremo. Y al tercer día, aquel que había muerto, cuyo cuerpo fue destruido por los pecados de todos los hombres, resucitó. Resucitó por el propio poder de su divinidad, por el propio poder de su humanidad llevada a la perfección del amor divino, y resucitó no para la vida anterior, sino para una vida eterna, no para una vida terrena, sino para una vida celeste, para la vida divina. Y si había muerto como hombre y como hombre había amado a Dios y a los hombres, también resucitó como hombre, pero un hombre totalmente divinizado, sin relación alguna ya con el pecado, que no puede volver a morir. Y si él amó por todos, y por todos murió, también resucitó por todos. Él es el primero que venció la muerte, pero la vencerán con él todos los que creyendo en él sigan sus huellas, las huellas del amor perfecto, las huellas de la cruz.

Él ha abierto el camino, es el primero, “el Primogénito de entre los muertos”, el primero de muchos hermanos. Porque si es verdad que resucitó, tal como lo había anunciado a los Apóstoles (“El Hijo del hombre debe sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día.”), también es verdad que todo el que crea en él, será por él salvado, rescatado y resucitado para la vida eterna, tal como lo prometió (“... el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá”). Él ha destruido la muerte, es el Señor del Universo, tiene poder sobre todo y sobre todos, ha vencido en la lucha contra el diablo por nosotros, que ni siquiera éramos capaces de plantar batalla.

“Entérate –dice san Juan Crisóstomo– ahora cómo esta victoria fue lograda sin esfuerzo ni sudor por nuestra parte. Nosotros no tuvimos que ensangrentar nuestras armas, ni resistir en la batalla, ni recibir heridas, ni tan siquiera vimos la batalla, y, con todo, obtuvimos la

victoria; fue el Señor quien luchó, y nosotros quienes hemos sido coronados.”

Este es el Evangelio, la buena nueva: Aquel que murió en la cruz ha resucitado. Cristo Jesús ha resucitado y tiene las llaves de la muerte. Se hizo hombre por ti, estuvo treinta años viviendo ocultamente por ti, por ti enseñó, predicó e hizo milagros. Por ti murió y para ti resucitó. Para que creas en él, lo sigas y tengas vida eterna, ya aquí ahora en primicias, después de la muerte en plenitud y para siempre.

Jesús ha conquistado para ti la vida eterna. Él te la ofrece como un don gratuito. No tienes que pagar tú por ella. Ya ha pagado él con su sangre. ¿Cómo hacerla tuya? Creyendo en él y siguiéndole.

Como oración final repetiremos algunas de las palabras del profeta Isaías, subrayando ahora aquellas que aunque sea veladamente son una promesa de la resurrección:

*He aquí que prosperará mi Siervo,
será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera.*

...

*Si se da a sí mismo en expiación,
verá descendencia, alargará sus días,
y lo que plazca a Dios se cumplirá por su mano.
Por las fatigas de su alma verá luz, se saciará.*

...

*Por eso le daré su parte entre los grandes
y con poderosos repartirá despojos,
ya que indefenso se entregó a la muerte
y con los rebeldes fue contado,
cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes.*

Y rezamos el Ave María

11º. “DOY MI VIDA, PARA RECOBRARLA DE NUEVO. NADIE ME LA QUITA; YO LA DOY VOLUNTARIAMENTE. TENGO PODER PARA DARLA Y PODER PARA RECOBRARLA DE NUEVO”

–Esquema–

I. ORACIÓN

Is 52,13 – 53,12

II. LAS CAUSAS DE LA MUERTE DE JESÚS: EL PECADO DEL HOMBRE Y LA VOLUNTAD DE DIOS (Siguiendo la lectura anterior de Isaías)

- Causas inmediatas de la muerte de Jesús y verdaderas causas (El pecado del hombre y la voluntad salvífica de Dios)
- Dios ha querido salvar al hombre descargando sobre su Hijo hecho hombre el pecado de todos. Cristo ha ocupado el lugar de todos los hombres, tu lugar.

III. LA INTERPRETACIÓN QUE JESÚS DA A SU MUERTE

1. Los Anuncios de la pasión: Jesús camina hacia su muerte
 - Mt 16,21-23
 - Mt 17,22-23
 - Mt 20,17-19
2. La última cena: Jesús se entrega libremente
 - Lc 22,14-16
 - Lc 22,19-20
3. El Huerto de los Olivos: la realidad de la cruz
 - Mt 26, 37-44
4. Jesús, Buen Pastor
 - Jn 10, 14-18
5. Conclusión

IV. EPÍLOGO

- ¿Qué busca Jesús? ¿Qué fin persigue? –El perdón de los pecados.
- La herida del pecado y la reparación del amor perfecto.
- El amor perfecto significa la perfección del hombre
- El amor perfecto como respuesta a los dos efectos del pecado (la ofensa a Dios y la degradación de la naturaleza humana)
- El amor perfecto y la perfección de la naturaleza humana significa la superación de la muerte. Por eso: “muriendo destruyó la muerte, y resucitando restauró la vida”.
- Cristo resucitó
- Y se convirtió en el “primogénito” de entre los muertos. Él ha vencido por nosotros y para nosotros.

V. ORACIÓN

- San Ambrosio
- Ave María

12º. “HABIENDO AMADO A LOS SUYOS QUE ESTABAN EN EL MUNDO, LOS AMÓ HASTA EL EXTREMO”

De forma excepcional esta catequesis se leerá,
eso sí con vivacidad.

I. ORACIÓN

Hoy empezaremos encomendándonos a la Virgen María
(Ave María)

II. RECAPITULACIÓN: ¿QUÉ BUSCA JESÚS MURIENDO EN LA CRUZ?

En la catequesis última mirábamos la Cruz de Jesús como algo libremente asumido por él: *“Nadie me quita la vida, yo la entrego voluntariamente”*.

¿Qué buscaba Jesús con eso? Dos cosas. La primera, amar a su Padre, como Dios deber ser amado, con perfección. En la cruz Cristo lleva a su plenitud el amor humano a Dios, en perfecta obediencia. Con ese amor humano llevado a la máxima perfección Jesucristo ama a Dios como Dios merece.

La segunda cosa que busca es la salvación del hombre. Porque amando con perfección a Dios, alcanza la perfección humana. El hombre perfecto es Cristo que ama a Dios sin reserva. Y esta perfección humana destruye la muerte y alcanza la resurrección. Así, cura la herida mortal que el pecado había dejado en el hombre, lo salva de la muerte, destruyéndola.

III. ¿QUÉ LE MUEVE A JESÚS? – UN AMOR EXCLUSIVO A CADA HOMBRE

Ahora hemos de hacernos una pregunta más. ¿Por qué quiere salvar al hombre, si el hombre mismo se ha hecho responsable de su muerte? ¿Qué le mueve a Dios Padre a entregar a su Hijo? ¿Y qué le mueve al Hijo? ¿Por qué quiere salvar al hombre a costa de su vida?

Sólo hay una respuesta: el amor, el amor de Dios Padre y de Jesucristo a los hombres.

Esto es lo que queremos decir hoy: Si algo significa la cruz, y todos los sufrimientos del cuerpo y del alma que la acompañan, si algo muestra, si algo expresa, es el amor de Dios al hombre, el amor de Jesucristo por el hombre.

Y entendamos bien en qué consiste este amor de Cristo a los hombres. ¿Consiste en que Dios ama al género humano, a la naturaleza humana? –No. ¿Consiste en que ama al conjunto de los hombres? –No. El amor de Jesucristo por el hombre, el que le lleva a la cruz, consiste en un amor a cada hombre, amor único a cada hombre. A Jesucristo le mueve un amor exclusivo y total para cada persona, para cada uno de nosotros. En la cruz Cristo nos ama a cada uno de forma exclusiva, como exclusivo es el amor de un esposo por su esposa. Él ama y muere por cada hombre, muere por amor a ti y a mí. En la cruz él te ama, conociendo tu nombre, tu historia, tus virtudes, tus pecados, tus manías. Te ama conociéndote como ni siquiera tú te conoces.

IV. EL AMOR DE DIOS EN LA HISTORIA QUE HACE CON SU PUEBLO

Dios no dejó nunca de amar al hombre con el amor infinito que él posee. Se lo mostró a Israel de mil formas, intentando atraerlo hacia él. Toda la historia de Israel es una historia de amor: de amor de Dios y de desprecio de su pueblo. Dios mostró un amor fiel y misericordioso. Fiel, inquebrantable, porque lo mantuvo a pesar de los muchos pecados de su pueblo, de la infidelidad y de la traición. Misericordioso, porque se entrega a quien no lo merece, a los miserables. Recordemos el texto del profeta Isaías:

*Voy a cantar a mi amigo
la canción de su amor por su viña.
Una viña tenía mi amigo
en un fértil otero.
La cavó y despedregó,
y la plantó de cepa exquisita.
Edificó una torre en medio de ella,
y además excavó en ella un lagar.
Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones.
Ahora, pues, habitantes de Jerusalén
y hombres de Judá,
venid y juzgad entre mi viña y yo:
¿Qué más se puede hacer a mi viña que yo no se lo haya hecho?*
(Is 5,1-4)

El Antiguo Testamento está lleno de pasajes que revelan este amor de Dios, misericordioso y fiel, que conduce a su pueblo, a pesar de sus muchas traiciones: *“Ya habéis visto -dice Dios a su pueblo tras sacarlo de la esclavitud de Egipto- lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí”* (Ex 19,4). Y hablando de las maravillas realizadas para liberar a Israel y darle después la tierra de Palestina, se dice: *“Desde el cielo te ha hecho oír su voz para instruirte... Porque amó a tus padres y eligió a su descendencia después de ellos, te sacó de Egipto personalmente con gran fuerza, desalojó ante ti a naciones más numerosas y fuertes que tú, te introdujo en su tierra y te la dio en herencia, como la tienes hoy.”* (Dt 4,36.37-38). Y en el mismo libro leemos: *“No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha encariñado Dios de vosotros y os ha elegido, pues sois el menos numeroso de todos los pueblos; sino por el amor que os tiene y por el juramento hecho a vuestros padres, por eso os ha sacado Dios con mano fuerte y os ha liberado de la casa de servidumbre, del poder de Faraón, rey de Egipto. Has de saber, pues, que tu Dios es el Dios verdadero, el Dios fiel que guarda la alianza y el amor por mil generaciones a los que le aman.”* (Dt 7,7-9)

V. LAS PROFECÍAS DE UN AMOR MÁS GRANDE Y SU CUMPLIMIENTO

Pero ahora, con su Hijo hecho hombre, Dios muestra su amor de la forma más tremenda: entrega a su Hijo por las criaturas, al inocente por los culpables. Por medio del profeta Jeremías había anunciado: *“Con amor eterno te he amado, por eso he reservado gracia para ti”* (Jr 31,3). Y así Dios reservó la mayor gracia, el mayor acto de amor, para el tiempo de la venida

de su Hijo. Y ese acto de amor es la entrega de su Hijo Amado. Nadie podía imaginar tanto amor. La cruz es un grito de amor de Dios a los hombres. Desde la cruz, Dios te grita a los oídos y te susurra en el alma: “Te quiero”.

Ahora, en la cruz, el Hijo muestra toda la grandeza de su amor. Antes de morir, despidiéndose de los suyos, les había dicho: *“Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros... Nadie tiene amor más grande que el que da que el que da la vida por sus amigos”* (Jn 15,9.13). La cruz es un grito de amor de Cristo al hombre. En la cruz se cumple la profecía de Isaías: *“¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin complacerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas llegasen a olvidar, yo no te olvido. Míralo, en las palmas de mis manos te llevo tatuada.”* (Is 49,15-16)

VI. LA LLAMADA DE DIOS DESDE LA CRUZ

La cruz es un grito de amor, con el que Dios intenta romper la sordera del hombre. ¿Qué sordera? La que nos impide reconocer la llamada de quien nos ama, del único capaz de darnos el amor que necesita nuestra alma:

*“¡Oh vosotros, los sedientos, venid por agua,
también los que no tenéis dinero.
Venid, comprad y comed pan.
¡Sin dinero y sin pagar, vino y leche!
¿Por qué gastar dinero en lo que no es pan,
y vuestro jornal en lo que no sacia?
Hacedme caso y comed lo mejor,
y os deleitareis con manjares succulentos.
Dadme oídos y venid a mí,
escuchadme y vivirá vuestra alma”*

(Is 55, 1-3a)

El hombre está sordo ante la llamada de Dios, sordo y ciego; cree o que Dios no existe, o que nada puede para hacer feliz al hombre; o que es un ser justiciero, o que viene a robarle su libertad, o a fastidiarle la vida. Para deshacer esta ceguera Dios eleva a su Hijo ante vuestros ojos, como si dijese: “Mirad, este soy yo, quien os ama hasta morir”.

Hasta ahora, Dios ha hecho con cada uno de vosotros una historia de amor, como la hizo con el antiguo Israel. Quizá os parezca que vuestra vida es sólo el resultado azaroso de miles de circunstancias, pero algún día contemplaréis que no existe nada casual en vuestra historia personal. Dios lleva la historia, no sólo la historia general del mundo, o la de su antiguo pueblo, sino la historia del nuevo Israel, la de la Iglesia y la de cada hombre. Y nada es casual. Eso sí, Dios lleva la historia de tal forma que no contradice la libertad con la que nos crea. Pero, respetando nuestra libertad, nos va poniendo cerco para que en un momento de nuestra vida, al levantar los ojos, nos encontremos con la Cruz de Cristo y conozcamos su amor.

Hasta ahora, Dios ha hecho contigo una historia de amor, aunque quizá pienses que es una historia sin sentido, con demasiado dolor. Y quizá sea éste el momento que él ha previsto para que levantes los ojos del alma y contemples su amor por ti. Mira a Cristo, crucificado por ti y escucha el

grito del amor de Dios. Deja que su voz rompa tu sordera, escucha el amor que te tiene: “Míralo, en las palmas de mis manos te llevo tatuada.”

Entregándose a la muerte, Jesucristo muestra su amor. Por eso san Juan, en su evangelio, comienza el relato de la Pasión con estas palabras: *“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (Jn 13,1)

No se explica que el Hijo de Dios se entregase voluntariamente a una muerte tan atroz como la que él sufrió, para otorgar al hombre el perdón de los pecados y abrirle el camino de la vida eterna, si no es por amor. Y no por cualquier tipo de amor, sino por un amor desconocido entre los hombres hasta ese momento, un amor total y gratuito.

A) Un amor total

Es total porque no encuentra ninguna barrera que lo pare, ni siquiera la misma muerte. Al contrario, aquí el que ama se entrega a la muerte para destruir con la fuerza de su amor la misma muerte. Éste es el único amor que se ha mostrado más fuerte que la muerte, porque, si es verdad que muchos hombres habrán dado su vida por el ser amado, también lo es que ninguno de ellos ha sido capaz de vencer la muerte. Sólo el amor perfecto de Cristo ha hecho verdad lo que ansía el corazón del hombre, lo que el Libro del Cantar de los Cantares, otro libro de la Sagrada Escritura, había expresado de forma tan bella:

*“Ponme como un sello en tu corazón,
como un sello en tu brazo.
Porque es fuerte el amor como la muerte,
implacable la pasión como el seol.
Flechas de fuego sus flechas,
una llama de Dios.
No pueden los torrentes apagar este amor,
ni los ríos anegarlo.
Si alguien quisiera comprar este amor con todos los bienes de su casa,
se granjearía el desprecio.”*

(Ct 8,6-7)

El Cantar de los Cantares es un libro de poemas de amor entre un Amado y su Amada. Aquí se habla de un amor tan intenso que ha sellado, ha grabado en el corazón del Amado la figura de la Amada. Mirad a Cristo, tiene el costado abierto y el corazón herido por la lanza del soldado, como sello de su amor.

Aquí se habla de un amor tan fuerte como la misma muerte, como el seno de la muerte, el seol, que no devuelve a nadie a la vida. Un amor que es como el fuego, como flechas de fuego, que incendian el alma: “Flechas de fuego sus flechas, una llama de Dios”. Se habla del amor como de un fuego que ni las aguas de los ríos pueden sofocar. ¿Y qué amor es éste que no es apagado ni con la muerte? ¿Qué amor es ese que ha vencido la muerte? –Ese amor es el de Cristo, que ha resucitado.

El amor que aquí se canta es el de Cristo por el hombre, un amor gravado en su corazón con la lanza del soldado, un amor más fuerte que la muerte, un amor que ha vencido la muerte.

B) Un amor gratuito

Este amor es también gratuito, porque ¿qué hay en el hombre que pueda atraer el amor de Dios? En el alma del hombre surge el amor al contemplar un bien para sí. Uno empieza a amar a otra persona cuando contempla en ella una ganancia para sí. Sin embargo, ¿qué atracción podía experimentar el Hijo de Dios por nosotros? Que cada uno piense qué hay en él que pudiera hacer surgir en Cristo el amor. Nada. Por eso su amor es gratuito. Él mira al hombre y no lo contempla como un bien para sí, como quien pueda saciar alguna carencia suya, alguna necesidad de su corazón. Él ama al hombre no por lo que puede darle, sino por él mismo. Este tipo de amor es el que observamos muchas veces en una madre, que no ama a su hijo por lo que pueda darla, sino porque es su hijo. Quizá el hijo no pueda dar nada a su madre, quizá sea un mal hijo, pero la madre sigue amándolo, no por lo que vale, sino por lo que es, porque es su hijo. Es un amor gratuito, el amor que hace posible el sacrificio, que hace posible la entrega de la vida.

El amor que Cristo ha mostrado al hombre es este tipo, totalmente gratuito, nada tenía el hombre que ofrecer a Cristo. El Hijo de Dios amó así a cada hombre en la cruz. No te ama por lo que puedas darle, sino por lo que eres: un hombre, pensado y amado desde toda la eternidad para llegar a participar del amor de Dios.

C) Un amor asombroso

Esta gratuidad total de su amor es lo que lo hace tan asombroso. En el Cantar de los Cantares, dice en una ocasión Cristo:

*“Me robaste el corazón, hermana mía, novia mía,
me robaste el corazón con una mirada tuya. ...
¡Qué hermosos tus amores, hermana mía, novia mía!
¡Qué sabrosos tus amores!”*

(Ct 4,9-10)

D) La respuesta a un amor así

Uno no puede sino asombrarse ante un amor así, el del Hijo de Dios por mí. Realmente resulta increíble que el Hijo de Dios nos ame de esta forma. Parece increíble y, sin embargo, no lo podemos negar. Cuando nos parece imposible, miramos la cruz y vemos el efecto palpable de ese amor, para que no podamos dudar. No podemos entender cómo es posible que el hombre, tan imperfecto, haya podido robar a Dios el corazón, pero ahí está, cosido a la cruz por amor nuestro. Sólo podemos asombrarnos, llenos de estupor y de agradecimiento, y amar el Amor.

La cita que traíamos antes del Cantar de los Cantares decía al final: *“Si alguien quisiera comprar este amor con todos los bienes de su casa, se granjearía el desprecio”*. Es tan grande este amor, que no habríamos podido comprarlo con nada nuestro, ni con nuestro dinero, ni con nuestra misma

sangre. Querer comprarlo con algo nuestro habría sido despreciarlo. Sólo podemos asombrarnos y agradecer, dejarnos amar y amarlo.

VII. MÁS SOBRE EL AMOR ASOMBROSO Y GRATUITO DE CRISTO

Así pues, Cristo ha mostrado a cada hombre, a cada uno de nosotros, un amor total y gratuito. En ningún lugar está esto dicho de una forma más expresiva que en San Pablo:

“Cuando todavía estábamos sin fuerzas, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos. En verdad, apenas habrá quién muera por un justo; por un hombre de bien quizá alguien se atreviera a morir. Mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros... Sí, cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo...”

(Rm 5,6-10)

El razonamiento de San Pablo no admite discusión: la prueba de que Dios nos ama es que cuando éramos pecadores, enemigos suyos, entregó, por nosotros, a su Hijo a la muerte. El amor de Dios es para con el hombre total y gratuito. No es un amor que cualquiera de nosotros haya merecido con su esfuerzo. Ningún hombre se ha hecho grato a los ojos de Dios, hasta el punto de merecer que el mismo Dios hecho hombre muera de amor por Él.

La cruz es el acto más grande del amor de Dios Padre y del amor de Cristo por mí. Es la expresión del amor perfecto al hombre. Porque nos amó, quiso salvarnos asumiendo las consecuencias de nuestros pecados: “Eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba... herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas... por las rebeldías de su pueblo ha sido herido... él llevó el pecado de muchos e intercedió por los rebeldes... Dios descargó sobre él la culpa de todos nosotros...”.

Dios no creó la muerte, ni el dolor, ni la enfermedad, ni el sufrimiento. Todo eso entró en la vida del hombre como consecuencia del pecado. La muerte entró en el mundo por el pecado. Fue el hombre, engañado por el diablo, el que introdujo la muerte en la creación con su alejamiento voluntario de Dios.

Y Jesús, por amor, asume los efectos del pecado de todos los hombres. Toda la muerte, todo el dolor, toda la destrucción, todo el sufrimiento que engendra el pecado, quiso llevarlo él, para que su peso no destrozase al hombre definitivamente y para siempre. Es como si hubiese querido parar en su propio cuerpo y en su propia alma, todos los golpes que, una vez realizado, el pecado devuelve al hombre.

Así, el que nunca cometió pecado murió cargando con el pecado de todos. El inocente murió por los culpables, para rescatarlos del pozo donde estaban prisioneros por su propia culpa. Todos pecamos y Cristo ha querido asumir las consecuencias de nuestros pecados, para que no nos destruyan a nosotros. Él se ha puesto en medio, entre nosotros y nuestras culpas, para que ellas cayeran sobre él y le desfigurasen a él y le destruyesen a él.

Nosotros provocamos el golpe y él ha querido pararlo en su propio cuerpo, para que no nos destruya a nosotros.

Dios Padre ha enviado a su Hijo, a su Hijo amado, para que ocupe nuestro lugar y que nosotros salgamos indemnes. Él ha querido que todos los pecados, de todos los hombres, cayesen sobre su Hijo y lo machacasen en la cruz, para que nosotros seamos salvados.

Jesús, por amor, ha hecho caer sobre él el pecado de todos: el pecado de Adán, la desobediencia de todos, la falta de confianza de todos, la soberbia, la lujuria, la ira, el crimen, la envidia, la mentira, el robo, el abuso, la injusticia, el egoísmo, la pereza, la gula, el abuso de tantas mujeres maltratadas o violadas, el horror de tantos niños asesinados en el vientre de sus madres, de tantos otros vendidos para satisfacer la lujuria de otros mayores y más ricos, la pasividad de los “buenos” ante la injusticias, las blasfemias..., la complicidad de los poderosos... Todos los pecados han caído sobre él, el único inocente, y lo han destruido.

VIII. SI DIOS ESTÁ CON NOSOTROS, ¿QUIÉN CONTRA NOSOTROS? LA GRANDEZA DEL AMOR DE CRISTO ES QUE ES EFICAZ Y PRESENTE POR LA RESURRECCIÓN.

El amor que se muestra en la cruz es tan grande y es tan evidente que San Pablo dirá:

“Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien, le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él, graciosamente, todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es quién justifica ¿quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, el que murió, más aún el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, y que intercede por nosotros?

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación? ¿la angustia? ¿la persecución? ¿el hambre? ¿la desnudez? ¿los peligros? ¿la espada? [...]

Pues estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles ni los principados ni lo presente ni lo futuro ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.”

(Rm 8,31-39)

Pero fijaos bien ¿Qué puede el amor de una madre, si su hijo se muere irremediadamente? –Nada. O ¿qué puede el amor de un esposo, si, enfermo, tiene que abandonar, al morir, a su amada esposa? –Nada. Y nada significaría el amor de Cristo en la cruz, si hubiera permanecido sepultado en la tierra. Sería, como mucho, el bello recuerdo de una historia de amor, pero incapaz de darnos ya el amor que necesitamos para hacernos felices. Sólo sería capaz de producir en nosotros nostalgia, nostalgia por un amor imposible.

Sin embargo, la grandeza del amor de Cristo es no sólo lo total de su entrega y de su entrega gratuita, sino que la fuerza de su amor ha roto las barreras de la muerte con su resurrección. Cristo ha resucitado. El que murió por ti al tercer día resucitó de entre los muertos y vive y su amor es ahora presente, actual. Cristo te ama ahora, te ama con la fuerza y la

intensidad del amor que mostró en la cruz. Su amor no es un hecho pasado. Lo mostró hace 2000 años, pero es tan vivo, tan penetrante y tan real como entonces.

Vuelvo aquí a traer la cita del Cantar de los Cantares: “Porque es fuerte el amor como la muerte... No pueden los torrentes apagar este amor, ni los ríos anegarlo.”

Por ese motivo, el amor de Cristo, manifestado en la cruz, victorioso en la resurrección, es el fundamento de la vida cristiana. ¿Qué es el cristianismo? ¿Un conjunto de normas? -No. ¿Un conjunto de verdades? -No. El cristianismo es la relación con Cristo, una relación de amor, real, presente y verdadero.

IX. LA CRUZ DE CRISTO, NUESTRO ORGULLO. Y LO QUE EXIGE DE NOSOTROS

Así, el amor expresado en la cruz, el amor que ha vencido a la muerte y es presente y verdadero, es, para nosotros, motivo de gloria. San Pablo vuelve a ser nuestro maestro para expresar esta verdad:

“Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es mas sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres”.

(1Cor 1,22-25)

Dios ha levantado ante vuestros ojos, con la pobreza de la predicación, de nuestras palabras, el estandarte de su amor, la cruz de Cristo, para atraeros hacia él.

Ahora, ¿qué espera Dios de ti? –Que te acerques con seguridad a su Hijo, crucificado y respondas a su amor. El amor no llega a su plenitud sino en la relación de dos, en la aceptación y en la reciprocidad. Y su amor llama al tuyo, espera el tuyo, busca el tuyo. Cristo espera tu amor.

Será bueno invitar a la oración, durante la semana, a los “simpatizantes”, con los textos de la Escritura que hemos comentado durante la catequesis.

X. ORACIÓN FINAL

Rezamos de nuevo el Ave María
y pedimos a la Virgen
que nos ayude a reconocer el amor de Dios
y a guardarlo en nuestro corazón

12º. “HABIENDO AMADO A LOS SUYOS QUE ESTABAN EN EL MUNDO, LOS AMÓ HASTA EL EXTREMO”

–Esquema–

I. ORACIÓN:

-Ave María

II. RECAPITULACIÓN: ¿QUÉ BUSCA JESÚS MURIENDO EN LA CRUZ?

- Amar a Dios como Dios merece.
- La perfección y la salvación del hombre.

III.¿QUÉ LE MUEVE A JESÚS? – UN AMOR EXCLUSIVO A CADA HOMBRE

- El amor de Dios, la única respuesta
- Un amor exclusivo.

IV. EL AMOR DE DIOS EN LA HISTORIA QUE HACE CON SU PUEBLO

Se lo mostró a Israel de mil formas, intentando atraerlo hacia él. Dios mostró un amor *fiel* y *misericordioso*.

- Is 5,1-4
- Ex 19,4
- Dt 4,36.37-38
- Dt 7,7-9

V. LAS PROFECÍAS DE UN AMOR MÁS GRANDE Y SU CUMPLIMIENTO

- “*Con amor eterno te he amado, por eso he reservado gracia para ti*” (Jr 31,3). Y ese acto de amor es la entrega de su Hijo Amado.

- La cruz es un grito de amor de Dios a los hombres. Desde la cruz, Dios te grita a los oídos y te susurra en el alma: “Te quiero”. “*Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros... Nadie tiene amor más grande que el que da que el que da la vida por sus amigos*” (Jn 15,9.13).

- La cruz es un grito de amor de Cristo al hombre.
- En la cruz se cumple la profecía de Isaías 49,15-16

VI. LA LLAMADA DE DIOS DESDE LA CRUZ

- Is 55, 1-3^a
- Para deshacer la sordera y la ceguera, Dios eleva a su Hijo ante vuestros ojos.
- “Míralo, en las palmas de mis manos te llevo tatuada.”
- Entregándose a la muerte, Jesucristo muestra su amor: Jn 13,1

A) Un amor total, perfecto, más fuerte que la muerte

El que ama se entrega a la muerte para destruir con la fuerza de su amor la misma muerte, más fuerte que la muerte. Sólo el amor perfecto de Cristo ha hecho verdad lo que ansía el corazón del hombre: Ct 8,6-7

B) Un amor gratuito

C) Un amor asombroso: Ct 4,9-10

D) La respuesta a un amor así: asombro, agradecimiento y amor

VII. MÁS SOBRE EL AMOR ASOMBROSO Y GRATUITO DE CRISTO

- Rm 5,6-10 Dios no creó la muerte, ni el dolor, ni la enfermedad, ni el sufrimiento.
- Todo eso entró en la vida del hombre como consecuencia del pecado. Y Jesús toda la muerte, todo el dolor, toda la destrucción, todo el sufrimiento que engendra el pecado.
- Dios Padre ha enviado a su Hijo para que ocupe nuestro lugar y que nosotros salgamos indemnes.
- Jesús, por amor, ha hecho caer sobre él el pecado de todos: el pecado de Adán... Todos los pecados han caído sobre él, el único inocente, y lo han destruido.

VIII. SI DIOS ESTÁ CON NOSOTROS, ¿QUIÉN CONTRA NOSOTROS? LA GRANDEZA DEL AMOR DE CRISTO ES QUE ES EFICAZ Y PRESENTE POR LA RESURRECCIÓN.

- Rm 8,31-39
- Nada significaría el amor de Cristo en la cruz, si hubiera permanecido sepultado en la tierra.
- El que murió por ti al tercer día resucitó de entre los muertos y vive y su amor es ahora presente, actual.
- Por ese motivo, el amor de Cristo, manifestado en la cruz, victorioso en la resurrección, es el fundamento de la vida cristiana. ¿Qué es el cristianismo? ¿Un conjunto de normas? -No. ¿Un conjunto de verdades? -No. El cristianismo es la relación con Cristo, una relación de amor, real, presente y verdadero.

IX. LA CRUZ DE CRISTO, NUESTRO ORGULLO. Y LO QUE EXIGE DE NOSOTROS

- Así, el amor expresado en la cruz, el amor que ha vencido a la muerte y es presente y verdadero, es, para nosotros, motivo de gloria.
- 1Cor 1,22-25
- Dios ha levantado ante vuestros ojos, con la pobreza de la predicación, la cruz de Cristo, para atraeros hacia él.
- ¿Qué espera Dios de ti? –Que te acerques con seguridad a su Hijo, crucificado y respondas a su amor. El amor no llega a su plenitud sino en la relación de dos, en la aceptación y en la reciprocidad. Y su amor llama al tuyo, espera el tuyo, busca el tuyo. Cristo espera tu amor.

X. INVITACIÓN A MEDITAR LOS TEXTOS LEÍDOS DURANTE LA SEMANA Y ORACIÓN FINAL: AVE MARÍA

13. “PALPADME Y VED QUE NO SOY UN FANTASMA”

Empezamos directamente con el texto del Evangelio de San Juan que narra la sepultura de Jesús.

I. JESÚS ES SEPULTADO

Después de haber buscado entender, en las últimas catequesis, las causas de la muerte de Jesús y sus motivos, volvemos al hilo de la narración de la vida de Jesús. Tras la muerte, san Juan narra así la sepultura de Jesús:

“Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo. Fue también Nicodemo -aquel que anteriormente había ido a verle de noche- con una mezcla de mirra y áloe de unas cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con los aromas, conforme a la costumbre judía de sepultar. En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que nadie todavía había sido depositado. Allí, pues, porque era el día de la Preparación de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús”.

(Jn 19,38-42)

II. LA IMAGEN DE CRISTO MUERTO, A TRAVÉS DE LOS OJOS DE LOS DISCÍPULOS

Volvamos hoy nuestros ojos a Jesús ya sin vida en la Cruz. Pero mirémoslo con los ojos de los discípulos, de los apóstoles, de las mujeres que lo acompañaban. Lo primero que uno advertirá es el dolor, un dolor agudo.

A) Pedro

Imaginaos a Pedro. Había encontrado en Jesús una autoridad nueva. Jesús no era como los escribas y los fariseos, su palabra y sus obras no eran iguales. Hablaba y actuaba con autoridad, no con la que se arrogan los hombres para ponerse por encima de los otros, sino con la autoridad de la verdad: conoce el corazón de quien tiene delante, lo conoce hasta el fondo, mejor que uno mismo. Y no sólo lo conoce, también lo comprende y lo acoge. Y su palabra llega al corazón no como algo extraño, sino como una luz que infunde esperanza o que pone a la vista las intenciones oscuras, que consuela o quema. Él obra con poder, sobre las enfermedades, sobre la naturaleza, sobre la misma muerte. Y, sin embargo, no se impone a la libertad del hombre. Su autoridad no se la da la imposición de la fuerza, sino la verdad que él es y que el corazón del hombre reconoce.

Pedro le ha oído predicar y hacer milagros. Ha visto cómo el paralítico quedaba curado a una orden suya. Ha visto a Jesús andando sobre el agua. Pedro ha visto a este hombre, poderoso en obras y palabras, compadecerse de la viuda de Naim, que llevaba a enterrar a su único hijo, y

ha visto cómo se lo devolvía a la vida. Pedro mismo le ha confesado: “Tú eres el Mesías”.

Jesús le había cautivado el alma, por eso prometió defenderle aún a costa de su vida. Pero ahora está clavado en una cruz y muerto, sin vida. ¿Dónde queda todo lo anterior? ¿Sería verdad lo que dijeron los fariseos de que era un endemoniado y que era con el poder del demonio con el que hacía todos aquellos milagros? Al fin y al cabo la Escritura decía “maldito el que cuelga de un madero” (Dt 21,23); -maldito de Dios- ¿Acaso el hecho de morir en la cruz no significaba que Dios lo había maldecido por impostor, por blasfemo? ¿Acaso no había sido juzgado por los sumos sacerdotes y los escribas? ¿Acaso no era esa la sentencia de Dios?

Pedro sumaba al dolor de aquella muerte, el dolor de su propia traición. Él quería a Jesús, lo quería de veras, pero la debilidad y el miedo habían sido mayores que su amor, y lo había negado tres veces. Y Jesús se lo había advertido.

Y además, el dolor de tener que volver a la vida sin Jesús. Volvería a Cafarnaum, a su casa, a las redes... ¿Cómo soportar ahora la vida gris y anodina, después de haber vivido tres años junto a aquel que llenaba la vida con la grandeza de su amor? ¿Cómo volver a la vida rutinaria sin aquella compañía de Jesús que había llenado las horas, los días y el corazón? ¿Cómo poder volver a vivir como antes, como si nada hubiera pasado?

B) Mateo

Imaginaos a Mateo. Aquel que colgaba en la cruz era el único hombre que lo había querido, pero ahora estaba sin vida, ajusticiado. ¿Qué habían sido estos tres años junto a Jesús? ¿Un espejismo? Mateo sentiría un dolor penetrante y frío en el alma. Él lo había querido y nadie antes lo había hecho. Le buscó mientras ejercía su oficio infame, lo llamó por su nombre para que fuese con él y lo hizo de su familia. Había dejado su oficio, sus dineros, sus amigos, su vida... y Jesús se había convertido en su riqueza, su amigo, su padre, su madre, su hermano, su hermana... Y ahora está muerto. Y no ha muerto de forma gloriosa, como los héroes en la batalla; sino como un impío, como un maldito, condenado por las autoridades judías, que gobiernan en nombre de Dios. Estos tres años pasados, ¿han sido una farsa?

C) María Magdalena y los otros: ... ¿un impostor? ¿un impío?

¿Y qué no pasaría por la mente de María Magdalena y de los demás? Lo cierto es que aquel a quien querían estaba muerto. Habían puesto su corazón en un hombre y sólo quedaban los despojos de su cuerpo. Habían puesto sus esperanzas en un hombre, pero ¿qué podrían esperar ahora que estaba sin vida? Habían seguido a un impostor. El desenlace de su vida mostraba que había sido un embaucador, seguramente uno que obraba con la fuerza del príncipe de los demonios. Su corazón se resistía a pensar esto, pero lo cierto es que estaba muerto.

D) ¿Y la esperanza de la resurrección?

Pero, ¿y las palabras de Jesús: “al tercer día resucitaré”? ¿No es verdad que Jesús había anunciado que sería rechazado, que lo matarían,

pero que al tercer día resucitaría? –Sí, pero aquellas eran palabras lejanas y lo que tenían delante era una sentencia de Dios y un cuerpo destrozado y muerto. No había más. Sólo podrían atender al dolor de verlo muerto, como un maldito de Dios. Y aunque alguno de ellos, al volver del Calvario, recordase las palabras del maestro y tuviese la secreta y “amordazada” esperanza de su cumplimiento, con la imagen grabada en su retina de Jesús muerto, no sentiría más que una gran confusión. La muerte y, más aún, el motivo de la condena, la blasfemia, la impiedad, dejaría en una absoluta oscuridad cualquier esperanza.

III. LOS RELATOS DE LA RESURRECCIÓN

A) El sepulcro vacío. María Magdalena, Pedro y Juan (Jn 20,1-10)

De entre todos, María Magdalena debía esconder alguna esperanza en las palabras que, seguramente también ella, había escuchado de labios de Jesús. Así tuvo que ser, porque en la madrugada del Domingo, al tercer día de haber muerto, se fue a la sepultura cuando todavía estaba oscuro. Y se encontró la sepultura abierta y vacía:

El primer día de la semana va María Magdalena de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro, y ve la piedra quitada del sepulcro. Echa a correr y llega a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús quería y les dice: «Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.»

Salieron Pedro y el otro discípulo, y se encaminaron al sepulcro. Corrían los dos juntos, pero el otro discípulo corrió por delante más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Se inclinó y vio los lienzos en el suelo; pero no entró. Llega también Simón Pedro siguiéndole, entra en el sepulcro y ve los lienzos en el suelo, y el sudario que cubrió su cabeza, no junto a los lienzos, sino plegado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado el primero al sepulcro; vio y creyó, pues hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos. Los discípulos, entonces, volvieron a casa.

(Jn 20,1-10)

María Magdalena aunque fuera al sepulcro con la pequeña esperanza de que se pudieran cumplir las palabras de Jesús, al ver la tumba vacía, creyó que sería más probable que hubiesen robado el cuerpo de Jesús. Y es que la realidad de la sangre derramada, del cuerpo destrozado, era más fuerte en su cabeza que la débil esperanza de aquellas lejanas y enigmáticas palabras. El caso es que corrió a contar a Pedro lo sucedido. Pedro corrió al sepulcro y con él corrió Juan. Juan llegó el primero. Y él mismo cuenta que al asomarse y ver el sudario doblado y las vendas por el suelo creyó. Pero ¿qué creyó? Seguramente recordaría las palabras de Jesús, “al tercer día resucitaré”, y creyó que se habían cumplido.

B) Aparición a María Magdalena (Jn 20,11-18)

Los discípulos se volvieron a la casa, pero allí quedó María Magdalena, confundida con aquellas cosas, llorando. Ella hubiese querido ver a Jesús vuelto a la vida, pero ahora no tenía siquiera el cadáver. Dice el Evangelio:

Estaba María junto al sepulcro fuera llorando. Y mientras lloraba se inclinó hacia el sepulcro, y ve dos ángeles de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y otro a los pies. Le dicen ellos: «Mujer, ¿por qué lloras?» Ella les respondió: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.» Dicho esto, se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Le dice Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.» Jesús le dice: «María.» Ella se vuelve y le dice en hebreo: «Rabbuní -que quiere decir: «Maestro»-. Le dice Jesús: «Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre. Pero vete a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.» Fue María Magdalena y dijo a los discípulos: «He visto al Señor» y que había dicho estas palabras.

(Jn 20,11-18)

Ahora aparece con claridad la verdadera razón por la cual el sepulcro estaba vacío: Jesús, el que estaba muerto ha vuelto a la vida, ha resucitado.

Pero el relato del evangelio tiene detalles curiosos que es preciso comentar.

Parece extraño que María Magdalena no reconociese a Jesús nada más verle y le confundiera con el encargado del huerto donde estaba la sepultura: “se volvió y vio a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús”. Más aún: Jesús habla y ella sigue sin reconocerlo. Le dice Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella, pensando que era el encargado del huerto, le dice: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo me lo llevaré.» Y sólo cuando Jesús pronuncia su nombre, lo reconoce: Jesús le dice: «María.» Ella se vuelve y le dice en hebreo: «Rabbuní -que quiere decir: «Maestro»-. Esto, ciertamente, parece extraño. ¿Por qué no reconoce María a Jesús? La respuesta es sencilla: el aspecto de Jesús después de resucitar no es idéntico a su aspecto antes de morir. No es la única ocasión en que los evangelios narran este hecho de que los discípulos no reconocen a la primera a su maestro.

En la vida presente, el cuerpo es mediación para la interrelación entre unos hombres y otros. En todo lo que hacemos, el cuerpo sirve para expresarnos, comunicarnos y darnos. Ahora bien, observamos dos cosas en esta mediación de nuestro cuerpo con los otros: 1º. A veces delata, de nuestro interior, lo que no queremos que se vea. Nuestra cara de sorpresa o de cansancio o de miedo o de contento delata el estado de nuestra alma. 2º. A veces no somos capaces de expresar o de hacer con este cuerpo lo que quisiéramos. Quisiéramos trabajar más por los que queremos pero nos sentimos limitados por las fuerzas o por la salud de nuestro cuerpo.

Quisiéramos comunicar lo que llevamos dentro a un amigo o a nuestro mismo esposo, pero no sabemos cómo. Es decir encontramos que el cuerpo está limitado tanto para “retener” lo que somos y pensamos como para darnos y manifestarnos.

Pues bien, el cuerpo divinizado de Jesús ya no tiene estos límites. Sino que retiene su ser o lo expresa a voluntad. Es un cuerpo que ya no estás sometido a las leyes de la materia, sino que participa de la libertad de Dios, que se manifiesta a voluntad, que es dueño totalmente de sí, sin que desde el exterior pueda ser manipulable. El cuerpo resucitado de Cristo, le oculta o le da a conocer tal como él quiere. Es un cuerpo verdadero, pero divinizado.

Sigamos con el relato de san Juan. La otra cosa curiosa es el comentario que hace Jesús ante el gesto impulsivo de María, que seguramente le abrazó los pies: “Le dice Jesús: «Deja de tocarme, que todavía no he subido al Padre»”. La conclusión es clara: Jesús ha vuelto a la vida, pero a una vida distinta, a la vida de Dios, a la que se dispone a “subir” -por utilizar alguna expresión inteligible para el hombre-. El hecho de que no se le reconozca de forma inmediata, así como las palabras que dirige a la Magdalena subrayan este hecho: la resurrección de Jesús no se trata de una reanimación del cuerpo muerto, que vuelve a recobrar el pulso y la respiración; no se trata de una revivificación como la de Lázaro. Jesús vuelve a la vida, pero a una vida nueva, a la vida de Dios, a la vida divina. Su humanidad ha vuelto a la vida, por eso el sepulcro está vacío, sin embargo, es una humanidad trasformada, divinizada.

Aquí sí que podemos estar seguros de la sorpresa de María Magdalena. Una resurrección así era inconcebible para la Magdalena, para los Apóstoles y para cualquier otro judío. Ellos creían en la resurrección de los muertos, pero con dos características:

La primera, que tendría lugar al final de los tiempos. Muestra de ello es la respuesta que la hermana de Lázaro dio a Jesús, cuando éste apareció en Betania ya Lázaro muerto.

La segunda, que consistiría en una vuelta a la vida terrena, a una especie de paraíso en la tierra. Nunca a una vida divinizada. Ni María Magdalena ni ninguno de los discípulos hubiese podido siquiera pensar una resurrección como la que muestran los evangelios. Si alguno hubiese esperado la resurrección de su maestro, la hubiese esperado como la de Lázaro.

En realidad ninguna religión, ninguna cultura, había concebido así una vida ulterior a la muerte. La resurrección de Cristo fue una auténtica sorpresa y novedad para el espíritu humano. La filosofía griega podía haber concebido una vida ulterior a la muerte, pero puramente espiritual, nunca vinculada al cuerpo, no una vida humana que incluye la vida del cuerpo, ni mucho menos, una vida humana que es divinizada con su cuerpo, que entra en la esfera del único y omnipotente Dios. De hecho, cuando san Pablo

predica en Atenas la resurrección de Jesús de entre los muertos se burlan de él: *“sobre eso ya te oiremos mañana”* (Hch 17,31), le dicen.

Por su parte, los judíos no entendían división alguna entre alma y cuerpo. Ellos no podían entender la resurrección si no era corporal. En ese sentido estaban más cerca de comprender la resurrección de Jesús que los griegos, pero, aún así, la idea de un cuerpo transformado, divinizado, les era absolutamente extraña.

Hay que afirmar, por tanto, que nadie hubiese podido imaginar la resurrección del hombre Jesús, como la narran los Evangelios: en cuerpo y alma, pero que no vuelve a la misma vida, sino a la vida de Dios. Esto tiene unas conclusiones rotundas y muy importantes: que no es razonable pensar que los Apóstoles, o cualquier otro, hubiese podido inventar estas cosas. Tampoco es razonable pensar que sufrieron una alucinación. Porque cuando uno sufre una alucinación sólo puede proyectar aquello que ya podía imaginar previamente. Un ejemplo: un hombre de la época de Jesús, abandonado en el desierto y muerto de sed, podría sufrir la alucinación de ver un oasis, pero nunca una máquina de latas de Coca-Cola.

Los Apóstoles empezaron a predicar por Palestina que Jesús había resucitado, tal como nos lo presentan los Evangelios, porque se toparon con aquella realidad. Si hubiese sido un producto de su ilusión, se habrían imaginado a Jesús resucitado de otra forma, nunca como aparece en los Evangelios y eso sólo tiene una explicación: que Jesús resucitó de veras del sepulcro, entero, con su cuerpo, pero a una vida nueva, no a la vida terrena. Y se manifestó a los suyos para que tuviesen certeza de que su palabra se había cumplido.

Así pues, María Magdalena, vio a Jesús resucitado. El mismo que había visto en la cruz, el mismo pero transformado. María Magdalena de nuevo hasta donde los Apóstoles para darles la Buena Noticia. Es también significativo que la primera persona a la que se le aparece el Señor resucitado y a la que le da el encargo de anunciar a los demás que él está vivo, sea una mujer. ¿Por qué es curioso? –Porque los judíos no consideraban digno de crédito el testimonio de una mujer. Tanto era así, que una mujer no podía declarar en un juicio, su testimonio no tenía valor ante un juez. Si cualquier Apóstol, se hubiese inventado los hechos que narran los evangelios, nunca hubiese puesto como primer testigo a una mujer. Si aparece en el Evangelio de San Juan, como en los otros, es porque ocurrió así.

Para ilustrar que el testimonio de una mujer carecía de valor, se puede poner el ejemplo del juicio de Susana (Cf. Dn 13)

C) Aparición a los Apóstoles (Jn 20,19-30)

El Evangelio de San Juan continúa así la narración de los hechos que siguieron:

Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.»

Dicho esto, sopló y les dijo:

«Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor.» Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré.»

Ocho días después, estaban otra vez sus discípulos dentro y Tomás con ellos. Se presentó Jesús en medio estando las puertas cerradas, y dijo: «La paz con vosotros.» Luego dice a Tomás: «Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente.»

Tomás le contestó: «Señor mío y Dios mío.»

Le dice Jesús: «Porque me has visto has creído. Dichosos los que crean sin haber visto.»

(Jn 20,19-30)

No sabemos cómo los discípulos habían recibido el anuncio de María Magdalena, pero aún tenían el miedo metido en el cuerpo. Miedo a que las autoridades judías no hubiesen quedado satisfechas con la muerte de Jesús y buscasen también la de sus seguidores más cercanos. Por eso estaban con las puertas cerradas.

Y de nuevo la sorpresa. Se presenta Jesús en medio de ellos, vivo. También en este texto hay algunas cosas que debemos comentar.

San Juan se ha preocupado de hacernos observar que, por el miedo que tenían encima, las puertas estaban cerradas. Y Jesús apareció en medio de ellos. No entró por la puerta, no le hizo falta entrar para llegar hasta ellos. A primera vista se diría que Jesús resucitado es un ser incorpóreo, o que su cuerpo es sólo una mera apariencia. Pero en ese caso ¿dónde estaba su cuerpo, si el sepulcro estaba vacío? Además, a continuación, Jesús saluda: “La paz con vosotros”, y les muestra las manos y el costado, es decir, su cuerpo, el mismo que sufrió el suplicio de la cruz. Y añade San Juan: “Y los discípulos se alegraron de ver al Señor”. Es decir, Jesús les mostró las marcas de la pasión, las manos y el costado, que fue lo que hizo que los discípulos le reconocieran y se llenaran de alegría. Su cuerpo no está ajustado a las limitaciones propias de cualquiera de nuestros cuerpos actuales, pero es su cuerpo, tiene aún las marcas de la pasión. Su cuerpo no es reconocible de forma inmediata, pero es el mismo cuerpo que estuvo clavado en la cruz y que fue traspasado por la lanza del soldado.

Y este dato del cuerpo, el mismo pero transformado, no limitado pero verdadero, es lo que nos hace entender la escena de Tomás. Él falta de la casa cuando aparece Jesús, y no cree a sus compañeros cuando le dicen que lo han visto vivo. Es clara la condición que él pone para creer: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”. Al Domingo siguiente, Jesús vuelve a presentarse en medio de ellos y llama a Tomás para que compruebe por sí mismo que es Él, Jesús, que estaba muerto y que ha resucitado, resucitado con su mismo cuerpo, aunque transformado.

D) El relato de Lucas (Lc 24,36-43) y el cambio de perspectiva de los discípulos

Otro evangelista, San Lucas también nos hace ver que aquel cuerpo, aunque transformado y no sujeto ya a las limitaciones del cuerpo mortal, no es una mera apariencia, no es un fantasma:

“... Él se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Sobresaltados y asustados creían ver un fantasma. Pero él les dijo: « ¿Por qué os turbáis? ¿Por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un fantasma no tiene carne y huesos como veis que yo tengo.» Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Cómo no acababan de creérselo a causa de la alegría y estaban asombrados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» Ellos le ofrecieron un trozo de pescado. Lo tomó y comió delante de ellos.”

(Lc24, 36-43)

Volvamos a ponernos en la piel de los apóstoles y de las mujeres. Ante la cruz, surge el dolor y la confusión de no saber si habían seguido al verdadero Mesías prometido o a un embaucador al que Dios había castigado. Pero, ante el resucitado, nace la alegría de saber que estaba vivo, la alegría de ver que había vencido a la muerte y de que había adquirido una vida divina, no comparable a la nuestra. Y además la certeza, la certeza de que no era un loco, como habían dicho sus parientes, cuando fueron a buscarle a Cafarnaúm, ni un blasfemo como había sentenciado el Sumo Sacerdote. Tenerlo vivo, y más que vivo, tenerlo allí glorioso, significaba que todo lo que él había pretendido ser, Hijo de Dios y Vida para el hombre, era real, era cierto. Alegría y certeza, ahora, en el alma de los suyos.

E) El mandato de evangelizar (Mt 28,18-20): Cristo llega hasta ti

Pero en la aparición de Jesús resucitado hay otro elemento importante. Se trata del mandato de evangelizar. En el evangelio de San Juan, el mandato de anunciar el Evangelio aparece esquematizado con el encargo de administrar el perdón de los pecados: “«Como el Padre me envió, también yo os envío.» Dicho esto, sopló y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.»”

En el evangelio de San Mateo, el mandato es más amplio. Aquí dice Jesús resucitado a los Apóstoles:

«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros, todos los días hasta el fin del mundo.»

(Mt 28,18-20)

De esta forma, lo que les parecía a los Apóstoles el fin de todo lo que habían vivido durante tres años, se convirtió, de repente, en el comienzo de una historia que hoy continúa: "... yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo". Es la historia de la presencia real de Cristo resucitado, dueño de la vida y de la muerte: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra". Es su presencia real –no mera presencia ideal o en el recuerdo-, en medio del mundo, en medio de los hombres, a los que sigue llamando a estar con Él: "Id y haced discípulos a todas las gentes". Es la presencia real de Jesús, que a través de los Apóstoles, y de sus sucesores sigue llamando a los hombres a una vida nueva: "enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado".

Hoy, Cristo resucitado, vivo, llega hasta vosotros por nuestro medio, sucesores y colaboradores de aquellos. Se presenta ante vosotros, con el mismo amor que le llevó a la cruz, con poder para perdonar vuestros pecados y daros la vida eterna si creéis en él y le tomáis como vuestro Señor.

La resurrección de Jesús muestra la verdad de su pretensión: Jesús, el que nació de María y murió en la cruz es verdaderamente el Hijo de Dios.

La resurrección de Jesús asegura la veracidad de las palabras de Jesús: "Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás"

Su resurrección muestra la verdad de su identidad, verdadero Dios y verdadero hombre, la verdad de sus palabras y la necesidad que tiene el hombre de cumplir lo que él manda.

IV. CONCLUSIÓN: SEGUIMOS A QUIEN NOS AMÓ Y VIVE

Deseamos tan sólo que os quedéis con una cosa de esta catequesis: que aquel que por amor a vosotros murió en la cruz, resucitó de entre los muertos, está vivo y presente y tiene poder para saciaros y haceros felices con su perdón y su amor, ahora y siempre, más allá de la muerte, venciendo vuestra propia muerte y dándoos la vida eterna con él.

Tan sólo tenéis que creer en él y seguirle. No os ofrecemos a un muerto, ni un gran amor que ya murió. Nosotros seguimos a quien nos amó y vive y os ofrecemos a quien os amó y vive.

Guardad esto en vuestro corazón y meditadlo hasta la próxima catequesis.

V. ORACIÓN FINAL

Podemos terminar rezando la secuencia de Pascua y el Ave María

*Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la víctima
propicia de la Pascua.*

*Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.*

*Lucharon vida y muerte
en singular batalla
y muerto el que es la Vida
triunfante se levanta.*

*“¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?”
“-A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,
los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!*

*Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua”.*

*Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.*

*Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa.*

Amén.

13. “PALPADME Y VED QUE NO SOY UN FANTASMA”

-Esquema-

I. JESÚS ES SEPULTADO:

Jn 19,38-42

II. LA IMAGEN DE CRISTO MUERTO, A TRAVÉS DE LOS OJOS DE LOS DISCÍPULOS

- A) Pedro
- B) Mateo
- C) María Magdalena y los otros: ... ¿un impostor? ¿un impío?
- D) ¿Y la esperanza de la resurrección?

III. LOS RELATOS DE LA RESURRECCIÓN

A) El sepulcro vacío. María Magdalena, Pedro y Juan

Jn 20,1-10

B) Aparición a María Magdalena

Jn 20,11-18

- Se entiende ahora por qué el sepulcro estaba vacío
- María Magdalena no reconoce a Jesús!
- “No me toques” (las categorías judías y griegas sobre la resurrección y sobre la vida tras la muerte).
- Novedad de los hechos acaecidos
- María Magdalena, el primer testigo de la resurrección del Señor.

C) Aparición a los Apóstoles:

Jn 20,19-30

- Miedo y sorpresa
- Las puertas cerradas: el cuerpo de Jesús resucitado

D) El relato de Lucas (Lc 24,36-43) y el cambio de perspectiva de los discípulos

- Jesús no es un loco ni un blasfemo
- Jesús es el Hijo de Dios y nos ha salvado
- La misión de la Iglesia

E) El mandato de evangelizar (Mt 28,18-20): Cristo llega hasta ti

IV. CONCLUSIÓN: SEGUIMOS A QUIEN NOS AMÓ Y VIVE

V. ORACIÓN FINAL: SECUENCIA DE PASCUA Y AVE MARÍA

14º. “AQUEL A QUIEN VOSOTROS MATASTEIS, HA RESUCITADO”

En lugar de rezar al principio, rezaremos un poco después,
justo antes de la lectura del libro de los Hechos de los
Apóstoles.

I. LA REALIDAD DE DIOS, UNO Y TRINO, ANTIGUAMENTE SÓLO INSINUADA Y AHORA MANIFESTADA A LOS HOMBRES.

Durante los tres años de su vida pública, Jesús había hablado poco a poco de alguien un tanto extraño para los judíos: del Espíritu Santo. A los judíos les era extraña la idea de que Dios pudiese tener un Hijo, Hijo en sentido propio, alguien de su misma naturaleza divina, eterno, infinito, verdadero Dios, con el que “compartiese” la única e indivisible sustancia divina. Y de igual forma les era extraña la idea de que Dios pudiese “tener” una tercera persona, el Espíritu Santo.

En los tiempos del Antiguo Testamento, Dios había mostrado claramente que él era Uno, un solo ser. También había ido desvelando, poco a poco, la realidad de su único ser como Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero de una forma oscura, que sólo se llega a entender cuando el Hijo se hace hombre y manifiesta la verdadera realidad del Dios escondido: Un único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios Uno y Trino. Sólo después de la vida, la muerte y la resurrección de Cristo y tras el acontecimiento que hoy vamos a referir, se pudo empezar a entender la realidad de Dios, antiguamente sólo insinuada y ahora manifestada a los hombres.

Jesús, como Hijo verdadero de Dios, muestra la realidad del Padre que lo engendró y del Espíritu Santo que procede de ambos. Jesús sugiere poco a poco el ser del Espíritu Santo cuando enseña a unos y otros. A sus discípulos les habla abiertamente de él, a propósito de la oración y del testimonio que tendrán que dar. Y promete la venida del Espíritu Santo cuando llega la hora de su muerte: El Espíritu de Verdad, el otro Paráclito – palabra que viene a significar “defensor” –, será dado por el Padre en virtud de la oración de Jesús; será enviado por el Padre en nombre de Jesús; Jesús lo enviará de junto al Padre. El Espíritu Santo vendrá, los Apóstoles lo reconocerán, estará y permanecerá con ellos para siempre; les enseñará todo y les recordará todo lo que Cristo ha dicho. Les conducirá a la verdad completa y glorificará a Cristo.

II. LA ESPERA DE LOS APÓSTOLES CON MARÍA

El envío del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, por el Padre y el Hijo resucitado, es lo que vamos a narrar a continuación.

Tras la muerte de Jesús, aquellos hombres se mantuvieron medio escondidos, alrededor de Pedro, el antiguo pescador al que Jesús había puesto al frente de todos ellos antes de morir. Después de la resurrección, pudieron ver a Jesús en varias ocasiones. Lo vieron, lo tocaron, lo escucharon, recibieron de él el mandato de llevar el Evangelio a todos los hombres y de esperar juntos al Espíritu Santo. En esta espera, María, la Madre de Jesús, los sostuvo con su oración constante y con su compañía, que era recuerdo permanente de las palabras, los hechos y las promesas de su

Hijo. Con ella los Apóstoles permanecieron juntos, orando, esperando la promesa del Maestro. Permanecieron juntos en Jerusalén hasta que Cristo, resucitado y glorificado, cumplió su promesa y envió el Espíritu Santo, el Paráclito, el Defensor, el maestro y testigo de la Verdad.

La narración la encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles, que san Lucas escribe como la segunda parte de su evangelio. Pero, antes de leerlo, rezamos el Ave María, pidiendo a la Madre de Jesús, que también hoy permanezca con nosotros e implore a su Hijo, hoy como entonces, que envíe sobre nosotros el Espíritu Santo:

III. ORACIÓN: AVE MARÍA

Ahora rezamos el Ave María.

IV. EL RELATO DE PENTECOSTÉS

Este es el relato:

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.

Había en Jerusalén hombres piadosos, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: «¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene; forasteros romanos, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Todos estaban estupefactos y perplejos y se decían unos a otros: «¿Qué significa esto?» Otros, en cambio, decían riéndose: «¡Están llenos de mosto!»

Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó la voz y les dijo: «Judíos y todos los que vivís en Jerusalén: Que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras: Éstos no están borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora tercia del día, sino que es lo que dijo el profeta:

Sucedirá en los últimos días, dice Dios:

*Derramaré mi Espíritu sobre todo mortal
y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas;*

vuestros jóvenes verán visiones

y vuestros ancianos soñarán sueños.

*Y también sobre mis siervos y sobre mis siervas
derramaré mi Espíritu.*

Haré prodigios arriba en el cielo

*y signos abajo en la tierra.
El sol se convertirá en tinieblas,
y la luna en sangre,
antes de que llegue el Día grande del Señor.
Y todo el que invoque el nombre del Señor se salvará.*

«Israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús, el Nazoreo, hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de unos impíos; a éste Dios le resucitó librándole de los lazos del Hades, pues no era posible que lo retuviera bajo su dominio; porque David dice refiriéndose a él:

*Veía constantemente al Señor delante de mí,
puesto que está a mi derecha para que no vacile.
Por eso se ha alegrado mi corazón
y alborozado mi lengua,
y hasta mi carne reposará, en la esperanza
de que no abandonarás mi alma en el Hades
ni permitirás que tu santo experimente la corrupción.
Me has hecho conocer caminos de vida,
me llenarás de gozo con tu presencia.*

«Hermanos, permitidme que os diga con toda franqueza que el patriarca David murió y fue sepultado y su tumba permanece entre nosotros hasta el presente. Pero como él era profeta y sabía que Dios le había asegurado con juramento que se sentaría en su trono uno de su linaje, vio el futuro y habló de la resurrección de Cristo, que ni fue abandonado en el Hades ni su carne experimentó la corrupción. A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Así pues, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado; esto es lo que vosotros veis y oís. Pues David no subió a los cielos y sin embargo dice:

*Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a tus enemigos
por escabel de tus pies.*

«Sepa, pues, con certeza todo Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a ese Jesús a quien vosotros habéis crucificado.»

Al oír esto, dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» Pedro les contestó: «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo; pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro». Con otras muchas palabras les conjuraba y les exhortaba: «Poneos a salvo de esta generación perversa». Así pues, los que acogieron su palabra fueron bautizados. Y aquel día se les unieron unas tres mil personas.

Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones.

Pero el temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y signos.

Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.

Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo. Por lo demás, el Señor agregaba al grupo a los que cada día se iban salvando.

(Hch 2,1-47)

Es un texto largo y complicado, pero precioso para nosotros por los detalles y las conclusiones que podemos sacar de él.

V. EXPLANACIÓN DEL RELATO

1. Cristo cumple su promesa: envía su Espíritu.

Una realidad personal. La tercera persona de la Trinidad (2,1-4)

Lo primero es el hecho que desencadena todo: Jesucristo, resucitado y exaltado como Señor de todo, envía de junto a su Padre el Espíritu Santo, el Espíritu propio del Padre y del Hijo. No se trata de una fuerza impersonal, sino de una persona, la tercera persona de la Trinidad, que con el Padre y el Hijo es un solo Dios:

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido, una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse.

Se trataba de la promesa hecha por el Señor, la de enviar su Espíritu. El ruido impetuoso, el viento recio y las llamas de fuego son signos externos que dan noticia de la llegada del que es en sí mismo invisible, el Espíritu Santo. Aunque los verdaderos signos de su presencia se dejarán sentir después, en la transformación que sufren aquellos hombres.

2. Primer signo de la nueva presencia del Espíritu Santo: hablar en lenguas.

Sorpresa e interpretación de los judíos (2,5-13)

La primera consecuencia de aquella efusión del Espíritu Santo, fue que los Apóstoles comenzaron a hablar a la gente con lenguas desconocidas para ellos: “quedaron todos llenos del Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse”.

La gente, congregada por el estruendo, queda absolutamente sorprendida al comprobar que aquellos galileos hablan “de las maravillas de

Dios” y que cada uno de ellos, de lenguas muy diversas, les escucha, cada uno en la suya.

Había en Jerusalén hombres piadosos, venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. Al producirse aquel ruido la gente se congregó y se llenó de estupor, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Estupefactos y admirados decían: «¿Es que no son galileos todos estos que están hablando? Pues ¿cómo cada uno de nosotros les oímos en nuestra propia lengua nativa? Partos, medos y elamitas; los que habitamos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, la parte de Libia fronteriza con Cirene; forasteros romanos, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Todos estaban estupefactos y perplejos y se decían unos a otros: «¿Qué significa esto?»

El estruendo producido con la llegada del Espíritu Santo hizo que se congregasen alrededor de la casa muchos judíos venidos de todas partes. Este detalle no debe extrañarnos ya que el comienzo del relato nos indica que todo ocurrió en la fiesta judía de Pentecostés. Jerusalén era una ciudad de peregrinos judíos, que, esparcidos por todo el Mediterráneo y por un buen número de países de Asia y África, acudían a la ciudad santa con ocasión de las tres grandes fiestas judías: la fiesta de las Chozas, la Pascua y Pentecostés. Nos encontramos ahora en la fiesta de Pentecostés, que cincuenta días después de la Pascua, añadía a una vieja fiesta agrícola de recolección del grano, la conmemoración de la Alianza del Sinaí, expresada en las Tablas de la Ley. Durante estas fiestas, Jerusalén era un verdadero hervidero de judíos venidos de todas partes.

Tan sólo es necesario destacar que esta gran cantidad de gente, de diversos lugares, con diversas lenguas, se sorprenden de que cada uno de ellos escuche en su propia lengua a los Apóstoles. No tienen ninguna explicación para este hecho.

Curiosamente, algunos que no entendían nada, que sólo oían sonidos sin sentido, sí creen tener una explicación: *«¡Están llenos de mosto!»*

Es significativo que existiese este grupo que no entiende y que se mofa. Y da cuenta de un número de personas absolutamente cerradas, por su propia maldad, al don de Dios, a su acción y a su manifestación.

3. Pedro da la verdadera interpretación de lo que acontece: el Espíritu Santo ha sido derramado por Dios (2,14-18)

Entonces Pedro toma la palabra. Primero explica el hecho, que a unos ha sorprendido y que ha provocado el sarcasmo de otros. Se trata de la verdadera interpretación de lo que ocurre:

«Judíos y todos los que vivís en Jerusalén: Que os quede esto bien claro y prestad atención a mis palabras: Éstos no están borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora tercia del día, sino que es lo que dijo el profeta:

Sucedirá en los últimos días, dice Dios:

Derramaré mi Espíritu sobre todo mortal

y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas;

[...]
sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu.

El hecho de que ellos hablen y que cada uno los escuche en su propia lengua se debe a la efusión del Espíritu Santo. Dios ha derramado sobre aquellos galileos el Espíritu Santo.

4. *Es el cumplimiento de las promesas mesiánicas.
Jesús es el mesías prometido y anunciado en las Escrituras.
Y Dios lo ha resucitado (2,22-24)*

Esta efusión es, además, el cumplimiento de una promesa de Dios. Dios, en la antigüedad, la había prometido para los tiempos en que el Mesías inauguraría el Reino de Dios. Eran textos de la Escritura que, como otros que hemos visto, los judíos no sabían cómo interpretar, pero que ahora encuentran su explicación y su cumplimiento. Dios había ligado el don del Espíritu Santo a la obra de su Mesías. El Mesías era Jesús, el que ellos han matado, pero que ha resucitado a una vida nueva. Y ahora el Mesías resucitado envía de junto a su Padre el Espíritu prometido:

Israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús, el Nazoreo, hombre acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de unos impíos; a éste Dios le resucitó librándole de los lazos del Hades, pues no era posible que lo retuviera bajo su dominio.

5. *También la resurrección fue anunciada por las Escrituras.
Los Apóstoles son testigos de este cumplimiento (2,26-36)*

Es la primera vez que Pedro, como cabeza de los Apóstoles, predica la resurrección de Jesús. Este es, desde entonces, el centro del anuncio cristiano: Jesús, el que había sido entregado a la muerte, ha resucitado.

Pedro sigue su predicación indicando cómo también la resurrección del Mesías estaba ya anunciada por la Escritura. Trae ante los que le escuchan dos salmos, atribuidos al Rey David, y los interpreta:

David dice refiriéndose a él:

[...]
*no abandonarás mi alma en el Hades
ni permitirás que tu santo experimente la corrupción.
Me has hecho conocer caminos de vida,
me llenarás de gozo con tu presencia.*

«Hermanos, permitidme que os diga con toda franqueza que el patriarca David murió y fue sepultado y su tumba permanece entre nosotros hasta el presente. Pero como él era profeta [...] vio el futuro y habló de la resurrección de Cristo, que ni fue abandonado en el Hades ni su carne experimentó la corrupción. A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Así pues, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha derramado; esto es

lo que vosotros veis y oís. Pues David no subió a los cielos y sin embargo dice:

*Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
hasta que ponga a tus enemigos
por escabel de tus pies.*

«Sepa, pues, con certeza todo Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a ese Jesús a quien vosotros habéis crucificado.»

Pedro interpreta las palabras de David como una profecía de la resurrección del Mesías. Y vuelve a afirmar que ellos son testigos de que dicha profecía ha hallado su cumplimiento en la resurrección de Jesús.

6. Es Jesús quién ha derramado el Espíritu Santo. Jesús ha sido constituido “Señor”

Es este Jesús, resucitado y exaltado a la gloria de Dios, quien ha derramado el Espíritu Santo, anunciado para los tiempos mesiánicos y prometido por Jesús antes de padecer. Es Jesús, a quien ellos han matado, pero que Dios ha resucitado y exaltado a su gloria, quien ha enviado el Espíritu Santo y provoca lo que ellos ven y oyen.

Pedro toma de la Escritura otro salmo para mostrar cómo la glorificación de Jesús, el Mesías, estaba anunciada por Dios. Y eso le sirve para concluir su predicación, con la afirmación de la victoria y del Señorío de Cristo resucitado, el mismo que ellos mataron: *«Sepa, pues, con certeza todo Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a ese Jesús a quien vosotros habéis crucificado.»*

7. La Reacción de los judíos y el camino señalado por Pedro. Alcance universal (2,37-41).

A continuación, san Lucas, da noticia de la reacción de aquellos hombres:

Dijeron con el corazón compungido a Pedro y a los demás apóstoles: «¿Qué hemos de hacer, hermanos?» Pedro les contestó: «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo; pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro». Con otras muchas palabras les conjuraba y les exhortaba: «Poneos a salvo de esta generación perversa». Así pues, los que acogieron su palabra fueron bautizados. Y aquel día se les unieron unas tres mil personas.

Al final del relato se alude a lo que hicieron “los que acogieron su palabra”. La expresión “la palabra” se refiere a la Palabra de Dios, en este caso, la predicación de Pedro. “Los que acogieron su palabra” son aquellos que dieron crédito a la predicación de Pedro. Supone, por tanto, unos que escucharon y no creyeron y otros que, escuchando lo mismo, creyeron.

El primer efecto de la predicación de Pedro, en los que creyeron, es el arrepentimiento por haber despreciado en Jesús al Mesías y haberlo crucificado, el dolor de los propios pecados que ha llevado a la muerte al Justo, al hijo de Dios: *“con el corazón compungido”*.

El segundo efecto es un cambio de mentalidad y el deseo de un cambio de vida: *“¿que tenemos que hacer?”*.

Es Pedro el que les indica el camino: *“Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”*.

Estas instrucciones de Pedro son de suma importancia, porque expresan el camino que será necesario recorrer a todo el que desee entrar en la compañía de Cristo, en la Iglesia, y beneficiarse del don del amor perfecto de Jesús y de la vida eterna.

Daos cuenta del protagonismo de Pedro. Él y los otros Apóstoles fueron “asociados”, “unidos” a Jesús desde que los llamó a estar con él. Ahora Cristo sigue llamando a los hombres, pero su llamada pasa a través de la voz de los suyos, de Pedro y de los otros. La llamada sigue siendo de Cristo, la Palabra es la suya, pero la voz es la de los Apóstoles. A través de esta voz de la Iglesia, llega hasta los hombres la palabra personal de Cristo.

¿Y cuál es el camino que se ha de recorrer? –Lo que debe hacer el que da crédito al anuncio de la Iglesia, para formar parte de esta nueva familia, de la compañía de Cristo, es: -primero, convertirse, dar fe al Evangelio e iniciar un cambio de vida conforme a las enseñanzas de Jesús; -segundo, hacerse bautizar: un sacramento que confiere, al que lo recibe con la fe necesaria, la comunión con Cristo, quedar unido a Cristo, ligado a él, hecho parte suya, miembro de su cuerpo, beneficiario de sus dones. De ahí que Pedro diga que quién se convierta y se haga bautizar recibirá de Dios el perdón de los pecados y el Espíritu Santo.

Y es que los dones de Cristo, tras vencer la muerte y ser glorificado, hecho Señor de todo y de todos, Señor absoluto del Universo, no tienen ya límite, y a través de su Iglesia se extenderán a todos los hombres que lo acojan, de todos los tiempos y de todos los lugares. Así añade Pedro: *“pues la Promesa es para vosotros y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro”*.

Esta promesa llega hoy hasta vosotros. Nosotros somos la voz, Cristo es la palabra que te habla y te llama. Nosotros somos parte de la cadena que, sin ruptura en la historia, llega hasta los Doce, hasta los Apóstoles y hasta Pedro. A través de esta cadena histórica llega hasta hoy la misma gracia de Cristo, la misma promesa, la misma realidad, la compañía y la palabra de Cristo, el don del perdón de los pecados y del Espíritu Santo.

8. *“Los que creyeron fueron bautizados”*.

Los que creyeron fueron bautizados. Aquel día se les unieron unas tres mil personas. Dice “se les unieron”. Y es que el seguimiento de Cristo no fue para los Apóstoles una cosa de ideas y teorías, no. Les exigía ir, materialmente, físicamente, detrás de Cristo. Lo mismo ocurre a los que entren por el bautismo en esta compañía que es la Iglesia. No es una identificación de ideas, sino la unión personal que vincula la vida de los creyentes a la vida de Cristo y la vida de los creyentes entre sí. Que obliga “a ir detrás de Cristo”, es decir, a obedecer sus palabras y a vivir como él. Que obliga a vivir “junto” a los otros discípulos y a compartir la vida con ellos. Por eso dice “se les unieron”. Nadie sigue a Cristo, sino en la compañía de los otros que han sido llamados a seguirle, en la compañía de la Iglesia.

Esto es un punto decisivo para vosotros. Si queréis ser cristianos, es necesario que os unáis, en vuestras parroquias, a una comunidad cristiana. Y que os unáis de forma real, afectiva y efectiva. Éste es uno de los pasos necesarios que habréis de dar antes de bautizaros.

*9. La nueva vida en la Iglesia,
Conforme a lo iniciado, enseñado y mandado por Jesucristo (2,42-47)*

San Lucas continúa mostrándonos cómo se realiza de hecho este “unirse” a los apóstoles de los nuevos creyentes. Desde entonces quien da fe al anuncio apostólico ha de unirse a la Iglesia de la misma forma.

Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones.

Pero el temor se apoderaba de todos, pues los apóstoles realizaban muchos prodigios y signos.

Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno.

Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo. Por lo demás, el Señor agregaba al grupo a los que cada día se iban salvando.

1. Eran constantes en la enseñanza de los Apóstoles.
2. Se mantenían unidos, con una comunión que alcanzaba el compartir los bienes.
3. Son constantes en la celebración de la Eucaristía, eso significa que “partían el pan en las casas”.
4. Son constantes en la oración.
5. Dan testimonio público de los hechos acaecidos, de la muerte y resurrección de Cristo, por eso la comunidad crece poco a poco. Son misioneros.

Ninguna de estas cosas nos deben sorprender, nada hacían de más, tan sólo lo que les había enseñado y mandado el Señor. Fue él quien encargó

y capacitó a los Apóstoles como maestros del Evangelio y administradores del perdón y de la Eucaristía.

Fue el mismo Señor quien dio comienzo, con los discípulos que le acompañaban, una nueva familia, en que se compartía toda la vida, también los bienes materiales; el que les dejó en herencia y como única norma de vida el amor; el que les enseñó a servirse unos a otros.

Fue el Señor el que les insistió, con su ejemplo y sus palabras, en la necesidad de orar de forma constante y continua; quien les ordenó, que repitiendo sus gestos y sus palabras de la última cena, hiciesen lo mismo que él había hecho: *“haced esto”*.

El mismo Señor fue le que previó que aquella nueva y verdadera familia se extendiese por todo el mundo abrazando a toda clase de hombres, rompiendo todas las barreras, impuestas por el pecado de los hombres. Y el que con este motivo puso al frente de esta misión a los Apóstoles y les dio la orden de bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

VI. CONCLUSIÓN:

Con lo que estamos haciendo, nosotros cumplimos de nuevo el mandato que el Señor dejó a los Apóstoles. No somos nosotros apóstoles. Pero sí lo es el obispo, sucesor de ellos. Y nosotros sus colaboradores, mandados por él, con el poder de Cristo, para hacer lo que la Iglesia viene haciendo desde hace 2000 años: anunciar a Cristo, muerto y resucitado.

Ahora, quien de vosotros haya creído nuestras palabras, no tiene más que incorporarse a la vida de la Iglesia, a ésta nueva familia que tiene rostros y nombres concretos. En esta comunión, participando de la eucaristía, de la oración, aprendiendo su fe y su vida de caridad, iréis adentrándoos en la compañía y en la amistad de Cristo.

Algunos de vosotros ya estáis bautizados y no tenéis que bautizaros de nuevo. Otros no estáis bautizados y tendréis que hacerlo. Lo que sí tenéis que hacer todos es convertirnos. San Pedro les decía que se convirtiesen y se hiciesen bautizar. Que os convirtáis no significa vivir ya como San Francisco de Asís -que dicen es el hombre que más se ha parecido a Cristo-, pero sí comenzar a vivir siguiendo las enseñanzas del Señor. Significa que entréis a formar parte de su familia que es la Iglesia, y de ella recibáis la verdadera fe, aquello que los Apóstoles vieron y oyeron del Señor; que en ella aprendáis cuál es la forma de vida de los que son -y no solo se llaman- cristianos; que en ella aprendáis a orar, a escuchar a Dios y a dirigirnos a Dios; y que en ella recibáis los dones de su gracia y de su amor en los sacramentos, en el Bautismo y en los otros, de los que ya os hablaremos.

Ahora, los que hayáis creído la Palabra que en todo este tiempo de catequesis os hemos anunciado, es decir, los que creáis en Cristo, el Hijo de Dios, que por nosotros se hizo hombre, que murió en la cruz por nuestros pecados y que resucitó al tercer día para darnos vida eterna... los que hayáis creído en Cristo, debéis iniciar un nuevo proceso, en el que la Iglesia, como una madre, os enseñará a ser verdaderos, cristianos, os ayudará con su oración y con su compañía, y os llevará hasta las aguas del bautismo, donde

renaceréis de nuevo como verdaderos hijos de Dios, herederos de la vida eterna, coherederos con Cristo.

Y a los que ya estáis bautizados también os ayudará para que hagáis vuestro el don que ya recibisteis un día, pero que quizá hasta ahora ha dormitado en vuestro interior, sin que pudieseis beneficiaros de él.

Ahora, pues, es necesario que expreséis, uno por uno, si dais fe al anuncio que os hemos hecho, o no. Si queréis continuar este camino que ahora se abre ante vosotros para llegar al bautismo, o para hacer vuestro el don del bautismo ya recibido; o si por el contrario queréis olvidaros de lo que aquí os hemos dicho y seguir vuestra vida.

En cada caso habrá que ver cómo tengan que hacer pública su decisión los "simpatizantes". Sería oportuno que se expresasen libremente si quieren. Y si no, darles unos días para decidirse. De una forma u otra, será bueno que cada uno hable con el sacerdote del equipo de catequistas, para tomar una decisión, de forma que el sacerdote oriente y anime.

Para ser admitidos en el Catecumenado habrán de expresar tres cosas: fe en el anuncio de Cristo que se les ha hecho, voluntad de participar de la vida y de la compañía de la Iglesia, y voluntad de corregir lo que de su vida sea incompatible con el Evangelio. Pero no se trata ahora de examinar qué cosas han de cambiar, sino su voluntad de hacerlo en el transcurso del tiempo que han de empezar.

Los que se decidan serán recibidos, en el momento que se estime oportuno, en el Catecumenado, con el Rito de Admisión al Catecumenado.

(Cf. *Implantación del Catecumenado en la Diócesis de Getafe*. Pág. 65-68).

A los que queráis continuar, la Iglesia os acogerá en su seno, ya como miembros suyos, como catecúmenos. El mismo obispo, en la Catedral os admitirá en el seno materno de la Iglesia, para empezar un tiempo de formación espiritual que se llama "el Catecumenado".

Y, si al final habéis dado pruebas de que realmente creéis en Cristo, y lo amáis y esperáis en él, y vivís conforme a sus palabras, y vivís unidos a la comunidad cristiana, seréis bautizados por el mismo Obispo; recibiréis de él en el sacramento de la Confirmación el sello del Espíritu Santo; y recibiréis también el Cuerpo de Cristo, en el Sacramento de la Eucaristía.

Seréis así ya, con la recepción de estos tres sacramentos, Hijos de Dios, Templos del Espíritu Santo y miembros de Cristo, miembros del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

VII. ORACIÓN FINAL: SECUENCIA DE PENTECOSTÉS Y AVE MARÍA

¡Qué el Espíritu Santo guíe vuestra mente y vuestra voluntad hacia Cristo y su Iglesia!

Es oportuno que antes de dar una respuesta, los simpatizantes, invoquen al Espíritu Santo y mediten la decisión que se les pide. Rezaremos así la "Secuencia de Pentecostés".

*Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.*

*Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.*

*Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.*

*Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.*

*Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.*

Amén.

Al finalizar rezamos el Ave María

14º. “AQUEL A QUIEN VOSOTROS MATASTEIS, HA RESUCITADO”

–Esquema–

I. LA REALIDAD DE DIOS, UNO Y TRINO, ANTIGUAMENTE SÓLO INSINUADA Y AHORA MANIFESTADA A LOS HOMBRES.

II. LA ESPERA DE LOS APÓSTOLES CON MARÍA

III. ORACIÓN: AVE MARÍA

IV. EL RELATO DE PENTECOSTÉS (HCH 2,2-47)

V. EXPLANACIÓN DEL RELATO

1. *Cristo cumple su promesa: envía su Espíritu.
Una realidad personal. La tercera persona de la Trinidad (2,1-4)*
2. *Primer signo de la nueva presencia del Espíritu Santo: hablar en lenguas.
Sorpresa e interpretación de los judíos (2,5-13)*
3. *Pedro da la verdadera interpretación de lo que acontece:
el Espíritu Santo ha sido derramado por Dios (2,14-18)*
4. *Es el cumplimiento de las promesas mesiánicas.
Jesús es el mesías prometido y anunciado en las Escrituras.
Y Dios lo ha resucitado (2,22-24)*
5. *También la resurrección fue anunciada por las Escrituras.
Los Apóstoles son testigos de este cumplimiento (2,26-36)*
6. *Es Jesús quién ha derramado el Espíritu Santo.*
7. *La Reacción de los judíos
y el camino señalado por Pedro. Alcance universal (2,37-41).*
8. *“Los que creyeron fueron bautizados”.
“Se les unieron”*
9. *La nueva vida en la Iglesia,
Conforme a lo iniciado, enseñado y mandado por Jesucristo (2,42-47)*

VI. CONCLUSIÓN:

VII. ORACIÓN FINAL: SECUENCIA DE PENTECOSTÉS Y AVE MARÍA